RICCARDO BRACCAIOLI

EL PLAN MÓNACO

UN THRILLER DE MUERTE E INVESTIGACIÓN EN EL PRINCIPADO.

Riccardo Braccaioli

El Plan Mónaco

First published by BRACCAIOLI 2022

Copyright © 2022 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2206301488808

First edition

Proofreading by Verónica Martínez Amat

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A mi Padre, por haber alimentado mi imaginación con las historias que ha vivido, alguna de ellas aparecen en este libro.

A mi Madre, por haber heredado y nutrido mi creatividad.

A ti, que sigues leyendo mis libros y haces que esto sea posible.

Y sobre todo a Renato, por haber sido la mano derecha de mi padre, por su paciencia y por ese helado al Bruco Mela, hace treinta y cinco años.

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Antes o después, el pasado toca la puerta,… y lo hace con fuerza.

Nota del autor: Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres es una pura coincidencia.

PERSONAJES PRINCIPALES

BRUNO MALATESTA: Protagonista, el detective.

MARGUERITA DE ANGELIS: Responsable del seguro de la subasta, Loyds de Suiza.

VERONICA: Ayudante de Marguerita, informatica.

RAFAEL: Mano derecha de Margarita.

CALOGERO RAGUSA: Empleado de la casa de subastas O'Connors.

MATHIAS MOREL: Director del Gran Premio de Fórmula uno histórico.

JEREMY DUBOIS: Comisario de la policía Monegasca

GIAN PAOLO RIZZATO: Millonario italiano, dueño del Auto Union.

RENATO BELLE: El "*Consigliere*", mano derecha de Rizzato.

MARTA RIZZATO: Mujer de Gian Paolo.

TAYLOR O'CONNORS: Dueño de la casa de subastas.

AMBROGIO: Chofer de Rizzato.

1

Piazza dei Martiri, Carpi, Italia.
Martes, 04 de mayo
Una semana antes del suceso.

Levantó los ojos con satisfacción.

Se distanció del momento presente, del aquí y el ahora. Gian Paolo Rizzato no veía el cielo ausente de nubes, observaba todos los genios que, como él, vivieron en sus tierras. Sintió su visión, su fuerza, su beneplácito. El duro trabajo de muchos meses, una vez más, había tenido el éxito esperado.

Se respiraba una preciosa tarde de un verano que se quería adelantar, aglutinando los aromas de filas y filas de flores que cubrían la plaza. El caluroso atardecer ya estaba dando a entender que sería otro verano húmedo en la región italiana. El cambio climático podía tener algo que ver, porque no había que olvidarse de que las tierras modenesas eran conocidas por el frío húmedo invernal, que penetraba en los huesos, y el tremendo bochorno en verano. Un territorio amado solo por los románticos autóctonos y unos pocos extranjeros.

La respiración se dificultaba cuando, en primavera, los bosques de álamos impregnaban el aire de su polen blanquecino. Carpi estaba rodeada de esas arboledas, cada día más deforestadas por la venta de madera a grandes compañías carpinteras.

Una vez acabado el viaje sensorial, Gian Paolo bajó de nuevo la mirada y, pausadamente, volvió a escuchar el ensordecedor aplauso. Todos los invitados que acababan de ver el desfile de moda estaban ofreciéndole un tributo atronador que los edificios perimetrales a la plaza amplificaban como una caja de resonancia. Japoneses, australianos, estadounidenses, alemanes. Todos maravillados de la nueva colección, llevaban varios minutos en plena ovación. La inmensa plaza se había reducido con una larga pasarela que serpenteaba en medio de las bellezas arquitectónicas de la ciudad y las butacas de los invitados. Ahora, todos de pie y direccionados hacia la iglesia.

El anfitrión se encontraba en el palco central, con el castillo renacentista a su izquierda, los pórticos a su derecha y la catedral a

sus espaldas. Abrazado a su más estrecho equipo, estaban nutriendo su ego inundado de aplausos. Sin embargo, tanto trabajo como el que llevaban desde hacía meses, necesitaba una recompensa real. Igual que en un campo de grano, al que primero había que sembrar y darle tiempo, agua y mimos, para después finalizar con la recogida, ahora era el momento de recolectar los frutos del sudor. Él se iba, no obstante, en ese momento comenzaba la parte más importante: que todos los comerciales, con los clientes en caliente por el desfile, desbordasen de pedidos para la temporada, y esa era tarea de su equipo comercial.

Una vez hubo saludado a los invitados más importantes e institucionales, se dirigió hacia la limusina que le esperaba. Con paso rápido y determinado, en pocas zancadas se coló en su trasporte y se marchó. Era una persona pragmática, con las miras siempre puestas en el futuro y los pies en las tradiciones. Siempre de traje, menos en los desfiles, que prefería un esmoquin negro con camisa oscura abierta hasta el segundo botón y gemelos corporativos. Pelo blanco engominado hacia atrás, bigotes y un aire a Tom Selleck en Magnum P.I. Atractivo y misterioso. Él siempre decía: «Para entender cómo es una persona, mírala cómo camina.»

Su actuación se había terminado. Se refugió en su tanque lujoso y se dirigió a su despacho para ultimar unos detalles antes de resguardarse en su mansión con huéspedes internacionales seleccionadísimos.

Amaba su trabajo, era su pasión y era lo que trasmitía. Su despacho de cristal estaba en el punto más alto de la fábrica, donde, desde un inmenso ventanal, se apreciaba la campiña cortada por la autopista que conectaba Modena a Verona.

Encendió su portátil. Mientras esperaba que arrancase para revisar una información urgente, observa un fajo de correspondencia dirigida a su persona. Entre una clara homogeneidad de sobres blancos, despuntaba uno más grande y de color beige. Le llamó la atención. Fue directo a él. En la era de los ordenadores y de los correos electrónicos, casi nadie se tomaba las molestias de escribir una carta. Aparentemente era un sobre normal. En el lado frontal, escrita a máquina, estaba la dirección de su empresa, su nombre y el sello de envío desde Modena. En la parte posterior nadie aparecía como remitente.

Cogió su abrecartas y, con una mezcla entre determinación y curiosidad, cortó la solapa. De su interior salió un fuerte olor a humedad y un solo y minúsculo trozo de papel para lo desproporcionado del sobre. Se aseguró de que no hubiese nada más y lo extrajo. Se quedó helado. Un rayo le atravesó todo el cuerpo; acto seguido, los pelos se le pusieron como escarpias, hacía tiempo que no

lo sacudían de esa manera. Le removió los recuerdos, los mismos que se había prometido no rememorar jamás. El segmento de papel estaba gastado, casi comido por las ratas, algo desteñido, deteriorado por el inexorable trascurso del tiempo. Su mano izquierda soltó el sobre para taparse la boca, no quería que saliese ninguna palabra. Aparecía un dibujo de un espectáculo, una fecha, una ciudad y el nombre del local. Red Carpet, 1990, Kiev, Carebbean Club.

Era un ticket recortado, con una línea discontinua por un lado. Le volvió a la mente lo que sucedió ese año, la misma historia perdida por el espacio del tiempo en la que había escapado de las consecuencias. Una carta anónima, sin mensaje, pero cargada de indirectas. ¿Por qué aquel día?, se preguntaba. ¿Quién era el emisario? ¿Qué querían ahora de él? Sin respuestas, pero con una certeza, que el pasado había tocado a su puerta en el momento menos indicado.

2

19:00, Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del suceso.

La Villa Rizzato se encontraba en la campiña de la ciudad de Carpi.

Una zona húmeda. En invierno la niebla ejercía su tiranía, envolviendo todo con una nebulosa blanca que impedía ver con claridad, a veces incluso de día. En verano, el húmedo bochorno se pegaba a la piel y dificultaba la respiración nocturna. Era una tierra preciosa para sus habitantes, llena de romanticismo y tradiciones. Su encanto superaba con creces todas sus facetas poco convencionales.

Carpi fue la cuna del Pronto Moda, una técnica textil de producción que la había empujado hasta la cumbre más espléndida de la notoriedad y de la fama. El textil era la rueda motriz de su economía. Todo giraba a su alrededor. Se habían creado grandiosas fortunas, la de Rizzato era una de ellas.

La villa se encontraba un poco distante de la ciudad y de la inmensa fabrica del empresario, una de las más grandes de la zona, e incluso de Italia.

Era una antigua casa de payés rehabilitada de inicios del siglo pasado. Se entraba por una puerta automática de hierro de dos metros de alto. Imponente, pero austera. El camino de cemento decorado con piedras redondas de río, puestas una a una por artesanos autóctonos, creaban un mosaico que invitaban a entrar y a seguir. Costeaba el lado derecho de la casa un pequeño bosque de plantas variadas, tímidamente verdes. Recorridos estos pocos metros de camino, se accedía a la explanada frontal. La tranquilidad que se respiraba tan solo entrando era terapéutica. La gravilla que salpicaban en los guardabarros al pasar por la senda era relajante, parecía que se entraba en un oasis de sosiego que inducía a la creatividad.

El complejo estaba formado por tres partes, la antigua casa de los payeses donde vivía Rizzato, el alojamiento de los guardias y las cuadras con almacenes.

La explanada finalizaba por delante de la villa con un pequeño río de aguas casi pantanosas; y por la izquierda, por un extenso y rojizo

bosque de altos álamos que controlaban toda la finca.

El fuego chisporroteaba en la chimenea, como si fuese un espectador más. La poca luz artificial de la sala se ocultaba por la vigorosidad de la hoguera. Una extraña noche de mayo, fría y melancólica. Las tres butacas restauradas se encontraban delante de la chimenea, para recordar el pasado, entender el presente y posiblemente anticipar el futuro.

Bruno Malatesta se había desplazado hasta la mansión de su amigo para entender el pasado; solo una persona lo conocía perfectamente y lo podía invocar. Esta lo había vivido junto a su amigo, mano a mano, a su lado, en cada aventura, en cada kilómetro. Renato Belle, era la sombra y secretario de Gian Paolo Rizzato; donde él iba, Belle no le fallaba. Como un guardaespaldas de su vida, una vida frenética, casi vivida por partida doble.

Renato, para los amigos, era un hombre sincero, de cultura, conocedor de la historia y de la geografía, de lenguas y finanzas, de respeto y lealtad. Amaba su trabajo, la libertad que le daba y la variedad de sucesos que ocurrían eran la mejor experiencia laboral que hubiera podido desear.

Tenía unos sesenta años, pelo blanco peinado hacia atrás, unas gafas con montura trasparente y medía un metro setenta. Una expresión feliz siempre impresa en su rostro. Una diabetes que le martirizaba, pero que sabía afrontar en silencio y discreción.

—Me cuesta recordarlo. Todo empezó en la primavera del 1990 en una feria de Milán.

Renato, teñido con la rojiza luz de la chimenea y el chisporrotear de fondo, daba la sensación de que entraba en trance para evocar unos lejanos recuerdos. La perspectiva del tiempo confería un sabor agridulce a la escena. A su lado, una pequeña mesa con un vaso del mejor whisky de la reserva de la casa y un puro que desprendía unos recuerdos de sus viajes a Cuba. De frente, se encontraba Bruno escuchándole, también deleitándose con la misma bebida espirituosa.

—Era la semana de la moda. Teníamos el stand más creativo y visitado del evento. No te lo puedes ni imaginar, Bruno. Eran otros tiempos, otras economías. Los comerciales apuntaban pedidos como si cayeran hojas de los árboles en un día de pleno otoño con ventisca. El departamento de creatividad lo llevaba la mujer de Rizzato, era increíble. Amaba su trabajo y se veía en la colección. Todos los visitantes querían entrar en nuestro espacio, algunos para comprar y otros para copiar. El penúltimo día, tuvimos una visita inesperada. Cinco personas trajeadas, de mucho dinero y poco gusto, se plantaron

delante de la entrada de nuestro stand. Debido a la masiva afluencia de público que teníamos, pusimos dos azafatas que regulaban el acceso. Estos hombres nos miraban y hablaban entre ellos. Gian Paolo, que atendía a unos importantes clientes de una cadena de tiendas americana, ni se dio cuenta. Yo, que en ese momento me encontraba libre, me precipité a la entrada para saber quiénes eran. Cuando me planté delante de ellos y me presenté, me di cuenta de que sus facciones no eran europeas, más bien del este, pero tampoco asiáticas. Comencé a presentarme en inglés, luego a preguntar para entender quiénes eran. Ellos no hablaban al principio, se quedaron callados escuchándome con una expresión poco interesada, fría, casi molesta. Estaban fascinados por el espectáculo que tenían delante, el vaivén de los clientes, las modelos que desfilaban, el olor a abundancia, un frenesí de poder y éxito que se contagiaba a las personas que pisaban nuestra alfombra.

Bruno estaba visualizando ese momento, casi entristecido por no haberlo podido vivir. Se sentía un Boy Scout de acampada, alrededor de la hoguera, escuchando las vivencias del más experto. Incluso el nieto con el abuelo compartiendo las mil aventuras, tan excepcionales que parecían inventadas. El efecto del Whisky empezaba a tomar protagonismo, entrando en el flujo sanguíneo, coloreaba de folclore y veracidad las historias que estaban rememorando.

—Cuando ya no sabía qué decirles para que reaccionaran, los hombres encorbatados se dignaron por fin a contestar. Eran una delegación de la URSS, la vieja congregación rusa. A mi parecer, tenían que ser una de las primeras expediciones del gobierno de Gorbachov para promocionar su país y abrirlo al mundo. Hacía pocos meses que la humanidad había dado un vuelco hacia el futuro, hacia el planeta que conocemos hoy. Eran momentos completamente sensacionales, de oportunidades y cambios imprevisibles. ¿Cuántos años tenías, Bruno?

—Pueeesss, creo que veintitrés —dijo mirando hacia el fuego—. ¡*Vaccaboia*, cuánto hace!

—Desde luego que sí. ¿Sabes?, me siento muy afortunado de haber podido vivir esos momentos gloriosos al lado de Gian Paolo, pero siempre un paso por detrás, con un cierto enfoque de la situación, como un “consigliere”.

El tiempo da la gran ventaja de la perspectiva. El tiempo es tirano y dueño de la inmediatez y de la inevitabilidad. Somos esclavos de sus leyes, como si fuera un Dios Griego todopoderoso. Nos encauza, nos guía y nos marca

el paso. La perspectiva es lo único que nos queda, junto a los recuerdos. El whisky hacía su función, la de inhibir el paso del tiempo y trasportarlos a otras épocas, a otros espacios. De la mano de uno de los protagonista de esos momentos, era un regalo para los que podían escucharlo.

—Fuimos afortunados, la delegación de la vieja URSS quedó deslumbrada y nos propuso viajar su país, pagados por el gobierno. Los hicimos pasar a una salita privada, lejos de ojos indiscretos. Nos sentamos en la mesa redonda. Querían modernizar su estado; nos propusieron viajar para ver las oportunidades que presentaba su tierra, un nuevo El Dorado. Pero, en la dirección contraria al original, esta hacia este —explicaba Renato con melancolía del pasado—. Además, ¿sabes una cosa? Rizzato no sabía inglés, yo tenía que estar siempre detrás de él traduciendo y haciendo de intérprete. Yo era feliz de serle útil, pero perdía muchísimos matices, ideas y, en consecuencia, oportunidades de negocio. Un empresario hecho a sí mismo, que venía de la profunda campiña de Mantova, de unos padres que tenían un humilde colmado de pueblo, ¡bastante hizo! Solo le faltaba dominar el inglés, pero para eso estaba yo —concluía el Consigliere.

Se detuvo. El calor del whisky superaba el de la majestuosa chimenea construida por Anna, la mujer de Rizzato. Una viga enorme, agrietada por el paso del tiempo, sujetaba una de las chimeneas más imponentes que jamás habían visto. Ocupaba casi la pared entera; se podía hasta cocinar dentro. Ella vio esa chimenea en una revista de interiorismo aun antes de conocer a su amor, la guardó con celo, precavida, por si algún día pudiera construirla. Hasta que llegó la oportunidad de comprar esa casa maravillosa que se convirtió en su hogar. La levantaron tal y como ella la había idealizado. Ahora, en ese sueño hecho realidad, se encontraban Renato y Bruno, recordando y disfrutando del fogón.

—Nos propusieron primero hacer una visita a Moscú y, si nos gustaba, exponer en la feria más importante del año, en el palacio de las exposiciones, cerca de la plaza Roja. —Renato se quedó en silencio un momento, para dar más solemnidad y siguió—: Y así lo hicimos, nos fuimos a explorar nuevas rutas comerciales. De esa manera, comenzó nuestra aventura a Rusia.

3

22:00, Hotel Andretti, Principado de Mónaco.
Martes, 11 de mayo.
El día antes del suceso.

Acabó de encolar la solapa.

Cerró la cremallera rápidamente y colocó la pequeña maleta negra en el armario minimalista. Estaba temblando, nervioso, desconocía si saldría de esa situación. No era un agende secreto de inteligencia; sin embargo, haberse enterado de unos hechos le colgaba una responsabilidad, la misma que te proporciona tener un superpoder. Pensaba en el mundo que dejaría a sus hijos, a lo mejor aún estaba a tiempo de remediarlo, invertir los hechos, lo que hizo, involuntariamente, llevado por la corriente. En las últimas horas, su situación empeoró. No estaba seguro de lo que descubrió y menos si se enteraron de ello. Fue precavido, llamó a un amigo que sabía que no le fallaría para contárselo, dejó a su familia fuera de esa peligrosa situación.

La habitación de Calogero Ragusa era de segunda categoría, daba a la montaña, no disponía de las vistas al puerto. La moqueta verde en el suelo evocaba una gloria pasada, demodé. Colocada en los años setenta y nunca cambiada. Aparecían manchas claras que atestiguaban las muchas batallas pasadas en esa habitación. Las cortinas corridas tapaban la única ventana, a juego con el mobiliario, que preservaban la intimidad de los ocupantes a los que, en numerosos casos, mucha falta les hacía. Una cama modesta para una habitación pequeña, con unas paredes que ahogaban a Calogero. Un alojamiento más acorde a Montmartre, en París, que un lujoso hotel de Mónaco. Se sentía enjaulado. Las cuatro paredes parecía que se estuviesen moviendo como en un *Escape Room*. Sin embargo, no era un juego, le estaba sucediendo de verdad.

Mónaco empezaba a relajarse. Llevaría muchos días de preparación para la cita de cada año, un fin de semana con eventos de coches clásicos. Las calles estaban mojadas, de día había llovido creado una humedad impropia de esa época del año. Caminando por la ciudad,

entre coches de lujo y millonarios paseándose con sus pertenencias carísimas, la nariz picaba por la humedad de un tiempo loco que cada día enseñaba una cara nueva. Aire de primavera, efervescente, fresco y puntiagudo. Muchos millonarios se daban cita ese fin de semana en Mónaco, algunos se tomaban la libertad de cogerse más días para disfrutar de un ambiente de fiesta, en consonancia a su adinerado nivel. El Principado se llenaba progresivamente, esperando el sábado, día de la subasta, hasta el domingo, el día de la carrera.

Calogero era un buen marido, responsable, un padre de familia ejemplar. Su economía podía permitirse con dificultad una casa unifamiliar en la periferia de París, un coche, la educación de dos hijos y que su mujer estuviese en casa con una reñida excedencia. Se desplazó en un tren de alta velocidad, con un boleto para un asiento de turista. Se encontraba como pez fuera del agua con respecto al nivel económico en el que se veía envuelto; sin embargo, estaba considerado uno de los mejores trabajadores de la casa de Subastas. Con su mujer, siempre fantaseaba con la idea de retirarse a alguna casita pequeña de la Provenza, cuando los niños ya fuesen mayores. Vivir, amarse, disfrutar de los colores y olores de la primavera, saborear los quesos y vinos autóctonos. Comprar dos bicis y hacer eternos paseos hacia los atardeceres multicolores. El amor, recuperar todas las veces que en años precedentes no pudieron hacerlo por tantos viajes y compromisos. La familia Ragusa se distanciaba mucho del ambiente en que él trabajaba, pero les permitía pagar las facturas, para un futuro mejor, más feliz, más pleno.

Las teclas del ordenador portátil eran apretadas con nerviosismo, su tintineo era rápido en la habitación de hotel. La moqueta absorbía el pequeño sonido y la ansiedad de su ocupante. El escritorio, de cara a la pared, de estilo minimalista de los años ochenta, se encontraba lleno de papeles en ambos lados de la computadora. Contestaba correos electrónicos antes de cenar, como si nada hubiera sucedido, como si fuese una noche de trabajo como otras en un hotel cualquiera.

Tocaron la puerta. El Italiano se giró de golpe, atemorizado. La frenética carrera de los dedos sobre el teclado se paró en seco. Hubo un momento de pánico. No sabía qué hacer. «¿Quién podía ser?», se preguntó ofuscado por el miedo. Su corazón empezó a latir cada vez más, mientras giraba la silla para mirar hacia la puerta, esperando cualquier cosa.

Al no contestar, volvieron a tocar la puerta, esta vez con más fuerza, diciendo:

—Servicio de habitaciones.

Calogero suspiró. Una gota de sudor bajaba por la frente,

desprendida en vano. Era la cena que había pedido a la recepción. ¿Cómo no cayó enseguida? Se levantó, recuperando la respiración habitual, procurando bajar las pulsaciones. Desde que había dejado el deporte e incrementado el consumo de cigarrillos, el corazón le daba algún disgusto. Nunca se lo dijo a su mujer, para no preocuparla, para no ir al médico y que le dieran pastillas inútiles o consejos vacíos y tópicos.

Se acercó a la puerta ya más calmado y la abrió. Efectivamente, era la comida que venía de la cocina del hotel. Sin embargo, algo iba mal, no era la persona que se esperaba. En cuanto se fijó, retrocedió asustado. Era un hombre vestido de negro, llevaba en la mano izquierda una azafata con campana, donde trasportaba el alimento que el italiano nunca se llegaría a comer. En la otra, una pistola con silenciador.

El pobre corazón del huésped de la habitación volvió a funcionar a toda velocidad, a bombear sangre como si estuviese corriendo una maratón hecha sin entrenamiento. Retrocedió sudando, con ganas de gritar, de pedir auxilio, de llamar a su mujer, con ganas de coger un objeto para defenderse, pero lo único que le salió fue:

—¡¿Tú?!

El invasor, el falso camarero, el impostor que se había colado en la habitación con una misión muy clara, que discrepaba de la de alimentar al huésped, dijo:

—¿Pensabas que tus actos no tendrían consecuencia?

No le dio ni siquiera tiempo de responder, el italiano, retrocediendo, tropezó con la cama en la pequeña habitación y cayó al suelo. Los dos disparos le atravesaron como la verdad que había descubierto. El humo que salía del cañón de la pistola era como una niebla que se apoyaba sobre una historia nunca contada y que, probablemente, jamás vería la luz.

El hombre de negro se quedó quieto, inmóvil delante del muerto, valorando si tenía que rematar la situación. En el suelo yacía agonizando su víctima, extendiendo sus últimos suspiros. Miró a su alrededor, observó con desprecio la pequeña habitación de segunda clase, comprobó todos los papeles, cogió el ordenador metiéndolo en una maleta de hombro y salió por la puerta. Una operación rápida, efectiva, casi indolora.

La sangre, que brotaba de los agujeros corporales, se desprendía sobre la vieja moqueta verde, añadiendo nuevas manchas, haciendo una combinación naif. Fusionados al líquido rojo, se estaban derramando todos sus proyectos, sus deseos, sus amores y la impotencia de no haber hecho algo más.

De la boca, que se abría y cerraba como una carpa fuera de su medio vital, salió su último aliento, diluyéndose en el aire de la

habitación junto a la verdad, que se quedaría en esas palabras nunca pronunciadas.

4

Autopista del Mediterráneo, Marbella, España.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Pasó casi un año desde que Bruno viajó por última vez.

Lo invitaron por todas partes, como anfitrión, por su experiencia y por los acontecimientos de su último Rally Costa Brava. Desde entonces, decidió quedarse en casa, cansado del glamour y de los inconvenientes de salir. Necesitó un tiempo por recuperarse, aceptarse y conocerse mejor. Lo que le había sucedido en la costa de Gerona, lo sacudió más de lo que nunca se hubiera imaginado. Su trabajo era su pasión, pero amaba más su vida. Trabajar maratonianos fines de semana a cuenta de la salud y encima con unos riesgos que jamás había calculado, no entraba dentro de sus planes.

Playa y circuito, vistas y lecturas. Para Bruno, eso era suficiente para poder volver a centrarse en su vida. Su apartamento de soltero, vacío de todo tipo de presencia estable femenina, le gustaba tal y como era. Bruno vivía de recuerdos y esporádicas amigas que llenaban sus necesidades de varón mediterráneo. Compañías nocturnas, que se acababan antes del desayuno. Prefería gozar de las vistas de su balcón frente al mar en silencio, acompañado de la presencia de su café y el periódico en la Tablet. Solo. Hacía tanto tiempo que estaba soltero que la presencia de una mujer en su vida ya casi le incomodaba. Evitaba relaciones vacías, inútiles. Desde Angelika ya no había encontrado nada que lo llenase. Se acostumbró a vivir de esa forma y, en consecuencia, a encontrar mujeres que entraban y salían de su vida sin trascender en su alma.

«¿Soy yo…? ¿O no me cruzo con una mujer que valga la pena?». Esa era la pregunta que aparecía en su cabeza cada vez que, consumado el acto sexual, deseaba que su acompañante de turno se fuera lo antes posible. Sus ansias de encontrar una compañera se extinguían proporcionalmente con las canas que iban surgiendo, confiriéndole una apariencia cada año más atractiva e interesante.

Amaba su nueva tranquilidad más de lo que pensaba. Se había

comprometido a ir al Gran Premio de Mónaco de coches históricos por un buen amigo y no podía cambiar de idea. Sin embargo, la noche anterior, preparando la maleta, entendió lo peligrosa que se había convertido su ansiada soledad, un veneno que cada día lo tenía más atado, uno filtrado en su sangre del que le costaría desprenderse. Casi había olvidado dónde metió la maleta, polvorienta encima de una estantería del trastero. Como su corazón, empolvado desde hacía demasiado tiempo.

Serpenteaban por la costa. El coche de Pedro, su inseparable escudero, lo estaba acompañando al aeropuerto de Málaga. Lo había seguido siempre por todas sus aventuras y empezaba a confiar en él para que llevara la operativa de su empresa, la gestión del circuito Ascari. Se iba tranquilo, su buen amigo ya estaba capacitado para gestionar el circuito.

—Pero ¿no habías decidido que no ibas a ir a Mónaco? —preguntó el conductor sin quitar la vista de la carretera.

—Ya te lo he dicho —dijo el italiano con una entonación como si estuviera hablando con un niño celoso de que se fueran sus padres—. Cada media hora me lo vuelves a preguntar. Tranquilo, que me voy por solo unos días, el lunes nos vemos y me recoges en el aeropuerto. ¿Te parece?

–Sí, sí, cuenta conmigo. Claro está. Pero ¿de dónde me has dicho que lo conoces?

—De hace mucho tiempo, fuimos compañeros del primer año en Stuttgart. Teníamos tan pocos recursos que compartíamos habitación en un piso de estudiantes. Luego nos perdimos la pista, yo seguí en esa ciudad y a él le ofrecieron un trabajo en Francia —le iba explicando el italiano mirando desde la ventanilla el paisaje verde que los acompañaba.

—Y… ¿os veis en Mónaco?

—Coincidencias de la vida. Me invitaron, decliné rotundamente y después llegó la llamada de mi buen amigo Calogero. Me quería ver, se enteró de que estaba invitado, me dijo que necesitaba hablar con alguien de confianza… no sé, muy raro. Sin contar que estará Rizzato con su flamante coche.

—¿En serio? —casi gritó Pedro al saber la noticia, quitando la vista de la carretera, como si hubiesen hablado de Michael Jackson o de una estrella del cine—. ¿Conoces a Rizzato? ¿Verás su famoso coche? ¿Y no querías ir? ¡No me lo puedo creer! Es una pasada. Pero ¿por qué nunca me llevas a estos eventos? Solo a la feria del pueblo con cuatro coches de *Scalextric*.

—Por favor, Pedro, mira la carretera. Sí conozco a Rizzato y me envía su chófer personal a buscarme al aeropuerto. Todo apunta a que

su coche va a pulverizar el récord mundial de venta en subastas de un coche clásico. Será divertido verlo, ya te contaré y haré muchas fotos, no te preocupes —respondió mientras que pensaba: «ojalá hubieses ido tú, Pedro, me hubiera quedado tan a gusto en mi casa».

El fiel escudero lo acompañó hasta la puerta de entrada del aeropuerto, envidiando el viaje que le esperaba a su jefe, mientras este envidiaba a Pedro porque se quedaba en casa.

—Acuérdate sobre todo de que mañana vendrá el grupo de holandeses a probar los fórmulas. Que estén impolutos y cambia las pilas de los *walkie talkies*, que siempre te olvidas.

—¿Quieres salir de una vez de mi coche? —dijo jovial y en broma.

—De acuerdo, está bien, me voy.

—¿Seguro que no necesitas nada más?

—Tranquilo, estaré fuera unos días y volveré sano y salvo.

Se acabaron de despedir y el italiano entró por las puertas automáticas, desapareciendo en medio de un grupo de ingleses con unas enormes sacas de golf.

El escudero estaba triste, como si hubiese dejado a su novia en el aeropuerto para quedarse solo durante los siguientes cuatro meses. Era parte de su felicidad, Bruno era su familia y la telaraña donde se había quedado atrapado con su carisma y personalidad. Apuró los minutos estacionado en doble fila, esperando que Bruno se girara para un último e insípido saludo, hasta que una patrulla de la policía nacional le hizo una señal, tenía que circular.

Volvió hacia casa con una actitud sombría, con el vacío que le dejaba el viaje de su jefe. Nadie lo esperaba, nadie excepto Pallina, la gatita que llenaba sus noches de solitud. Tenía solo su trabajo, pero eso era su suerte, algo que le apasionaba y lo hacía despertar con buen humor, seguramente porque influía el hecho de ver a Bruno cada día.

5

Autopista dei Fiori, San Remo, Italia.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

El vehículo recibía fuertes latigazos al salir de las galerías.

El sordo estruendo del viento que chocaba en los laterales del coche lo desviaba de su trayectoria. No era por una cuestión de peso ni de robustez, el Maserati Quattroporte limusina, considerado como un elefante en la sabana, sino por las históricas condiciones meteorológicas adversas. Los programas del tiempo de la televisión llevaban días avisando de unos fuertes flujos tormentosos. Los cientos de túneles que caracterizaban la autopista de las flores, de la región italiana de la Liguria, daban la sensación de que se conducía por un queso Emmenthal, un continuo camino de agujeros.

Era normal que el ocupante de los asientos posteriores no consiguiera dormir, a pesar de la habilidad del chófer en contrarrestar las adversidades con su destreza. Gian Paolo Rizzato detestaba esa carretera, ya no tenía edad para largos desplazamientos, ni siquiera ánimos. Pero el viaje a Mónaco, programado desde hacía semanas, lo obligaba a acudir a la fuerza. La ruta hasta el Principado la recorría habitualmente alquilando un helicóptero, una hora de vuelo contra casi tres de carretera libre y despejada. En esa ocasión, por los problemas meteorológicos, no se podía volar, así decidió ir en automóvil.

Rizzato era una persona distinguida, respetuosa y, en muchas ocasiones, altruista. No dejaba de tener una de las fortunas más grandes de Italia, arraigada principalmente en el textil y disparada a principios de los noventa con la internacionalización. Sin embargo, las ansias de destacar en su sector y la profunda trasformación que le generó su riqueza no cambiaron su naturaleza. De media estatura, nariz pronunciada en forma de patata y unos ojos de listo, siempre vestía con traje y corbata como marcaba la buena etiqueta del caballero. Todos los días del año lo acompañaban un fajo de periódicos, una agenda de papel y un diario negro donde apuntaba sus pensamientos. Nada de ordenadores portátiles, ni agendas

electrónicas, ni celulares de última moda. Conocía la tecnología y sus potenciales, pero no la había introducida en su vida. «Soy demasiado perezoso, demasiado viejo como para meterme en ese mundo», decía siempre. Las setenta y seis velas encima de la última tarta de cumpleaños hacían de escudo hacia la incursión tecnológica en su día a día.

A pesar del estrés del viaje y del cometido que tenía en su destino, al millonario le hubiese gustado parar el coche en la primera área de servicio y respirar las flores que había en el aire de la *Costiera Ligure*. Su vida llena de todo carecía de los pequeños momentos: un desayuno sin reloj, respirar el rocío, fundirse en la emoción de ver un rojizo atardecer…

Su idea era leer los periódicos en el trayecto, ese día aparecía en primera página el problema con los sindicatos que tenían con una fábrica en el sur de Italia. Sin embargo, no pudo ni consultar la prensa, ni dormir, así que destinó su tiempo a pensar.

Mirando por el cristal frontal, por no marearse debido a las curvas, pasaron por una salida que conocía.

—Si no fuera por Bruno, te hubiera dicho de haber tomado esta salida. Hubiéramos podido bajar a *Albenga*. Dar un paseo por el mar y luego comer en el restaurante de la familia Sommariva. Hacen unos *Crostini* con aceite de oliva virgen extra *Taggiasche* en prensa al frío que son una gozada. Hace mucho tiempo, demasiado… que no voy a saludarlos. Sin contar con sus Spaghetti al Pesto Genovese —decía a Ambrogio mientras miraba los recortes del mediterráneo entre la salida de una galería y la siguiente—. Podríamos reservar mesa a la vuelta, para el lunes.

Ambrogio era el chófer de toda la vida. Vestido con traje, corbata negra y camisa blanca, discreto y fiel, empleado desde que decidió tener limusina y aprovechar los tiempos de desplazamiento. Cuando Rizzato puso a la venta parte de su holding a la Bolsa de Milán, sin que este se diera cuenta invirtió sus ahorros en la compra de acciones del grupo. No necesitaba ver balances, ni gráficos de futuro, simplemente conocía a Rizzato. Creía en su manera de trabajar, en su espíritu empresarial. Vivió muchas situaciones mirando por el retrovisor y sabía cómo era el fondo de su alma cuando esta salía, en las dificultades, en los problemas, en los fracasos. Desde la compra de las acciones, pasaron muchos ejercicios y sus ahorros se doblaron, asegurándole unos últimos años desahogados en el apartamento que se había comprado con su mujer en Tenerife.

—Lo que usted diga, será un placer probar esos *Crostini* —dijo sin quitar la vista de la sucesión de curvas, con un riguroso respeto.

Los trayectos habituales que, en los últimos años, hacía Ambrogio acompañando a su jefe eran cortos, para los más largos usaba el

helicóptero o incluso el Jet Privado de la compañía. En las ocasiones que tenía que ir a Milano u otras ciudades del Norte desde Carpi, solía coger su limusina.

Hacía ya una hora que habían rebasado la montaña del Turquino procedentes de Milán, y como un acto de magia, se dejaba atrás el duro clima transalpino para encontrar el espléndido clima mediterráneo bañado por el sol.

—Es una vergüenza que Italia tenga una autopista tan mala. La que nos conecta con Francia. De un solo carril por culpa de lo continuos tramos en obras "de mejora de la infraestructura", como dicen. Años y años sin mantenimientos y ahora quieren recuperarla de golpe. ¡No me quiero imaginar si un día llega a nevar! Así es nuestro país y como decía Andreotti: "Italia es el Caos organizado".

—Gian Paolo, tiene usted razón. Pero nosotros, que vivimos en la carretera, ya estamos acostumbrado, más bien resignados —contestó el chófer.

Entre conversaciones de política e infraestructuras, pasaron la última hora hasta llegar a Mónaco.

La limusina abandonó la autopista. Ocupados con la conversación, que arrastraban conscientes que no podía resolver nada de la querida patria, la dieron finalmente por sentenciada. Bajaron por la avenida principal costeando la montaña y rodeados por el azul del mar Mediterráneo. Los excéntricos coches de lujo que se cruzaban, daban a entender que estaban llegando a la isla terrestre de la riqueza, paraíso fiscal y residencia de millonarios originarios de medio planeta. Rebasaron, por último, la sutil y ridícula línea imaginaria que separaba Francia con el Principado, claramente marcada con un cartel. Siguieron su trayecto por la avenida Princesa Charlotte, continuando hasta la majestuosa y central plaza del Casino. Este, siempre reluciente como los cristales de las gafas de un presentador de televisión, era el fulcro de la vida, marcado por las fotos que los turistas querían hacerse en ella.

Mónaco había cambiado, ya no era el mismo de unos años atrás, pensaba Rizzato. Muchas fortunas emigraron a países orientales más ventajosos, lejos de filtraciones de ex trabajadores de bancos. Los años de oro de Mónaco habían pasado como un tifón, dejando las migajas para los acostumbrados a la vida monegasca y a la Jet Set del viejo continente. El mismo torbellino que en esas horas apretaba en las tierras bañadas del Mediterráneo.

Una vez atravesada la plaza del casino, giraron a la derecha, entrado por el túnel más famoso de la Fórmula Uno, el mismo en el que los centauros de muchas épocas dejan de ver por segundos persiguiendo sus destinos, con la esperanza de levantar la copa de campeón. Justo a la salida, aparecía al lado del mar el puerto

deportivo, su meta.

El hotel donde se iba a presenciar parte de la subasta era el Cristal Palace, uno de los más recientes construidos y que entraba con virulencia en las nuevas tradiciones del Principado. Justo a su derecha había un palco, lugar para la famosa puja de coches, potencialmente la más recaudatoria de todos los tiempos. Aparcados en una perfecta y reluciente moqueta roja, reposaban como guerreros de otras épocas los cinco vehículos a la venta. El plato fuerte de la actuación. El personal de limpieza estaba pasando la aspiradora y limpiando como suma delicadeza las carrocerías, vigilados por los hombres de seguridad.

Finalmente, la limusina aparcó en frente del hotel situado al lado izquierdo del puerto, delante de los barcos más imponentes. Rizzato dejó que los botones le abriesen la puerta y se encargasen del equipaje. Unas personas de la estructura le esperaban para hacerle subir directamente a su suite presidencial por un ascensor vip, sin pasar por la recepción.

Por fin, acomodado en la magnífica y espaciosa habitación, inició una serie de llamadas pendientes mientras esperaba su buen amigo.

—Ambrogio, te encargas de ir a buscar Bruno, ¿correcto? —dijo Gian Paolo justo antes de bajar del Maserati.

—No se preocupe, ya tengo preparado el cartel, iré directo al aeropuerto de Niza a buscarle —dijo a su jefe. Esperó a que el botones cerrara la puerta y, un minuto después, el potente motor italiano se volvió a poner en marcha rumbo a la ciudad francesa.

6

Aeropuerto de Niza, Francia.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Las puertas automáticas se abrieron, dejando espacio para poder ver el interior.

Las rápidas miradas escaneaban el lado opuesto con el ansia de encontrar a los que esperaban. Cada viajero que las atravesaba las dejaba abiertas unos pocos segundos. Era difícil distinguir personas en medio de una nube de gente en tan poco tiempo. Bruno necesitó esperar su turno al salir, una vez recogida su maleta, para identificar el cartel de la persona que lo iba a buscar.

Los viajeros, una vez en el vestíbulo, se juntaban con quien llevaba tiempo de pie esperándoles. Algunos por amor, otros por turismo o por negocios, todos iban a la Costa Azul por un asunto especial. Una tierra excepcional, con un matiz de color único, que solo estaba en esas aguas. Lugar de glamur y sol, de vacaciones y diversión.

Niza y Marbella tenían una cierta similitud, lejanas geográficamente, pero el mismo espíritu costero y cosmopolita.

Al avanzar, la multitud policromática que aparecía ante sus ojos al abrirse las puertas resultaba homogénea en el momento de tenerla delante. Giró a la derecha y sin dejar de buscar a la persona que lo iba a recoger, vio un grupo de hombres trajeados en una zona apartada que sujetaban carteles. Nombres rusos impronunciables, sudamericanos y franceses, el último con una Tablet en mano ponía su apellido, Malatesta. Allí estaba su trasporte hasta Mónaco. Era un hombre de edad avanzada, pelo corto y barriga cervecera, seguramente por estar tantas horas sentado. Cuando levantó la mano identificándose como la persona que lo esperaba, el chófer hizo una mueca con la cara.

—¿Bruno? —preguntó.

—Buongiorno, Ambrogio —contestó acercado su mano como signo de gratitud.

Enseguida, el conductor intentó cogerle equipaje, pero Bruno no se lo entregó debido a su edad, prefería llevarlo él.

Los escasos treinta minutos que distanciaban del centro de Mónaco, estuvieron caracterizados por un intercambio de banalidades entre los dos hombres. Bruno observaba por la ventanilla trasera el ordenado tráfico y el continuo pasar de los edificios costeros. La autopista A8, de cuatro carriles por sentido, recorría la costa hasta el Principado. El horizonte estaba interrumpido por edificios blancos que, intermitentemente, obstruían las vistas marinas. Estos parecían estar celosos de enseñar el espectáculo marino que resguardaban. Intentaba recordar cuando era la última vez que visitó esos parajes. A pesar del empeño que le puso, no lo consiguió. El viento había apaciguado su fuerza, el sol a plomo del medio día empezaba a castigar con sus rayos. El efervescente aire, de un verano que ya comenzaba a asomarse, conseguía colarse en el habitáculo blindado. El borboteo de la tripa de Bruno era el único inconveniente en ese precioso paseo que estaba viviendo.

En cuarenta minutos, Bruno estaba entrando en la suite de Rizzato, hambriento y ansioso de volver a ver su viejo amigo. Un hombre de seguridad, cortesía del hotel, se quedaba en la puerta, gestionando la entrada y salida de personas. La presencia de vigilancia era normal, era Mónaco y era Rizzato, uno de los hombres más rico del país transalpino.

—Mi querido amigo, pasa, por favor —dijo el anfitrión al otro lado de la sala de estar.

Los dos amigos se encuentran y se abrazan efusivamente, con fuertes palmadas en sus espaldas, demostrando las ganas que tenían de verse el uno al otro.

—Te veo muy bien, amigo mío —afirmó Bruno.

—Que va, eres tú que me ves con buenos ojos, los años no perdonan. Y las arrugas tampoco —contestó mientras le indicaba que se acercara a la mesa preparada cerca de su terraza privada—. Ven, ahora nos traerán el almuerzo.

—Ten, esto es para ti. —Bruno le entregó a su amigo un obsequio.

El paquete, un rectángulo envuelto en papel de regalo, acababa de ser extraído de la pequeña maleta.

—Anda, te has acordado —dijo Gian Paolo comenzando a arrancar el papel que escondía el objeto.

—He ido personalmente a buscarlo, antes de venir.

El amigo, con cara maravillada, saca la botella de la caja de madera envejecida.

—Qué maravilla, el mejor de España —dijo levantando la botella de Jerez añejo, comprobando su color pardo en contra luz—. Gracias Bruno, me has alegrado el día. ¡Pero te tiene que haber costado una

fortuna!

—Ha resultado bastante difícil de encontrar.

Los dos italianos se sientan y comienzan a recibir el banquete privado de la mano de un camarero del hotel. Los cubiertos de plata y los demás impolutos objetos que ornaban la mesa trasmitían perfección, al igual que el resto de la habitación, en uno de los mejores hoteles del mundo.

La primera campana plateada que el servicio dispuso escondía una langosta al vapor con mini verduritas. La cara de Bruno fue de sorpresa.

—Espero que te guste —indicó el millonario mientras cogía el primer tenedor.

—El olor es maravilloso, seguro que sí. *Buon appetito* —contestó.

—Me ha comentado Morel que has dejado el mundo de los rallys y te has metido en un circuito. ¿Qué te ha pasado Bruno? —preguntó antes del primer bocado.

Bruno no era amante de responder a preguntas tan directas y personales, aunque fuese un amigo de largo tiempo. Involuntariamente, se escabullía de cuestiones directas, deslizándose como una anguila, de la misma manera que podía hacer un muro de goma tirándole una pelota. Como buen hombre de negocios, su mejor defensa era el ataque. Así gestionó la primera pregunta.

—¿Por qué vendes tu Auto Union? —preguntó a su vez.

Casi atragantándose con su primer trozo de langosta, empezó a toser intentando recuperar aire.

—¡Caray!, vas directo a la yugular.

El amigo vio su reacción sin hacer ni un solo gesto de preocupación delante del asombro del camarero.

—Bueno me he cansado de él —contestó una vez recuperada la normalidad en su respiración.

—Me estás diciendo, que tú, Gian Paolo Rizzato, el hombre que siempre contestas con “Yo solo compro”, ¿me quieres hacer entender que te has cansado de tener en tu museo privado el coche más valioso del mundo? —dijo perplejo y continuó—: Así… ¿sin más?

De repente el ambiente cambió, se intensificaron las palabras, las miradas amistosas se pusieron serias y perplejas.

—Verás, Bruno, hay cosas en la vida que no podemos explicar. Después de todo lo que ha supuesto este coche en mi vida, mejor que lo siga disfrutando otra persona. Los periplos y las aventuras con él ya han sido suficientes y tengo mucha curiosidad por ver a cuánto asciende el precio final en la subasta.

—Sigo sin entenderlo. —Y continúa bajando la voz para que no les

escuche el camarero—: ¿Tienes problemas económicos?

—En absoluto, amigo mío, las cosas nunca me han ido tan bien —contesta efusivo levantando la voz tranquilizándolo—. ¿Qué te preocupa?

Bruno frunce el ceño.

—No te entiendo, precisamente porque sé el tiempo que te ha llevado encontrar esta pieza única y que te ha permitido entrar en la élite de los coleccionistas, ¡caray, tienes el Santo Grial de los coches clásicos! ¿Por qué ahora quieres deshacerte de él?

Rizzato suspira.

—La vida son épocas y ha llegado el momento de cambios. Mírate tú, quién lo hubiera dicho, de los mejores mecánicos de Porsche a director deportivo de un circuito del tres al cuarto. Todos necesitamos cambiar y encontrar nuevos estímulos amigo mío —contestó el millonario casi autoconvenciéndose.

Mucho tiempo había pasado desde la última vez que se vieron, pero consiguió entrever un resquicio de nerviosismo, de autoconvencimiento, de melancolía tapada por su experiencia en la comunicación. No estaba seguro de lo que veía, pero no era toda la verdad, o por lo menos el millonario no estaba dispuesto a compartirla con él. El motivo que empujaba a que uno de los más influyentes coleccionistas de coches clásicos a vender la joya de la corona seguía siendo un misterio.

El camarero retiró el primer plato y sirvió el segundo, el principal. Levantó la campana y el delicioso olor de unos *Paccheri* con salsa de pescado activaron todas las neuronas en las fosas nasales de Bruno. Tomate siciliano, almejas, gamba roja, mejillones sin cascara y langostinos, junto a un aceite extra virgen de oliva a crudo, y espolvoreados con perejil fresco cortado finísimo.

Estaba salivando delante del manjar que lo esperaba, en Andalucía había pocos lugares donde se podía comer una veraz cocina italiana.

—Bueno, estoy hablando solo yo, cuéntame de ti…

Bruno lo interrumpe.

—Gian Paolo, perdona, no quiero hacerte un feo. Has hablado, pero no me has contestado… eso es muy diferente.

Rizzato, ignorando la interrupción, continúa.

—¿Te has casado? ¿Tienes previsto tener unos pequeños Malatesta?

Bruno se ríe. Nunca había oído ese término, pero le gustaba escucharlo: “pequeños Malatesta”.

—No y no. No me he casado y tampoco tengo con quien tener hijos —contestó entre bocado y otro de pasta—. Hace muchos años que me cuesta encontrar una pareja.

—¿Por qué has venido al final? Al principio parecía que no

querías.

—Me ha convencido un viejo amigo, un tal Ragusa. Está muy interesado en verme, ¡no sé por qué! —contestó enigmático—. He quedado con él esta tarde.

—Lo conozco —casi le interrumpió Rizzato—. Es el hombre de la casa de Subastas que ha llevado toda la gestión de mi coche. A mi parecer, es uno de los mejores de la empresa.

—No sabía que lo conocías —dice Bruno asombrado.

—Solo por teléfono y desde hace un par de semanas —contestó sin mirar a su amigo para no seguir con el tema, cambiando disimuladamente de tercio—. ¿Te quedas el fin de semana entero?

—Claro, disfrutaré viendo la subasta del sábado y todo el Gran Premio de Mónaco de Fórmulas Uno clásicas. Ya sabes, es el evento del año para nosotros, los aficionados.

El celular de Gian Paolo sonó. Llamó la atención de su propietario y su cara se tensó. Agarró la servilleta encima de sus pantalones y la dejó en la mesa.

—Tengo que contestar —dijo levantándose y dejando la pasta a medias.

La llamada no parecía de trabajo, la seriedad con la que el millonario contestó separándose de la mesa llamó la atención del italiano. Bruno intuía que su amigo le estaba ocultando información, no había sido claro con él. ¿Realmente no había nada debajo de ese plan de vender su más preciada pieza? Se sentía un amigo a medias, era difícil de entender el porqué de que no pudiera confiar en él y explicarle sus razones; desde luego, no lo hubiera juzgado. «Pero las personas cambian», pensaba. «Hay asuntos que son difíciles de hablar hasta con uno mismo». Al final, si no quería decírselo, no lo podía obligar.

Rizzato siguió un buen rato en otra habitación de su suite discutiendo con su interlocutor, dejando a su huésped con la comida y muchos interrogantes sobre la mesa. En ese momento, pensó en su amigo Calogero Ragusa, a quien, en breve, volvería ver y que a lo mejor él podía ayudarlo a entender ese secretismo que tenía Rizzato. Seguramente, la persona que había gestionado la subasta del coche más caro de la historia podía saber algún detalle o indicio para entender el gesto de Rizzato. Era su fuente de información y la posible vía de averiguación, eso sí, pensó que el fin de semana se estaba poniendo interesante, aunque ni siquiera se podía imaginar cuánto.

7

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Cada vez que dos personas se vuelven a encontrar, retoman la amistad desde el punto en el que la habían dejado.

Esa era la sensación que tenía Bruno al salir del ascensor del hotel. A pesar de que se iba con más preguntas que cuando entró, la compañía enigmática de su amigo lo había alegrado.

La recepción del Hotel Cristal Palace, donde se alojaba Rizzato y la Jet Set que acudía para el fin de semana de carreras y la subasta, se encontraba abarrotada. Era un bullicio de huéspedes que no dejaban de entrar y salir. Las cortinas de terciopelo rojas y un fuerte olor a Dubái dominaban el lujoso espacio. Los suelos relucientes de mármol blanco amplificaban los tacones de las mujeres que lo pisoteaban. Cerrando los ojos hubiera parecido que unos cerditos caminaban bochornosamente.

Los carros cargados de maletas de huéspedes venían arrastrados por los botones en un intento de llevarlos hasta las habitaciones. Era un barullo, un nerviosismo por conseguir que todos los invitados estuvieran satisfechos con rapidez y efectividad.

Bruno, con su humilde atuendo sport-casual y un troli de mano se colocó en la cola de la recepción. Nunca se hubiera podido permitir ese hotel; la organización lo invitó por ser considerado una eminencia, un VIP a cuidar.

Le había tocado la habitación número 345, la de “emergencia”. Así venía apodada por los trabajadores de la estructura. Individual, con vistas a la montaña y la más “pequeña”, resultado de un error de cálculos del ingeniero que creó el edificio. Aun así, era más grande que su piso de Marbella frente al mar.

Colocó en los armarios las prendas que se había llevado e intentó relajarse estirándose en la cama. Encendió la televisión, pero su atención no se despegaba del móvil. Hacía varias horas que aterrizó en Niza y, desde ese momento, escribió a su amigo Ragusa, sin obtener respuesta. La aplicación de mensajes ni siquiera conseguía entregarlos.

Primero pensó que tenía que estar ocupado en reuniones, pero cuanto más tiempo pasaba, más empezaba a preocuparse. Su interior le decía que algo no iba bien. Le dio vueltas hasta que se decidió a llamarlo.

«El móvil se encuentra apagado o fuera de cobertura en este momento», decía la voz francesa.

Se quedó aún más intranquilo. Comprobó el tiempo que tardaría en llegar hasta su hotel caminando, un paseo le vendría muy bien. La búsqueda confirmó un cuarto de hora. Se levantó de su cómoda cama, se puso su cazadora de cuero de Porsche y salió por la puerta.

El paseo resultó ser más largo de lo que esperaba, pero de la misma manera entretenido. Pasó por delante de las embarcaciones más lujosas de Europa, amarradas en el puerto deportivo de Mónaco. Siguió por la Avenida Alberto Segundo, una subida interminable que, bajo el sol de media tarde, se hizo aún más empinada. Los rayos solares en esa zona eran más benévolos que en su nueva patria, Andalucía. Sin embargo, el olor mediterráneo a salitre le parecía similar al que ya conocía. Él, que venía de una tierra lejos del mar, cada vez que sus pulmones lo respiraban, se le disparaba la serotonina.

En medio del paseo le vino a la mente Pedro, que se quedó en casa gestionando el circuito y las tareas rutinarias que habitualmente le tocaban a él. Le hubiese encantado estar allí con él, conocer a Rizzato, ver el coche más caro del mundo y todo el ambiente de Mónaco en un fin de semana de Fórmula Uno. Se sentía afortunado por estar allí, hasta ese momento no lo había considerado, lo daba por sentado equivocadamente.

Continuó hasta la "*Rue de l'Industrie*", al lado del estadio de futbol del Mónaco. En frente había el Hotel Andretti, en honor al piloto de Fórmula Uno. Un establecimiento modesto, para los empleados más estrechos de la subasta, así se lo había indicado su amigo.

Entró en la recepción y se identificó como amigo de un huésped, Calogero Ragusa, habitación 224. Pidió el poder hablar con él y lo llamaron.

En la habitación nadie contestó.

Era muy raro.

Insistieron varias veces sin éxito.

Entonces Bruno consiguió convencer en la recepción de ir a ver qué le pasaba, de subir hasta su habitación. El encargado, de malas formas, con el arduo trabajo que tenían ese fin de semana, localizó finalmente a un conserje con la llave maestra.

Al cabo de largos minutos, se presentó en la recepción para acompañar a Bruno hasta la habitación indicada.

Estaban en el establecimiento más económico en terreno monegasco y, por ende, el más solicitado para ese fin de semana. El

conserje tenía mucho trabajo; dejar las tareas planeadas por ese fuera-programa era un verdadero reto. Aunque, sin saberlo, lo que iba a hacer era desde luego necesario y urgente. Como dos pequeños exploradores en misión de reconocimiento, los hombres llegaron hasta delante de la puerta con el número 224.

El empleado del hotel introdujo la llave maestra, se accionó la cerradura electrónica y se oyó un suspiro. En el pómulo colgaba el cartel rojo de "no molestar". Bruno, de repente, se preguntó si realmente hacía lo correcto al entrar con él y le entraron las dudas por si había ido demasiado lejos con esa paranoia al no contestarle al teléfono.

Estuvo a punto de retroceder y pedir marcharse, los miedos lo ofuscaron, estaba invadiendo la intimidad de su amigo.

Empujaron la puerta, y mientras salía el aire viciado de la habitación, en medio había un olor familiar, que le traía viejos recuerdos, un olor a óxido que no conseguía determinar. Entraron y el olor metálico, a corrosión, se hizo más intenso, hasta un nivel de hedor profundo.

Desde la puerta se veía el escritorio, al otro lado de la habitación, con papeles encima, revueltos. La cama hecha, impoluta, la persiana subida y la ventana cerrada.

Al primer paso se dieron cuenta de algo que ensuciaba del suelo, una mancha roja y seca. Era sangre.

Con el segundo paso vieron al cadáver del italiano, con un agujero en el centro de la frente, preciso, redondo y lleno de moscas. Parecía una película de Quentin Tarantino, sin embargo, no era ni más ni menos que la realidad.

El conserje empezó a experimentar arcadas, superado por el panorama y su primera visión de un cadáver. Para Bruno Malatesta no era la primera vez, por lo que no le afectó tanto ver la escena, aunque entender que su amigo había sido asesinado le provocó una profunda aflicción. Angustia, miseria, consternación; el dolor lo atravesó como un rayo.

Sus peores intuiciones volvieron a ser protagonistas en su vida.

El acompañante huyó de la habitación con una mano tapándose la boca, como para impedir que surgiera el vómito. Corrió para informar a su jefe, mientras el italiano se quedó analizando rápidamente la habitación. No parecía obra de la improvisación, y un solo tiro entre cejas delataba muchas cosas.

Se acordó de que Calogero tenía que decirle algo importante, un tema que lo inquietaba profundamente. Presentía que alguien relacionado con ese mismo asunto llegaría a saber que su amigo sabía algo y se encargó de cerrarle la boca.

Llegó tarde, esperaba de su amigo unas respuestas y se fue de esa habitación con más preguntas y dejando otro buen amigo por el camino de la vida.

8

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del suceso.

Bruno se encontraba hundido en su butaca, cómodo como en Cinema Paradiso. Era un viejo sillón estilo Chester, una auténtica pieza inglesa. El respaldo, que llegaba a media espalda, tapizado con capitoné tradicional hasta la contra, plegado a mano y acabados de alta tapicería en el frontal, creaba un efecto óptico de topos oscuros, como si fuera un Emmenthal. En cada ocasión que se ajustaba subiendo la espalda, reubicándose en posición vertical, el viejo cuero parecía que hablaba, casi quejándose, crujiendo fruto del tiempo inexorable.

Lo que estaba escuchando lo estaba cautivando, siempre le habían hecho el mismo efecto las buenas historias, más aún si un amigo era el protagonista. El relato estaba tomando una dirección sorprendente, se trasladaron a los años noventa, aterrizando en la vieja URSS. Jamás se hubiera imaginado estar reviviendo esos hechos con Renato Belle después de los sucesos inesperados.

—Siempre he considerado que fuimos los primeros hombres occidentales al entrar en la post Unión Soviética. Delante de nosotros se nos presentaba un mar de oportunidades, un laberinto de dificultades, pero sobre todo una infinidad de trampas a sortear —. Renato saborea el último trago de su Whisky, apoya el vaso en la mesa y le da una generosa calada al puro. Acto seguido, añade más licor a su vaso.

—¿Quieres un poco más? —Bruno lo piensa, mirando su vaso.

—No, gracias, no estoy muy acostumbrado a esto, voy dosificando —contesta el invitado y sigue—. Así que el estado Ruso os invitó de forma oficial en pompa magna con gastos pagados.

—Exacto —contestó el "consigliere" enorgulleciéndose—. El día de la expedición comenzó un martes por la mañana, era un día cualquiera de Febrero, hacía un frío tremendo en Milán, donde cogimos el avión. ¡Imagínate al aterrizar en Moscú! El viaje continental fue normal, junto a unos pocos empresarios más, en total

éramos unos diez afortunados. Sectores diversos, desde mecánica a telecomunicaciones, de cosmética a textil. Cada uno representando la élite en su sector, con su secretario personal que hacía de traductor y llevaba las maletas. Me acuerdo de que alguno incluso iba acompañado de varias secretarias, para compensar las frías noches rusas.

»En cuanto aterrizamos notamos que el lugar era muy diferente a cómo nos lo imaginábamos. Los horizontes blancos que se apreciaban por las ventanillas del avión se perdían por los límites de lo que alcanzabas a ver, como si no hubiese nada más, como si el mundo se acabase. Poca información había llegado a Europa desde antes de la segunda guerra mundial. Nuestro contacto nos esperaba dentro del edificio, justo después del desembarco. El drama se inició al salir del avión. Nunca jamás había sentido tanto frío. El impacto fue tremendo. La primera bocanada de aire nos congeló los pulmones, como si hubiésemos tragado agujas que se clavaban en la tráquea. El frío más punzante que he notado en mi vida. Como si mil cuchillas te cortaran la cara a la vez. No estábamos preparados a ese cambio térmico, ni tampoco nos habían preparado a eso. Sí, sabíamos a donde íbamos, pero nunca te percatas de la realidad hasta que la encaras. El servicio de maletas no existía; tuvimos que recoger nuestras pertinencias directamente de la bodega de equipaje ante la indignación de algunos. ¿Sabes? Alguna secretaria se rompió las uñas y empezó a gritar como una loca. ¡Eso te daba a entender qué clase de servicios había venido a dar!

Los dos se ponen a reír.

—El edificio central del aeropuerto era una mezcla entre una declaración de megalomanía austera casi minimalista y ostentación esperpéntica. —Da una calada del puro, cierra los ojos para enjaular todos los aromas y suelta el humo abriéndolos y sigue—: ¿Cómo te lo puedo explicar? La estructura arquitectónica era exageradamente grande, pero despojada de detalles, como si se hubiesen quedado a medias con el presupuesto. Sin embargo, de vez en cuando, encontrabas elementos decorativos de grandísimo valor, como lampadarios gigantescos dignos de los palacios de los zares, que daban la impresión de haber sido reciclados y pegados en esos lugares asépticos de paso.

Bruno estaba boquiabierto por la explicación y disfrutaba del momento. Mientras Renato se detiene para recopilar más información, este se levanta para poner más leña en la chimenea, para que la calidez que desprende no se pierda.

—Nuestro guía se llamaba… —Tiene un momento de vacío debido al tiempo que había pasado—. Claro que sí, como podría olvidarme de él, ¡Sergey Ourumov! Era un viejo espía del KGB reciclado a

diplomático. Al principio, todos los Rusos me parecían iguales, yo creo que a ellos les pasaba lo mismo con nosotros, los occidentales. Con la cara chafada, unos labios enormes casi desproporcionados y unas grandes gafas redondas. Sergey nos acompañó durante todos nuestros años en Rusia, hasta que desapareció. No sabemos qué hizo, pero le enviaron sus últimos años a Siberia. Ya sabes, Bruno, cuando delante de ti pasa mucho dinero, en los dedos aparece pegamento. ¡En fin! Lo primero que nos dijo fue que no nos quedáramos más de veinte segundo quietos en el mismo lugar, o las suelas de los zapatos se engancharía al suelo por el efecto del frío. Al principio pensé que era un exagerado, pero casi me quedo sin botas el primer día por un despiste.

—¿En serio? ¿A que temperatura estabais a fuera? —preguntó sorprendido Bruno.

—De noche era normal llegar a veinte grados bajo cero. Eran otros tiempos, ahora con el cambio climático es diferente. En fin, cuando salimos del aeropuerto para coger un minibús del estado, entendimos dónde habíamos aterrizado. La nieve que democratizaba el paisaje no daba idea del frío puntiagudo que, fuera de las puertas del edificio, nos volvía a esperar. Tardamos muy poco en entrar en el vehículo, los suficientes para recordarnos la temperatura glaciar. A partir de allí comenzamos la visita. La ciudad tenía poco tráfico y la mayoría eran coches modestos y destartalados, parecíamos haber aterrizado en una parte del mundo congelada. —Renato se acerca al oyente boquiabierto y sigue—: Mejor dicho, a una época no determinada entre la primera y la segunda guerra mundial.

Llevaban varias horas y la tarde estaba pasando como si nada, entretenida y misteriosa. Los cuentos de Renato eran un bálsamo para Bruno, este quería más y deseaba saber cómo iba evolucionando una historia que se había iniciado mucho antes de lo que llegaba a imaginarse.

—La mayoría de los edificios gubernamentales eran grises y despojados de alegorías. Siempre predominaban señales comunistas, la hoz y el martillo, o bien de la congregación soviética, las estrellas rojas. También nos encontramos carteles enormes que colgaban de las ventanas con caras de Lenin y Stalin. Estatuas comunistas, viejas, llenas de excrementos de pájaros. La población por la calle iba con ropa gris, triste, sin colores, todos con una uniformidad asombrosa. Las tiendas tradicionales, que encontrabas en los bajos de los edificios, se presentaban sin colores en los letreros y una sombría expresión generalizaba los rostros de los caminantes.

—El hotel donde nos alojaron era el “Grand Hotel National”, el más lujoso de toda la ciudad, o así nos lo vendieron. Era una estructura que, en la Milano de los noventa, le hubiese costado

obtener tres estrellas, y en el cartel externo relucían cinco. Yo creo que perdieron alguna por el camino. Dejado para los occidentales, pero no obstante elegante, y eso sí, solo para extranjeros. En la puerta estaba un hombre de la seguridad del hotel, de dos metros, que no permitía entrar a ningún ruso, solo extranjeros; con una excepción: dejaba pasar al bar exclusivamente mujeres rusas… ya me entiendes. —Renato le guiña el ojo—. Se encontraba a dos pasos de la plaza roja y del Kremlin. Los enormes ordenadores parecían estar alimentados por carbón, sin embargo, ¡las habitaciones eran lo mejor! Tranquilas, amplias y cómodas… —Renato suelta una sonrisa mirando su vaso de Whisky, que volvía a estar a punto de acabar y sigue—: Me acuerdo como si fuera ayer. Rizzato estaba algo asustado por ir en medio de esos… —carraspea la voz—… ¡bárbaros! No por nada, pero fue porque iba con él, esto me lo confesó más tarde. No por el idioma, que también, pero sobre todo por una cuestión de soledad… de estar "solo ante el peligro". Ir hacia lo desconocido, hacia "los bárbaros", que decía él. Piensa Bruno que fuimos los primeros, no sabíamos lo que nos podíamos encontrar. Era un pueblo con usos y culturas diferentes. Nos encontramos, tanto auténticos maleducados y déspotas, como personas extraordinarias, buenas, dispuestas a compartir con los forasteros lo poco que tenían… pero esto es otra historia.

—No, no, sigue por favor, me encanta —contestó Bruno.

—Bueno, sigamos con lo importante. En el hotel estuvimos una semana, luego nos fuimos unos días a San Petersburgo antes de regresar a Italia. Pero el momento más increíble e irrepetible fue cuando nos invitaron a cena en el Kremlin, compartiendo mesa con Gorbachov.

—Sigue, sigue, por favor…

9

Hotel Andretti, Principado de Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Bruno no fumaba.

Sin embargo, pensó que ese hubiese sido otro momento propicio de su vida para haberse iniciado. Tuvo tímidos encuentros con el tabaco, que siempre acababan en tremendas resacas del día después. De joven, y de no tan joven, un eterno quiero, pero no puedo, hasta que desistió al escuchar a su cuerpo, contrariado al inhalar un humo inútil e insalubre.

Esa tarde, sentado en la acera delante del hotel esperando la policía, si alguien le hubiese acercado un cigarro, habría vuelto a caer.

El segundo sablazo fue encontrar el cuerpo sin vida de Calogero. Sin embargo, el primero en orden de fuerza, movido por la responsabilidad, fue cuando tuvo que llamar a la viuda Ragusa. Sin sombra de duda, fue lo peor, el momento más desgarrador, sacar las fuerzas y los ánimos de donde no había. La vida tenía que seguir y Bruno juró a la mujer de encontrar el asesino, costase lo que costase.

El bullicio de huéspedes en el "peor" hotel del Principado, parecía el de un hipermercado en fin de semana. Personal de la casa de subasta alojado, pilotos con presupuestos limitados y miembros de equipos privados. Durante el paseo de ida, las brigadas municipales estaban colocando las protecciones del circuito urbano de Mónaco. El mundo del motor se detendría esos días para dar paso al evento legendario.

Andrea Puzzo, director del Hotel Andretti, había exhortado a la discreción a las fuerzas del orden del Principado para no crear un escándalo delante de sus clientes. Ordenó que pasaran, tanto las patrullas, como el furgón del servicio funerario, por la parte trasera de la estructura. Así lo hicieron todos; en la fachada, donde esperaba Bruno, no parecería que hubiese pasado nada inusual. Hasta que llegó Jeremy Dubois, el jefe de la policía de Mónaco. Acudió con las sirenas encendidas en la modalidad de más escándalo, a toda velocidad, como si tuviese que paralizar un atraco a un banco. Aparcó delante del

hotel, llamando la atención de todos los peatones, vecinos y huéspedes de la estructura. Jeremy era más conocido por Gérard, por su parecido al actor Depardieu. De gran volumen, con nariz chafada, pelo canoso hacia atrás, frente espaciosa, vistiendo uniforme y sombrero bajo con visera negra de la gendarmería. Una persona nada discreta, con afán de protagonismo y sin pudor al exhibicionismo. Y llegado al cargo por ser pariente de algún consejero del príncipe. De rudas maneras y de poca educación, siempre buscaba esos casos para sobresalir como buen policía y merecer las últimas medallas antes de una jubilación, no tan ameritada.

Cuando Bruno vio llegar el personaje, intuyó dos cosas. La primera, que con ese individuo ese asesinato se convertiría en una situación troyana, y que el jefe de policía era más adecuado para que condujera un tractor, que para dirigir un cuerpo de seguridad.

Fue poner un pie en la recepción e iniciar justamente ese desorden que el director tanto se había esforzado en evitar. A ese punto, Andrea Puzzo, que fue directo hacia el jefe de policía para hacerle bajar el tono de voz, si dio por vencido; la reputación de Jeremy le anticipaba.

Bruno quedó inmóvil, sentado en la acera como una persona extraña a lo que estaba sucediendo y a lo que descubrió. Empezó a recordar momentos que habían pasado junto a su amigo Calogero y, sobre todo, a su familia, que ya tenía que estar desquiciada sin tener noticias suyas.

—¿Monsieur Malatesta?

El italiano sintió la llamada a su espalda, y contestó ya extrañado del tiempo que había pasado.

—Sí, dígame —respondió levantándose.

Un joven agente de la policía le exhortaba a entrar en el edificio. Siguiendo al gendarme, accedió a una sala habilitada para tomar declaraciones. En su interior, como un auténtico *showman*, el jefe estaba interrogando al botones que había acompañado al italiano descubriendo el muerto.

Los gritos y las acusaciones insensatas se oían incluso con la puerta cerrada. Dentro, el director del hotel, presenciando aquel espectáculo bochornoso, se había convertido en un avestruz, con la cabeza bajo tierra y una expresión en el rostro de vergüenza ajena.

—Ya se puede marchar, pero tendrá que quedarse a disposición policial. Cualquier movimiento tendrá que informármelo —dijo el jefe al joven al botones. Luego, se giró hacia el director y concluyó—: Usted es responsable de este chaval, si se escapa le tendré como un directo responsable.

Parecía un cura desde el púlpito, con una forma de actuar más en consonancia con un juez o un inquisidor, que la propia de un investigador.

—Pase usted —dijo refiriéndose a Bruno—. Siéntese aquí.

Bruno se acercó evitando tomar asiento.

—Le he dicho que se siente —insistió el jefe

—Le he escuchado, de hecho, creo que hasta en el puerto le oyen. No me voy a sentar, voy con retraso y esta noche tengo que estar en la Gala de Apertura del Gran Premio —contestó molesto, llamando la atención de todas las personas de la habitación.

Jeremy se sintió retado por el italiano, no le gustaba su actitud.

—¿Cuál es su nombre?

—Bruno Malatesta —respondió de pie, con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos—. Y usted ¿quién es?

Las facciones de su rostro se endurecieron, el jefe se molestó por la pregunta.

—¡Aquí las preguntas las hago yo!

En ese momento, entró un camarero del hotel con una taza humeante de café y se la entregó al jefe; este, sin agradecerla, comenzó a dar pequeños sorbos.

—Bien, pero si usted no se presenta no sabré con quién estoy hablando.

—Me llamo Jeremy Dubois, soy jefe de la policía del Principado de Mónaco y jefe adjunto de las guardias reales —dijo levantado la barbilla, enorgulleciéndose de sus cargos, casi volcando el café por el uniforme—. ¿Le parecen bastante? Ahora que sabe quién soy, ¿me contestará?

—Perdón por la pregunta, pero ¿qué hace un jefe de policía investigando un asesinato en una habitación de hotel? —cuestionó extrañado el italiano

—En Mónaco no hay asesinatos, es un caso excepcional, y cuando hay los quiero investigar personalmente —respondió sabiendo que le iba a hacer la vida imposible a partir de ese momento—. ¿Por qué se empeñó a entrar en la habitación del señor Ragusa?

—¿Por qué éramos amigos?—contestó el italiano con otra pregunta irónica—. ¿No le parece que podíamos haber quedado y al no responder a mis llamadas me pareciera poco normal y me acercara para ver cómo estaba por la falta de sus noticias? ¿Tan raro le parece? ¿Es por qué usted no tiene amigos?

El jefe comenzó a ponerse de color lila y los gendarmes que lo acompañaban no podían creer aquel espectáculo que jamás habían visto.

—¡CÁLLESE! Las preguntas las hago yo. ¿De qué conocía a la víctima? —insistió con el tacto de un elefante.

—Éramos amigos desde hace muchos años. Nos conocimos en la residencia de Stuttgart con veinte años, cuando estudiábamos. Luego nos perdimos la pista y en la última época estuvimos algo más en

contacto. Además, soy su padrino de boda.

—¿Y por qué os teníais que ver? —preguntó el jefe más tranquilo.

Bruno entendió que dentro ese enorme cuerpo, al final de la espaciosa frente, delataba inteligencia, pero no quería darle más detalles de los estrictamente necesarios.

—Coincidíamos en Mónaco y habíamos quedado para un cóctel antes de la Gala. Al que, por cierto, llego tarde.

—Entonces usted lo llamaba y no contestaba. ¿Desde qué hora intentó contactar?

Bruno se acercó enseñándole el móvil con las llamadas y los mensajes de texto no entregados.

—Entiendo —contestó el jefe ya con los ánimos calmados—. ¿A qué se dedicaba el señor Ragusa?

—Era un empleado de la Casa de Subastas O'Connor de Paris —respondió el italiano.

—Todos los empleados están alojados en nuestra estructura, cada año que vienen —informó el director.

—Señor Puzzo, necesitaré un listado de todos los huéspedes de esa empresa —dice mirando al director, y viendo que no contestaba grita —: ¡AHORA!

Andrea se desclava y se dirige hacia la recepción con paso acelerado.

—En cuanto a usted, no puede salir del Principado sin mi expresa autorización. Sabe, una persona extranjera en nuestro tranquilo Estado que tiene una multa de velocidad ya es persona non grata. ¿Se puede imaginar un asesino o incluso alguien con pasado turbio? —El jefe estaba vacilando el italiano e intentando atemorizarle sin ninguna base sólida.

—Señor jefe de policía, le he respondido todo lo que sé y he procurado ser muy sincero. ¿Me puedo marchar ahora?

—Es posible que usted me haya dicho lo que quería oír; desde luego, ningún asesino confiesa —dijo a Bruno. Luego, se gira hacia su ayudante y sigue—: Cogedle los datos y retiradle el pasaporte.

Las relaciones entre el pueblo francés y el italiano nunca fueron las mejores. La animadversión era mutua. Para ser países colindantes, a veces se reservaba a los viajeros sorpresas tan "agradables" e incómodas como encontrar en su camino al jefe de policía Jeremy Dubois.

—Lo siento, pero no tengo pasaporte —contestó bruno mintiendo, lo tenía a buen recaudo en su hotel.

—Entonces, retírenle el DNI.

—No pienso darle ningún documento hasta que no tengo una orden judicial para incautármelo.

El jefe volvió a tomar una coloración cutánea lila de enfado, de

desafío.

—Albert, cógele los datos de contacto y déjalo ir —ordena al joven gendarme, y concluye acercándose a Bruno—. Por ahora puede irse a su maldita Gala. Pero nos volveremos a ver.

—Lo noto nervioso, le aconsejaría menos café y más tilas. Bueno, es una idea… solo una idea —responde Bruno bailando sobre la sutil línea de la animadversión del jefe.

—¡VÁYASE!

Bruno se alejó con el gendarme y le entregó todos sus datos, luego se fue con paso firme hacia su hotel. Llegaba tarde. Las últimas horas complicaban su presencia a Mónaco y convertían una visita de placer en un viaje convulso.

La puesta de sol en Mónaco era preciosa, tintando de rojo anaranjado los blancos edificios del Principado. Las palmeras que bordeaban las calles resaltaban en el cielo turquesa. Era un espectáculo de postal, digno de pararse y disfrutarlo. Sin embargo, la pérdida de su amigo le apretaba el corazón en un puño. Pensaba en Paula, su mujer, se planteaba si le tocaba a él llamarla y darle tan trágica noticia. Tenía que hacerlo, pero todos los momentos felices que habían compartido lo frenaban. Decidió llamarla en cuanto llegara a la habitación, antes de meterse en la ducha. Las pocas ganas que tenía de acudir a la Gala se esfumaron, solo por compromiso habría ido, con su mejor traje y su sonrisa más falsa. Si fuera por él, regresaría a su tranquilo piso de Marbella.

Siguió su camino, hasta volver al puerto. Creía que su fin de semana de Gran Premio empezaba con un fuera-programa de manual. Sin embargo, su sexto sentido no predijo que aquello no era nada comparado con lo que le esperaba en breve.

10

Hotel Crystal Palace, Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Se preguntaba qué narices estaba haciendo allí.

Vestía de riguroso esmoquin, impoluto y entallado. Lo encontró colgado en un plástico trasparente en su habitación a la vuelta. Le costó llegar puntual al gran evento mundano del fin de semana. A veces, no era tan importante el evento en sí, si no toda la parafernalia y los bordados que se fraguaban a su alrededor. En ese momento, entrando en la sala de la cena, se acordaba por qué siempre repelía las invitaciones a esos eventos.

Encontró a la jet set europea y del mundo del motor, todos vestidos como si no hubiese un mañana.

Mujeres despampanantes metidas a presión en extravagantes vestidos de ceremonias, enseñando ostentosas joyas. Muchas de ellas llegaban a dejar de comer durante varias semanas antes de la cena para caber en vestidos ridículamente ceñidos. El espectáculo era lamentable, rozando lo bochornoso. Claramente, destacaban los invitados de rebote, es decir, los que habían aterrizado a la fiesta de refilón, casi por error. Los típicos que se querían hacer la foto con el Vip de turno en el *photocall*, para después colgarla en sus redes sociales.

Bruno entró casi desapercibido. No quería ser el centro de atención, le provocaba mucha vergüenza que le saludasen o relacionasen con esos ambientes. Pero tenía que ir, lo prometió, todo por culpa de su amigo Ragusa, que con un acto no premeditado se había librado de esa cena esperpéntica. Liberado de eso y, por desgracia, de muchas más cosas.

El programa de la noche era simple, cóctel, discurso de su amigo Morel, director general del Gran Premio histórico, cena y baile. Justo después de los postres, se volvería a la habitación. Una salida a la francesa. Fácil, rápido e indoloro. Huía de la mundanidad “barata” y

que se podía ahorrar. Pedro se hubiera apuntado a todos los eventos y hubiera cerrado la barra del hotel. Sin embargo, él era muy diferente.

Se acercó a una barra y pidió una copa de champagne, era lo que más le gustaba. Con su vaso en la mano, veía entrar el flujo continuo de invitados. La sala era un espacio diáfano para unos doscientos comensales, distribuidos en grandes mesas redondas relucientes por su cubertería. El techo y un lateral de la sala estaban acristalados, como si fueran un botánico o un palacio de cristal. Los proyectores distribuidos por el espacio teñían la noche de colores oceánicos, creando una atmosfera fascinante, casi mística. En el lado opuesto al cristal, la pared era un escenario negro donde se esperaba buena parte del espectáculo de la noche.

Bruno intentaba sortear gente que iba a saludarle. Viejos conocidos que, para entretenerse hasta el discurso de apertura de la ceremonia, hacían ver que conocían a todo el mundo. Cuando la sala empezaba a estar completa de invitados, el vocifero general se apaciguó. La ovación general fue para los monarcas del Principado, el Príncipe Alberto entraba en la sala. A su derecha, cogida del brazo, estaba su mujer. A la izquierda, Mathias Morel. Detrás unos guardaespaldas que parecían salidos de una película de Tarantino.

Fueron directos a la mesa presidencial, nadie se atrevió a pararlos. Se sentaron y Morel subió al estrado, y cogiendo el micrófono con desenvoltura, invitó a todos los asistentes a que tomaran asiento, buscando sus nombres en las mesas. Una vez se sentaron, el maestro de ceremonias inició el discurso tan esperado.

Antes de empezar, carraspeó la voz.

—Señaras y señores. Amigas y amigos. Estoy orgulloso de presentar esta noche la decimocuarta gala de presentación de este mágico fin de semana de motores. En primer lugar, quisiera agradecer a sus majestades, los príncipes de Montecarlo, por darnos las posibilidad de disfrutar de sus carreteras, sus vistas y su hospitalidad. —Mientras Mathias estaba pronunciando estas palabras, el monarca se levantó y agradeció el aplauso a toda la sala—. De disfrutar del mar y de la montaña, de la gastronomía y las curvas, de su excelencia y exclusividad. No podría imaginar otro evento como este si no fuera en esta casa. Así que, una vez más, gracias en nombre de todo mi equipo.

Los camareros comenzaban a repartir el primer vino de la noche, rellenando los vasos con un preciado *Pinot Grigio* italiano de la región del Veneto, de color dorado y sin burbujeo. Bruno, en una de las mesas más lejanas del palco, se percató de la presencia de Rizzato en la mesa del príncipe.

—Amigos, no hace falta que hablemos del espectáculo que nos espera este fin de semana, reviviendo las carreras con vehículos de otras épocas y de la valentía de nuestros Gentleman Drivers de sacar

de sus colecciones privadas auténticas joyas de otros tiempos. Aun así, les propondría un aplauso. —Morel se detiene para añadirse a la reacción esperada de todo el público—. Pero, sobre todo, quiero hacer hincapié en algo sin precedente en nuestra historia. Algo que, sin lugar a dudas, jamás se había conseguido y que estoy tremendamente orgulloso en comunicaros. Como bien hemos comunicado en nuestras notas de prensa, este año realizaremos de la mano de la casa de subastas O'Connor, la tarde del sábado, una venta de coches exclusivos. ¡Qué digo exclusivos! Únicos, excepcionales. Desde aquí doy las gracias a Taylor O'Connor y a su equipo por la excelencia con la que han conseguido agrupar tantas joyas y de tanta calidad, como en cada una de las contadas subastas que organizan durante el trascurso del año. La subasta se dividirá en coches clásicos y obras de arte. De estas últimas, permítanme nombrar las piezas más cotizadas. Un collar de diamantes pertenecido a María Antonieta. Un cuadro de Picasso "El perro flaco" y la extraordinaria obra del artista ya fallecido Tronksy, con un precio de salida de diez millones de dólares. Pero hay algo increíble que hemos conseguido. —Mathias espera, hace una pausa para dar más importancia a lo que iba a seguir y capturar la atención de todos los asistentes—. Tenemos entre nosotros a la persona que ha decidido vender uno de los lotes más esperados desde hace mucho tiempo y con un increíble palmarés. Quisiera llamar a este estrado al hombre que lo encontró, le devolvió la vida y lo ha conservado por tantos años. Persona del año en Forbes y considerado uno de los hombres más influyentes según el Washington Post. Demos la bienvenida encima del escenario al señor Gian Paolo Rizzato. —La sala explotó en un delirio por verle en persona.

Rizzato, que se había encontrado en un fuera de juego de manual, no se esperaba que lo llamasen encima del estrado. Empachado, se levantó, se cerró el botón del esmoquin azul oscuro y subió al lado del maestro de ceremonias.

Mientras, Mathias seguía diciendo:

—El Auto Union de Nuvolari. El predecesor de todos los coches de carreras. El coche más codiciado y valioso del mundo. Precio de salida del sábado, cincuenta millones de dólares, y se prevé que supere toda expectativa creando un récord absoluto. Gracias, Gian Paolo, por estar aquí.

En ese momento, una azafata de la organización acercó un micrófono al italiano.

—Esta me la apunto Mathias —dice el millonario abochornado por ser el centro de atención. El público se ríe. Se gira y dice a los espectadores—: Os aseguro que no estaba previsto, ¡menuda encerrona me ha hecho!

—Gracias por haber subido de forma espontánea —dice Morel riendo, haciéndole sentir arropado mientras estaban improvisando—. ¿Nos explicas dónde conseguiste este coche?

—Lo encontré en la vieja URSS, en un pajar de un ruso. Estaba abandonado, no funcionaba y, además, lo sacaban solo por la fiesta del pueblo tirado por bueyes.

—Madre mía, qué historia. ¿Cuándo fue eso?

—Pues hacia los años noventa —contesta Rizzato escueto y con ganas de acabar ese espectáculo que le incomodaba.

—¿Y cómo lo encontraste allí? ¿Qué hacías por Rusia en esos años?

—En un viaje a Moscú, alguien me lo señaló y de allí empezamos a estirar del hilo.

—La última pregunta, Gian Paolo, ¿por qué es considerado el coche más caro del mundo?

Consciente que era un acto de marketing, se explayó más de lo normal.

—Bueno… yo le considero un coche interesante, por su historia. Era el coche con que Nuvolari, antes de la segunda guerra mundial, lo ganó todo, delante de Mercedes, Alfa Romeo o Bugatti. Luego desapareció por el momento bélico y se perdió su rastro hasta que, por casualidad, lo encontré. Yo creo que se convirtió en el Santo Grial de los coches clásicos por el conjunto de su historia y su desaparición —concluyó su dueño

—Increíble, increíble. Gracias por estas palabras, Rizzato, si quieres puedes bajar ya, no te voy a molestar por el resto de la noche —indicó mientras el italiano se aproxima a la escalera.

Rizzato se detiene, y girándose hacia Morel acaba:

—Eso espero, que ya nos conocemos… —dijo sonriendo, feliz porque se había terminado su intervención, entre el sonoro aplauso de admiración del público.

Rizzato se sentó en la mesa presidencial y Morel concluyó despidiéndose del palco y dando paso a la cena.

Los participantes de esa noche empezaban a estar hambrientos. Los camareros comenzaron a distribuir el primer plato. Bruno estaba rodeado de millonarios e *influencers* del mundo de la moda o de los motores. En el momento en el que Mathias bajó del estrado, los invitados empezaron a hablar entre ellos; de forma instantánea, los decibelios de la sala subieron alimentados por las conversaciones de las mesas. Los tenedores tintineaban, danzando en los platos, cortando las exquisitas raciones.

El hambre de los asistentes dejó de lado el discurso de Rizzato. La mayoría del público era la primera ocasión que lo veían, no le conocían tan bien como Bruno. Él seguía dando vueltas a la comida y a su último discurso. Era la visión de una persona que se encontraba

sofocada, casi avergonzada por algo indescifrable a los ojos de los demás, pero que a los de Bruno no se le escapaba. Desconocía si era su instinto, el sexto sentido que en misteriosas ocasiones irrumpía en su vida, o porque simplemente lo conocía. Incluso podía ser la combinación de las dos. No dejaba de ser algo extraño que, al inicio le llamó la atención, y ahora le preocupaba. ¿Podía haber algo más debajo? ¿De qué tenía miedo un hombre tan importante? ¿Tenía problemas económicos que no se atrevió a decir? Y, sobre todo, si alguna de esas opciones flagelaba su vida, ¿por qué no viajaba con guardaespaldas?

11

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

La cena trascurrió con calma.

Los invitados degustaron el menú gourmet que preparó el restaurante, con los mejores ingredientes. La cena pasó casi sin darse cuenta. Distraído por la deliciosa velada y por las conversaciones que nacieron en la mesa redonda, Bruno lo pasó mucho mejor de lo que hubiese imaginado.

El prestigioso Crystal Palace ampliaba consideradamente su equipo en las ocasiones que había eventos de esa envergadura y nivel. Disfrutando de una legislación flexible sobre los trabajadores temporales para la hostelería, el equipo habitual se duplicaba o incluso triplicaba. Se contrataban aparcacoches, cocineros y pinches para la cocina, azafatas, equipo de seguridad, pero, sobre todo, un ejército de camareros y brigadas de limpiezas. Todas las personas que entraban en ese equipo temporal venían estrictamente seleccionadas por el departamento de personal del hotel, en base a referencias, experiencia y colaboraciones anteriores. En eventos como el que estaban teniendo ese fin de semana, necesitaban de personal de tremenda confianza y discreción a la altura de los invitados. Aparte del filtro de selección, todos se movían por la estructura con pases magnéticos. Para el personal que ocupaba puestos más sensibles, además, tenían un control por detector de huellas. La seguridad era la prerrogativa central de todo el evento. Sin embargo, debido a la cantidad de gente que se reunía en esas noches, los fallos de seguridad eran inevitables. Los mismos que no tardarían en aparecer, creando una brecha de oportunidad que alguien aprovecharía.

Venían del este. Cuatro hombres con un claro origen eslavo, tanto en su acento, como en la apariencia de sus rostros. Todos tenían su misión bien planificada y ensayada maníacamente. Sus procedencias desde las fuerzas especiales rusas les convertían en un escuadrón reducido, pero tremendamente efectivo. En medio de tanta convulsión

festiva, disponer de unas tarjetas magnéticas falsificadas era suficiente. Todo el personal oficial estaba concentrado en sus tareas, no en reconocer algún intruso.

La operación preparada maquiavélicamente se había iniciado hacía meses. Nadie se imaginaba lo que se iba a sustraer. Su mejor aliado, igual que en la guerra, era el efecto sorpresa. El primer equipo formado por dos individuos tenía que entrar y llevar a cabo la misión más peligrosa. El otro realizaría la función de ángel desde el cielo, como el ojo de Ra que todo lo ve. El cuarto estaría esperando fuera con el trasporte de huida. Un equipo reducido, pero elástico como el estupor que causarían.

—Aquí Toro. Entramos por la cocina, desde ahora solo nos comunicaremos en el idioma local —dijo el cabecilla por la radio del grupo, con un fuerte acento eslavo—. Águila, confírmame tu posición.

Cada miembro recibía un pseudónimo en función a la tarea que iba a ejecutar. Águila tenía como cometido abrir el paso por medio de la informática y manipular las cámaras de vigilancia. Tardó muchas semanas en entender el sistema de seguridad interno del hotel para hacerlo estallar.

Los dos paramilitares disfrazados de hombres de limpieza se acercaron por la parte externa de la cocina del hotel. Se detuvieron enfrente de la puerta, sacaron la tarjeta magnética y esperaron la orden. Quietos, como si estuviesen hablando, procurando no mirar hacia las cámaras. A los pocos segundos, por el pinganillo escucharon el vía libre, el águila desbloqueaba la puerta. Pasaron la tarjeta magnética que, aparentemente, parecía que funcionaba. La puerta se abrió, apareciendo la luz verde en la cerradura electrónica. Las personas en las inmediaciones de la puerta no podrían sospechar de nada, tampoco las que miraban las cámaras desde el cuarto de seguridad.

Atravesaron las cocinas. Toda la brigada estaba en plena preparación del último plato, estofado de ciervo con "*parmentier*" de patata y trufa de verano. Las fragancias de los platos, convertidas en vapor por las cocciones, inundaban los pasillos. Los gritos de los chefs a los camareros para que se llevaran las obras gourmet recién hechas cubrían el escándalo metálico de sartenes y utensilios. El aroma de la trufa fundida en el puré no hubiera dejado indiferente a ningún ser humano de este planeta. A los infiltrados menos, sin embargo, ellos no entraron a por la trufa.

Los dos paramilitares atravesaron la cocina sin ser molestados. Era el momento perfecto, aunque pasaran vestidos de payasos o con fusiles de asalto en mano, nadie se habría percatado. Sus rostros eslavos y una expresión de pocos amigos pasaron inadvertidas. Caminaron hasta

la mitad de la cocina, donde giraron a la izquierda hacia el cuarto de limpieza. La dirección la tenían ensayada desde hacía mucho tiempo, con insistencia militar, memorizando palmo a palmo la planta del edificio. Nunca se sabía de dónde podría venir el fallo o si tendrían que cambiar el camino hacia su objetivo.

Entrando en el cuarto de limpieza, encontraron en la pared una batería de carros. Rata, el segundo componente de la misión que había entrado, era un hombre elástico, pequeño, con un origen del extremo este de Rusia. Nacido en un circo, encontró una vía más rentable que la vida circense, con misiones paramilitares como "hombre de goma". Se quita el mono gris de la brigada de limpieza y se introdujo en el último carro, preparado para la ocasión desde hacía días con los utensilios necesario para la operación. Toro, una vez hubo ayudado a su compañero a entrar, agarró el mango del carro y comenzó la ruta establecida. Necesitaba aparentar que era del equipo de limpieza. Inició el recorrido que, durante dos horas, disimularía pasando escobas, cambiando bolsas de papeleras y retirando papeles del suelo.

Águila se encontraba en un lugar olvidado del parquin subterráneo. Un trastero en la planta menos tres, por donde pasaban todos los cables de fibra de la vigilancia. El punto estratégico, entre los servidores y el cuarto de seguridad blindado por paredes de hormigón. Desde allí controlaba las cámaras y manipulaba la parte electrónica del hotel. Águila era un moderno ojo de Ra, un parásito digital inadvertido.

El tiempo pasó lento para el hombre de goma introducido en el carro. Los camareros sirvieron el estofado de ciervo a los comensales. Después, el postre, las copas y, para los atrevidos, el baile en la sala con música en directo. En el escenario sonaba una banda de jazz con una famosa cantante francesa, Sabine. El ambiente se trasformó. La voz de la artista pintó en la sala una atmosfera parisina propia de los años veinte. Se retiraban las mesas y el comedor se convirtió en una pista de baile para la Jet Set. El príncipe y su mujer se marcharon con discreción al concluir el postre. Sin embargo, la mayoría se quedaron disfrutando de la velada, de la música en directo, hasta que los tacones resultaran inaguantables.

El reloj central del salón tocó doce campanadas. Igual que la cenicienta, los invitados empezaron a marcharse o a subir a sus habitaciones.

Toro, con su carro, se colocó disimulando cerca del pasillo de la exposición de piezas de arte de la subasta.

Casi era la hora.

La puerta de acceso estaba presidida por una cámara de vigilancia

y por un gorila trajeado con órdenes muy claras, «nadie tenía que entrar en la sala esa noche», ni siquiera el mismo equipo de la subasta. El valor custodiado era demasiado importante. La brigada de limpieza, por supuesto, tampoco podía entrar.

Los huéspedes que no dormían en el hotel solían depositar sus abrigos en el guardarropa. Se creó una cola ordenada, personas distinguidas y respetuosas, excepto por un par de jóvenes. Bien peinados y vestidos en esmoquin clásico, comenzaron a discutir. En un primer momento, la discusión parecía sin sentido, con poco recorrido, pero esta se fue encendiendo como la pólvora. Comenzaron a levantar la voz hasta el punto de que el resto de las personas en el hall del hotel se sentían horrorizados y avergonzados por ese penoso espectáculo.

—Iba yo delante, pingüino. Me has robado el sitio —dijo el chico rubio al otro.

—Vete al cuerno, payaso —contestó el chico moreno.

—No has dejado de mirar a mi chica toda la noche, ¿crees que no te he visto? —empezó a levantar la voz.

—¿Tu chica? ¿Esa especie de pánfila con granos? Te lo puedes quedar —contestó sin mirarle a la cara, continuando en la fila para recoger su abrigo.

—¿Qué has dicho de mi novia?

—Pues lo que he dicho, idiota.

—Espera, déjame ver, ay, perdona, es que tú no tienes ni siquiera novia. ¿Será porque eres un imbécil? —volvió a ir a la carga el rubio

—Mira, subnormal —se gira el moreno, apuntándole a la cara con su dedo índice y le grita—: ¿Qué te apuestas a que te hago comer lo que me has dicho? ¿Piensas que me das miedo?

—Yo creo que eres un gilipollas integral. Vamos afuera y te parto la cabeza.

Los dos gallitos, que habían iniciado la pelea sin ningún sentido aparente, ya estaban desafiándose, juntando sus frentes.

—¿Por qué ir afuera? —inquirió el moreno saltándole encima al rubio.

La colisión fue como dos átomos que estallaran. Un Big Bang de dos cretinos que empezaron a darse golpes y tirarse de un lado al otro de la recepción. El moreno, más corpulento, esquivó un derechazo del otro y lo agarró por las solapas del esmoquin, catapultándolo por encima de una mesa con obsequios para los invitados que dos azafatas entregaban a la salida. Estas escaparon. El rubio se sacudió para volver en sí. Se tiró encima del moreno, aterrizando los dos en unos sofás y sus respectivas mesas de centro. Una vez caídos, la pelea siguió en el suelo, como si fueran serpientes revolcándose.

Los chicos de la recepción, al ver el altercado, llamaron a los de seguridad. Acudieron enseguida dos miembros de la entrada. Estos intentaron separarlos, pero terminaron abducidos por la pelea y cayeron en medio de los dos chicos. El rubio y el moreno comenzaron entonces a escabullirse, dejando de pegarse para crear más caos con la aparición de los hombres de seguridad.

La riña se manifestó delante de las personas de alto nivel que asistieron a la cena. La situación se les estaba escapando de las manos, hasta que el director decidió ir por la vía más drástica, llamando al hall a todas las personas de seguridad para detener aquel espectáculo bochornoso. Todos los hombres de la entrada, los que presidían la gala y hasta el gorila a la entrada de la sala donde guardaban las piezas de arte. Todos se dirigen para acabar con la pelea. Diez individuos voluminosos como armarios que consiguieron detener de inmediato a los dos energúmenos que habían montado todo ese recital. Separados, con los esmóquines descosidos y ya grises, seguían con sus provocaciones, como si estuvieran en un patio del colegio.

Toro aprovechó el momento. En cuanto el gorila desapareció del pasillo, Águila dio el visto bueno.

—Enciende el dispositivo, tienes dos minutos —dijo por la radio.

Toro levantó la solapa de la mochila negra que llevaba en la basura y encendió el inhibidor. Se apresuró, ciento vente segundos podían ser una eternidad o un abrir y cerrar de ojos.

Las palpitaciones de los paramilitares se dispararon de inmediato, igual que la presencia de adrenalina en sangre. Se habían entrenado muchos meses para esos escasos segundos. Todo tenía que transcurrir sobre ruedas.

Se lanzó hacia la puerta con el carro. Pasó la tarjeta magnética y entró apresurándose; el compañero, a distancia, preveía sus movimientos, desactivando sistemas de seguridad.

El paramilitar colocó el carro delante de la pieza que querían substraer. Lo tenían enfrente, en toda su esplendor, el cuadro de Tronksy. Levantó la tapa y el hombre de goma saltó fuera como un saltamontes. Se colgó del techo con un artilugio para evitar los sensores terrestres; vestido con una malla negra y colgado del techo parecía una araña chispeante. Suspendido cerca del suelo, quitó con cuidado el cuadro de pequeñas dimensiones y lo sustituyó por una copia exacta al original. Pasó el botín a su compañero, quien lo introdujo con suma delicadeza en el interior del carro. El circense retrocedió hasta el otro paramilitar. Se desconectó del cable enganchado al techo y se metió nuevamente en el carro. Toro, desenganchó la cuerda del techo, cerró la tapa y se apresuraron a salir. Se detuvo enfrente de la puerta.

—Águila, espero tu visto bueno.

Iban sobrados de tiempo; habían realizado el cambiazo en menos del que tenían a disposición. Pero el compañero no contestaba y el gorila podía volver. Necesitaba estar seguro de que salir al pasillo, este estuviese despejado.

—Águila, contesta.

Nada, segundos interminables. El paramilitar empezó a sudar como un pollo, pensando que todo podía estar perdido, algo no había ido como debía. Podían haberle descubierto, o que un anillo del plan hubiera fallado.

—Águila, necesito tu visto bueno. Águila…

Al otro lado del hotel, el gorila que levantó con una mano al rubio como si fuera un gatito, se estaba dirigiendo otra vez a su lugar asignado. Le remordió ese sentido de responsabilidad por haberse ido. Era cierto que se lo habían ordenado, no fue su voluntad dejar su sitio, sin embargo, un escalofrío le atravesó el cuerpo.

Aumentó el paso, incrementó la velocidad hasta que llegó a ver el inicio del pasillo que vigilaba. Unas zancadas más y entró en el corredor. Vacío, la puerta cerrada y todo en orden. Se colocó presidiendo la entrada, recuperándose de la andadura.

—Central, aquí agente 034, estoy en mi sitio —dijo por la radio.

Las pulsaciones bajaban, pero no se conseguía tranquilizar, algo le daba mala espina.

—Central, aquí agente 034, pido permiso para entrar en la sala de las obras de arte y comprobar que todo está correcto.

Sus compañeros se tomaron un momento y al minuto contestaron: «Por las cámaras está todo ok, no hace falta. Repito, no hace falta, todo tranquilo en la sala de la exposición.»

El gorila quería verlo con sus ojos, al fin y al cabo, era su responsabilidad.

—Central, aquí agente 034, gracias, pero lo comprobaré igualmente.

El Gorila se giró, extrayendo del bolsillo izquierdo la llave magnética y accionando la cerradura electrónica. La puerta se abrió. Respiró profundamente y con determinación al entrar en la sala. Por un instante, pensó que iba a encontrarse alguien, sus miedos se trasformaron en visiones. Sin embargo, la estancia estaba despejada. Controló todas las obras colgadas en las paredes y envió un mensaje de radio:

—Central, aquí agente 034, tenían razón, todo despejado.

12

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

La noche se escurrió sin darse cuenta.

Bruno, con su lado antisocial potenciado por los sucesos que marcaron su vida, disfrutó inesperadamente de las conversaciones en la cena. Pero él no nació así. El largo y tortuoso camino de su juventud le había moldeado el dulce carácter que tenía a base de martillazos, convirtiéndolo en una piedra angulosa casi cortante. A pesar de eso, en el fondo, su personalidad risueña ocasionalmente hacía mella en la nueva personalidad que desarrolló. Las discusiones y la indiferencia del padre por no seguir la tradición familiar, al no querer adherirse al cuerpo de policía como las últimas dos generaciones, separaron definitivamente sus caminos.

Adoraba su trabajo y las cuatro ruedas, mucho más que una vida persiguiendo a criminales. Sin embargo, el destino era extraño, las sorpresas llegaban en cualquier momento.

El menú servido fue exquisito. El maridaje impecable. La música en directo creaba una ligera atmósfera de fiesta, permitiendo que los asistentes pudiesen hablar sin gritarse. Todo estaba calculado milimétricamente por los organizadores. Acabado el postre, la gala seguía con un servicio de coctelería y un baile para los atrevidos.

A pesar del ambiente, Bruno deseaba levantarse, estirar las piernas y salir del traje de pingüino con pajarita negra. Se despidió de las personas con las que compartió la cena y se dirigió hacia Morel para despedirse. Estaba rodeado de invitados. Como era normal, todos querían hacerse una foto con él y compartir unas palabras. Los camareros se apresuraban a retirar las mesas según programa, la música estaba subiendo. En la cola, los minutos trascurrían esperando su turno, comenzando a perder la paciencia, incluso se le pasó por la cabeza de desistir, ya lo vería el día siguiente. La cola no se reducía. La música subía igual que las ganas de marcharse, hasta que se percató de algo, de alguien que le llamó la atención. Era una mujer

con el pelo liso rojizo a la altura de los hombros, con un precioso vestido color granate de alta costura sin mangas, con largos guantes que le llegaban hasta los codos. ¿Cómo no podía haberla visto antes? Su elegancia y gestos delataban a una señora aristocrática o perfectamente camuflada en ella. El minúsculo bolso a conjunto con cristales Swarowsky incrustados que llevaba en mano, brillaba como su porte. Bruno quedó hechizado por la mujer sin aún ser consciente, sin aún conocerla. Hablaba con un chico, con pelo corto y obligatorio esmoquin. El lenguaje corporal trasmitía respeto entre ellos, pero no pasión. Su noción del tiempo comenzó a cambiar. Bruno dejó de ver como una perdida esperar; la curiosidad y la atracción empezaron a tomar el control. La fila se mitigó hasta que Morel instauró la conversación con la mujer misteriosa. Los gestos que nacían de su porte, sin llegar a ser coqueta, aumentaban la cantidad de preguntas en la mente del italiano. ¿Quién era esa mujer? ¿De dónde venía? ¿A qué se dedicaba? ¿Por qué se encontraba allí? ¿También fue invitada por Morel? Y justo cuando la mujer estuvo a punto de despedirse y perder la ocasión de saber quién era, el destino lo sorprendió cambiando el rumbo de sus vidas.

—¡Bruno, *mon ami*! —soltó Mathias inesperadamente con diplomacia, sin despreciar a sus interlocutores—. Ven, por favor. Quiero presentarte alguien.

Morel nació en una familia humilde, en un barrio casi marginal de París. Los padres tuvieron que hacer enormes sacrificios para que pudiera estudiar, para tener una posibilidad fuera de su barrio natal. Y los resultados llegaron. El arte del "savoir-faire" y su tremenda diplomacia lo llevó hasta la cúspide que siempre soñó. Se rodeó de los mejores colaboradores y supo crear un personaje para colarse en la aristocracia parisina. El pelotazo vino el día menos pensado, pero como dijo Leo Messi, "Después de quince años de esfuerzo y duro trabajo, el éxito llegó del día a la mañana". Fue con la adquisición de eventos deportivos su coronación social y empresarial. Supo aprovechar las oportunidades y respetar a las personas. Ahora sus padres, después de tantos sacrificios, se encontraban en una villa en la costa azul, disfrutando de los años de jubilación.

El italiano, desprevenido, se acercó incapaz de disimular la tonalidad rojiza de sus mejillas, causa de su incomodidad.

—Marguerita, déjame presentarte a un buen amigo y compatriota tuyo —dijo el maestro de ceremonia alargando el brazo hacia el italiano—. Bruno Malatesta…, Marguerita De Angelis.

Bruno incómodo por la atracción que sentía hacia la mujer, le cogió la mano inclinándose ligeramente, acercándosela a los labios:

—*Enchanté*.

Las miradas de los dos se electrizaron. Los ojos de la mujer, de un cautivador verde esmeralda, quedaron sorprendidos por el gesto y por el encanto mediterráneo del hombre. Un encuentro inesperado. El silencio sobraba igual que las palabras. La mirada que se cruzaron, lo decía todo. Las vibraciones que empezó a sentir Bruno predecían vientos favorables.

—Encantada, señor Malatesta —dijo la mujer

—Por favor, llámeme, Bruno —contestó casi coqueteando.

—Marguerita es la observadora del seguro, ya sabes que con la subasta tenemos tanto capital asegurado que los Lloyds de Suiza envían a un supervisor para controlar que todo esté bien.

—¿Y está todo en orden, señora De Angelis? —peguntó el italiano

—De momento, sí, ¿tiene sugerencias o… incluso alguna queja? —contestó.

El mundo había desaparecido, su amigo Mathias, el chico joven que acompañaba la mujer, la música, Mónaco, la gala, todo sobraba. Bruno intentó sobrevivir sin flotador, sin ahogarse en los ojos verdes de la mujer que tenía enfrente.

—Bueno, os dejo, sigo con el programa. Nos vemos más tarde —se despidió elegantemente Morel viendo que los dos habían iniciado una conversación—. ¡Cuídamela! Ah, por cierto, le gusta bailar —concluyó guiñándole el ojo al italiano y desapareció en medio de las personas que lo esperaban.

—Me retiro, jefa, nos vemos mañana. Para lo que necesites, sabes dónde buscarme —dijo el joven que iba con la mujer.

Ella se despidió con la mirada, sin decir ni una palabra.

—Así que eres del seguro —vuelve retomar la conversación Bruno —. ¿Crees que lo necesitaremos en estos días?

—Los señores de Suiza se quedan más tranquilos si envían gente de su confianza a estos eventos. ¿Sueles hacer muchas preguntas a las mujeres que acaba de conocer?

—Solo a las interesantes. Me he cruzado poco últimamente con mujeres que valgan la pena.

—¿Me consideras interesante? —preguntó la mujer directa, como una flecha a la yugular.

Bruno levanta una ceja sorprendido.

—¿Me permite una pregunta… personal?

—Te estás pasando, ¿no crees? —responde con una mueca de complicidad—. ¿Ya quieres pasar a lo personal?

—¿Te incomoda lo personal?

La mujer hizo un gesto con la boca.

El italiano sonríe y dice:

—¿Te apetece una copa?

Ella se ríe.

Él le señala la dirección de la barra, invitándola a ir delante. Entonces Bruno se da cuenta del espectacular vestido. ¿Cómo podía no haberse percatado de ella, con un vestido tan llamativo? El corte del hábito era de sirena, o de trompeta. El tul llegaba hasta el suelo, con lentejuelas aplicadas en forma de hojas, como si una hiedra roja trepara por el vestido. Era sensual. El escote en pico en forma de uve dejaba entrever los senos. La bronceada espalda daba a entender que transcurría mucho tiempo en países cálidos, probablemente caribeños. Sus andares delataban su paso por las pasarelas de moda en edad temprana.

Pidieron una copa cada uno. Era tarde para el italiano, sin embargo, con el descubrimiento de la noche dejó de pensar en su rutina.

—¿Italiana? —preguntó él

—Suiza e italiana. Nacida en Italia y suiza de adopción —contesta —. ¿A qué te dedicas, Bruno?

Bruno intuyó que la relación podía tomar una dirección interesante. Cuando una mujer hace preguntas, no delata el resultado, pero es siempre una buena señal.

—Soy director del Circuito Ascari en Marbella, España.

—Me encanta España, aunque la visito muy poco.

—¿Hasta cuándo te queda en Mónaco? —preguntó él.

—Hasta que sea necesario, espero que todo el fin de semana. ¿Y tú?

—Igual. Me estaba empezando a preocupar, pensaba que me iba a aburrir estos días…

—Hasta que he aparecido yo —le corta la mujer—… y llegó la animadora turística a Mónaco.

Los dos se fusionan en una risa de complicidad. Los faros de la sala iluminaban el rostro de la mujer, delatando unas cinco o seis primaveras más que él. Nunca había tenido especial interés por las mujeres mayores, pero la vida podía cambiar rápidamente y sacudir los gustos, las preferencias, los anhelos.

—Efectivamente, me has quitado las palabras de boca —mintió como un cosaco para complacer a la mujer.

—Eres un hombre interesante… Bruno.

—¿Tú crees? Bueno, he aprendido que eso va a gusto del consumidor, ¿verdad?

—¿Y qué dice la señora Malatesta al respeto? —preguntó la mujer como si lanzara un dardo envenenado.

—La ex casi señora Malatesta ya no tiene voz en este capítulo —contesta malicioso, saboreando a su copa y el momento. Y sigue—: ¿Eres una mantis religiosa?

La mujer, no del todo sorprendida, piensa un momento y contesta:

—Más bien un erizo, pero solo si me provocan. Y, por cierto, llámame Marguerita —responde revelando signos de coqueteo.

Los dos habían seguido hablando hasta que pusieron una canción de salsa. La mujer, que enloquecía por esa música, invitó a Bruno a dejar la copa de lado y a bailar con ella. Comenzaron a distancia y, cuánto más avanzaba la canción, más se acercaban en una danza sensual. Parecían seguir un cortejo de la hembra con el macho. La fuerte personalidad de la mujer tomaba las riendas de la situación desinhibida por el alcohol, donde dos personas desconocidas comenzaban a frotarse. Bruno quedó embriagado por el licor y por el perfume envolvente de Marguerita. Era la primera vez que lo olía. Tenía que ser un perfume especial, a lo mejor de alguna boutique artesanal de París. Un perfume fuerte, contundente, pero a la vez femenino, como su portadora. Marguerita trasmitía seguridad, autodeterminación y una fuerte confianza en sí misma. La música sudamericana despertó la adrenalina y las ganas de vivir que Bruno tenía desactivadas desde hacía demasiado tiempo. Los carnosos labios de la mujer sobresalían de unas facciones dulces y una nariz elegantemente torcida.

En el momento en el que acabó la música, los dos despegaron sus cuerpos, ella despeinada y él avergonzado. Se encontraron en un instante incómodo. La música siguiente cambiaba de tercio completamente. Los dos sintieron que el momento mágico se había interrumpido y que seguir era forzar algo que ya no iba a ser igual. Acabaron las copas y decidieron que, por la hora que era, era mejor dirigirse a sus propios aposentos. Pasaron dos horas entre risas, baile y preguntas picantes. Seguirían el día después, dormían en el mismo hotel, seguramente se volverían a ver.

Salieron de la sala, atravesaron el largo pasillo hasta el hall del hotel donde cogerían el ascensor.

—Buenas noches, encantada de haberte conocido. Me lo he pasado muy bien.

—El placer ha sido mío —contestó Bruno aún bajo el efecto del alcohol y de la música sudamericana.

Las palabras sobraban, se lo dijeron con las miradas que se cruzaron. Bruno, sofocado y haciendo valer el factor de la improvisación, se acercó a Marguerita en un afán de entender si convenía pedirle una segunda cita para el día siguiente. Ella, pícara, se quedó quieta, disfrutando del momento, expectante por ver lo que iba a hacer el italiano, seguramente dispuesta a aceptar lo que vendría. Bruno se acercó sin perder de vista el profundo verde de sus ojos, donde estaba naufragando. Justo en el momento álgido, en el otro lado del hall un hombre aterriza sobre una mesa creando un alboroto

general. Dos invitados de corta edad se estaba peleando y gritando como en una cárcel penitenciaria. La pelea siguió por varios minutos, rompiendo mesas y dejando boquiabiertos a los ricos huéspedes. Marguerita y Bruno, desde la distancia, no podía creer lo que veían sus ojos. Con la lejanía suficiente para que no les afectara el problema. La bronca siguió hasta que llegaron varios hombres de seguridad y la terminaron separando a los dos jóvenes.

El momento romántico se esfumó. Bruno lo dio por perdido. Marguerita se aproximó al hombre y le regaló un célibe beso en la mejilla, se giró dirigiéndose por las escaleras a su habitación, en el primer piso. Él, desconcertado por el beso, tomó el ascensor. Cuando se cerraban las puertas automáticas y comenzaba a subir, cobró consciencia de que el beso y el encuentro inesperado de la noche no lo dejarían dormir. Aunque Bruno empezaba a creer en su capacidad de intuición, se equivocaba en un detalle, el insomnio no sería por la mujer, sino por algo mucho más sorprendente.

* * *

En el mismo momento, al otro lado de la planta baja del hotel, Toro estaba teniendo problemas de comunicación con su compañero.

Después de interminables segundos, una voz lejana, distorsionada por la distancia o por las paredes, escuchó un grito: «¡Vía libre, vía libre!»

Toro se catapultó fuera de la sala y, conduciendo el carro como en una carrera de Red Bull en un supermercado, giró a la izquierda por el mismo lugar por el que había venido. No tardó ni una décima de segundo en desaparecer, antes de que el gorila que presidía la sala asomara por el pasillo.

El falso operador de la brigada de limpieza realizó el trayecto en el sentido contrario al de la ida. Necesitaba apresurarse, el tiempo jugaba en su contra.

13

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Miércoles, 12 de mayo.
El día del suceso.

Las palpitaciones subían y las gotas de sudor descendían por la frente de Toro.

Conocía a la perfección el plan. Sin embargo, la agitación por estar a punto de lograrlo lo podía inducir a cometer un error que comprometiese, tanto la operación, como los meses de preparación y, sobre todo, el encargo.

Tenía la planta del hotel en su mente grabada a fuego. Saliendo por el pasillo, atravesaría una habitación, otro pasillo, pasaría por el hall, alcanzaría el otro lado de este e iniciaría el último tramo hacia el cuarto de limpieza. Recordaba todos los puntos ciegos de las cámaras, las basuras que tenía que sustituir, las bolsas, las puertas con cerradura magnética y los horarios del cambio de vigilancia. Lo guardaba todo en su mente, menos los posibles imprevistos.

Cada puerta con la que el incursor se topaba, su ángel de la guarda la abría fingiendo que la tarjeta magnética funcionaba.

Llegaron al cuarto de limpieza con una extrema prisa disimulada. Comprobando que estuviesen solos, finalmente Rata consiguió salir del carro. Este, sudando como un pollo enfundado en la malla negra, se introdujo en el mono de trabajo de la brigada de limpieza. Los dos cómplices se miraron sonriendo, lo más difícil de toda la operación estaba completado, ahora solo faltaba escapar con el botín.

—Águila, permiso para tirar la basura —pide Toro por radio.

«Adelante, vía libre. Nos vemos en el punto de encuentro», contesta por el pinganillo.

En cuanto acababa de pronunciar esas palabras, la cerradura electrónica de la puerta por la que tenían que salir se desbloqueaba a distancia.

Toro amaba ese ruido, lo asociaba a la libertad, la misma de la que lo habían privado en las numerosas veces que entró en prisión. Se prometió no pisar nunca más una prisión y que ese era el último atraco que cometería. Lo aceptó porque era muy organizado y seguro;

el que lo había comisionado, le daba confianza, aunque no lo conociera. La recompensa era grande, lo suficiente como para retirarse para siempre. Soñaba con un restaurante en Sochi, a las orillas del Mar Negro, y pasar más tiempo con su hija, que vivía con los abuelos maternos por sus continuas entradas y salidas en prisión. Estaba cerca de lograrlo, faltaba muy poco, casi podía oler el salitre en el aire y el calor del sol en su rostro.

Se dirigieron hacia la tercera puerta de la habitación. La primera, por donde habían entrado, accedía a la cocina. La segunda, era de donde venían; la tercera daba al exterior. Las cámaras estaban inhibidas por Águila desde su puesto de mando. Salieron y se encontraron un pequeño muelle de descarga, donde el personal del hotel tiraba la basura. Las fotos realizadas días antes delataban que nada había cambiado, todo estaba en su lugar. Agarraron una bolsa negra con una marca del contenedor. Extrajeron de ella una ropa para cambiarse y una funda cuadrada de neopreno, impermeable. Primero colocaron en su interior el cuadro de Tronksy robado, con cuidado, respetando su valor. Lo aseguraron en la funda acolchada y luego se cambiaron. A pesar de que la operación estaba casi concluida, tenían pocos minutos antes de ser descubiertos.

En la planta menos tres del sótano, Águila desconectó el ordenador de la fibra interna. Desmontó su puesto de mando, menos un aparato electrónico que emitía una grabación en bucle de las cámaras en el camino de huida. Recorrió las rampas de las tres plantas con el corazón en un puño, nadie le tenía que ver allí a esa hora. La misión colgaba de un hilo. Era el momento más peligroso de su actuación. Pasó por delante de coches de lujo, todoterrenos de toda clase, mercedes y limusinas, y Porsches de colores estrambóticos. Pensó en que, cuando llegara a su país de origen y las aguas se calmaran, se compraría con su botín un coche deportivo para ser el centro de atención de su pequeño pueblo en Siberia.

Después de varios minutos cuesta arriba, llegó al portón cerrado. Miró su reloj. Faltaban pocos segundos para que el programa lo abriese automáticamente.

Se abrió, y el fresco aire de libertad entró en sus pulmones.

Miró hacia los dos lados y salió por la calle posterior. Se dirigió hacia el puerto, con un paso acelerado. Todo aparentaba estar tranquilo. Detrás de él no veía a sus compañeros, los cien metros de ventaja le conferían una distancia prudencial. El plan concluía a pocos metros, alcanzando la lancha. Rana, el cuarto componente, esperaba en la dársena central con el motor encendido, listo para surcar los mares.

* * *

En la sala de control del Crystal Hotel, permanecían incrédulos por el alboroto de los dos chicos.

Unos compañeros de seguridad seguían en un cuarto reteniéndolos a la espera de que viniese la policía. Los responsables de las cámaras permanecían atentos a todo movimiento. A pesar de ese percance, la noche había trascurrido con normalidad. El gran valor que custodiaba el hotel debido a la subasta hizo que se incrementaran los efectivos de seguridad.

—Dean, ¿quieres más café? —pregunta un efectivo al otro.

La cafeína era el mejor aliado de los largos turnos de vigilancia.

—No, aún tengo.

El primero se levanta y se dirige a la máquina de capsulas instantáneas detrás de ellos. Se hace un café. Añade azúcar, un chorrito de leche y se vuelve a su silla. La extensa pared estaba repleta de pantallas; se necesitaban dos personas para controlarlas todas. Las imágenes iban cambiando, sin que ninguna se quedara sin visión. Con el café humeante en una mano, se vuelve a sentar en la silla caliente, de horas y horas en el mismo aburrido lugar.

Una imagen le llamó la atención.

Dos individuos que se estaban cambiando en un lugar que a esa hora tenía que encontrarse despejado. Llevaban una bolsa rectangular, parecía sospechosa. Un error, una coincidencia, pero, desde luego, era una anomalía para investigar.

—Dean, mira esto, joder —dijo casi tirando el café encima del teclado.

El compañero se acerca y, atónito por lo que estaba viendo, aprieta el botón de la alarma silenciosa. Dean era un hombre impulsivo y de sangre caliente. Su peor defecto: primero disparaba, luego preguntaba quién era. No le dio tiempo de entender quién podían ser y qué hacían, cuando ya estaba llamando a los refuerzos. A pesar de todo,

esa actitud le salvó de muchas situaciones.

Agarró la radio e informó a sus compañeros de unos individuos no identificados con un objeto extraño en mano en el muelle de basuras. Cuatro unidades de seguridad se dirigieron corriendo hacia el punto indicado, con el arma desenfundada. Entraron, atravesaron el cuarto sorteando los carros de limpieza, cajas de material y se precipitaron hacia el muelle. Los hombres habían desaparecido.

Dean, desde la central de control, envió un mensaje a los pinganillos: «Han huido hacia el puerto; rápido, podéis interceptarlos.»

Los cuatro hombres bajaron una escalera y arrancaron en una carrera desenfrenada calle abajo dirección al puerto, hasta que los vieron.

Caminaban tranquilos, sin sospechar de nada, como si acabasen de salir del supermercado con una barra de pan debajo del brazo.

En el mismo momento que los dos ladrones oyeron los pasos de sus perseguidores, se giraron y entendieron la situación.

Comenzaron a correr.

La huida duró igual que la esperanza de un futuro mejor.

Un segundo grupo de hombres de la seguridad del hotel habían salido por la puerta principal para cerrar el paso. Corrieron pocos metros por la acera y alcanzaron a los ladrones de frente. Estos se encontraron con las pistolas debajo de sus narices y los sueños rotos. Afligidos y rabiosos, soltaron el objeto envuelto en neopreno como signo de rendición.

Águila, presenciaba la escena a distancia y empezaba a huir, llamando la atención del personal de seguridad. Uno de estos se percató, comenzando a seguirle. La distancia era considerable, podía escapar cómodamente, solo tenía que llegar hasta la lancha que lo esperaba. Corría como nunca lo había hecho, de la misma manera que corre una gacela perseguida por un león. Jamás se hubiera imaginado de alcanzar tal velocidad. Corrió agarrando su mochila, sorteando inútiles objetos urbanos, hasta llegar a ver a su compañero al final de la pasarela. La potente lancha tenía los cuatro motores encendidos. Faltaban pocos metros. Águila miró hacia atrás, la distancia con sus seguidores era prácticamente la misma. La pasarela estaba acabando, ya se veía saltando en la parte trasera de la lancha, en el solárium acolchado.

Cuando sucedió algo que no esperaba.

Los potentes motores de la embarcación subieron de repente las revoluciones, alejándose de la pasarela y dejando en el puerto las esperanzas de Águila.

—No, noooo. Llévame —gritó en ruso impotente, con el poco aire que le quedaba después del esprint.

Se encontraba al final del muelle, jadeando por el flato y un agudo dolor en el brazo. Rana se puso nervioso, le entró pánico, optó por dejar en tierra su compañero y escapar si él.

La misión naufragó en un mar de deseos y esperanzas de un equipo de paramilitares con un trabajo que, a priori, tenía que ser fácil y rápido. Los largos meses de preparación no fueron suficientes para perfeccionar la expedición, eliminando todos los posibles flecos.

Sin embargo, algo no funcionó. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Qué falló? ¿Tuvieron toda la información necesaria para la misión? ¿Era tan fácil? O, ¿supieron venderla muy bien? Eran las preguntas que le rondaban por la cabeza a Toro en ese momento. Con la mejilla aplastada en el suelo de Montecarlo, con el olor del asfalto mojado por la humedad y viendo sus esperanzas hechas añicos.

Mónaco resultó ser el objetivo de un robo sin precedentes, el cuadro más preciado de la subasta O'Connor. Algo fallaba, en el Estado más seguro del planeta sucedía lo imprevisible. La policía se activó inmediatamente; la ciudad, a pesar de estar en plena noche, se blindó, sacando todas las unidades de la gendarmería. Las calles en torno al puerto se tiñeron del azul de las sirenas. Los efectivos que descansaban en casa entraron en servicio. Jeremy Dubois se volvió loco, faltaban pocos años para su jubilación, ese suceso era lo último que necesitaba su intachable y discutible carrera como jefe. El hotel fue blindado, igual que todo el puerto y sus inmediaciones. Tanto despliegue era necesario por el gran valor del cuadro casi robado, aunque tenía que haberse hecho antes y no después.

Aun así, la policía ¿se había librado del flagrante robo?

14

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del suceso.

El fresco de la noche envolvía el golfo de Mónaco.

La oscuridad estaba siendo desplazada por los tímidos rayos matutinos. El rocío marino cubrió las hojas de las palmeras, las enseñas luminosas y los barcos en el puerto. La luz del día llevaba consigo varias sorpresas que se descubrirían paulatinamente.

Los agentes de seguridad del hotel consiguieron mantener en secreto el suceso por pocas horas, las suficientes para que los huéspedes pudieran dormir hasta el amanecer. Fueron activadas solo las sirenas silenciosas. Sin embargo, la discreción de la Policía monegasca se ocupó de despertar a la mayoría de los clientes. Se presentaron chirriando los neumáticos con las sirenas encendidas, como si tuvieran que detener un atraco a un banco con rehenes. Dejaron los modernos coches eléctricos delante de la entrada principal con las luces en marcha. Pocas eran las salidas de comisaría durante el mes y un caso con tanta trascendencia era para aprovecharlo. Daba igual que el robo hubiese sido ya realizado, la policía tenía que hacer acto de presencia y una aparición en escena al estilo hollywoodiano; como si tuviesen que decir: «tranquilos, aquí estamos nosotros.»

El escándalo de la gendarmería llegó hasta la parte trasera del hotel. Bruno, acostumbrado a dormir con la ventana entreabierta, se despertó. No solía irse a dormir tan tarde, el cambio de programas y los inconvenientes desequilibraban su aparente cordura. Desde que era un joven mecánico emigrado a Alemania, los imprevistos lo alteraban. Ese era uno de ellos. Se planteó dormir hasta casi la comida, pero no pudo ser así. Algo tenía que haber pasado, la aparición de la policía no era habitual. Abrió los ojos, se percató de donde estaba, vio la pequeña habitación, se acordó de la muerte de su amigo Calogero y, acto seguido, apareció en su mente el sensual baile que mantuvo con la mujer misteriosa. Marguerita, la fémina que lo sacudió hizo mella en su mente, generándole una sonrisa tonta.

¿Qué podía haber sucedido esta vez? ¿Qué quería la policía? Solo

le quedaba la opción de vestirse, bajar y averiguar las novedades.

Se lavó la cara con agua fría para intentar eliminar de su rostro las marcas de la resaca, se puso un tejano y una camiseta negra y bajó.

Muchas personas asomaban la cabeza por los pasillos temerosas por lo que podía haber sucedido. Incluso una pareja de abuelos, aparecieron por el corredor preguntando si había un incendio. El italiano los tranquilizó, indicándoles que se quedaran en su habitación.

Optó por bajar por las escaleras, para evitar ulteriores sorpresas. Recorrió las dos plantas de escalones y alcanzó el hall. Allí se enfrentó al estupor.

El espacio principal de la recepción se encontraba repleto de una cantidad ingente de policía y agentes de la seguridad vestidos de traje, supuestamente del hotel. Se quedó inmóvil en el último peldaño, intentando entender lo que estaba sucediendo delante de él.

—¿A ti también te ha despertado la policía?

Oyó una voz femenina que venía desde su espalda. El italiano se giró, aún víctima de en trance resacoso y vio bajar una silueta angelical. Era Marguerita, en atuendo desenfadado. Con el rostro sin maquillaje y la claridad diurna, se notaban unas preciosas arrugas que el tiempo no le había perdonado y que le conferían una elegancia que solo la experiencia reservaba. Se notaba que no había recorrido a ninguna intervención facial para eludir su paso. Era hermosa, fresca, carismática y, sobre todo, natural.

—Sí, ¿cómo poder dormir con este tormento? —contesta el italiano —. Buenos días, por cierto.

—Ya veremos si será un buen día —respondió la mujer bajando los últimos escalones.

Se acercaron hacia el grupo de fuerzas de seguridad. Jeremy Dubois se percató de que Bruno se acercaba, dejó la conversación que estaba manteniendo y le dijo:

—Mira a quién tenemos aquí, ¡Bruno Malatesta!

—Vaya, ni siquiera veinticuatro horas en Mónaco y ya eres famoso en el círculo de la policía —indicó Marguerita al italiano sin que la oyera el jefe de policía—. Ya me explicarás cómo lo haces.

—Qué coincidencia tenerle aquí —siguió diciendo el jefe con retintín—. ¿Qué hace usted en este hotel?

—Qué grata sorpresa —contestó irónico—. Estoy alojado aquí, invitado por la organización del Gran Premio y de la subasta.

—Qué casualidad, dos días en dos lugares con crímenes. A propósito de la subasta… —dijo el jefe

—¿Qué ha pasado, inspector? —le corta la mujer—. Soy la responsable del seguro de la subasta.

—Señora, soy Jeremy Dubois, jefe de la policía de Mónaco, no un

simple inspector —contestó irritado a la mujer—. Anoche hubo un robo.

—¿Un robo? ¿De qué? Dios mío, ¿qué han robado? —inquirió histérica Marguerita—… y, ¿nadie me ha avisado?

—Tranquilícese, ha sido fallido, el equipo de seguridad del hotel ha conseguido evitarlo.

Marguerita emitió un suspiro. Los dos entraron en detalles. El jefe le explicó qué había pasado, asegurándole que todo estaba fuera de peligro, pero, por protocolo, tenían que estar allí reforzando la vigilancia.

—Jefa, he llegado en cuanto lo he sabido —interrumpe la mano derecha de la mujer.

Se llamaba Raphael Bucher, un joven de poco más de veinte años, alto, huesudo, con pelo corto y ojos despiertos. Suizo del cantón alemán, soñaba con el puesto de Marguerita cuando ella lo dejara, pero hasta entonces se quedaba en la sombra para aprender y formarse con la mejor. Era fiel y trabajador.

—Hola, Raphael, anoche un grupo de hombres intentaron robar el Tronksy. La buena noticia es que ha sido fallido. Señor Dubois, le presento a mi mano derecha, Raphael. —Los dos hombres se estrechan la mano y sigue la mujer—. ¿Podemos acceder a la sala de las obras?

El jefe gruñó.

—Seguidme.

—Marguerita, menos mal que estás aquí. ¿Te ha informado el jefe de policía?

Apareció un hombre que paralizó la visita.

Un caballero impoluto. Vestía un traje elegante y una americana cruzada estilo inglés; canoso, atractivo, enigmático, de unos sesenta años.

Bruno ya lo había visto, le era familiar, pero no se acordaba de dónde. Siente entonces una extraña energía, era un personaje inquietante. ¿Marguerita? ¿Se refería a la Marguerita que conocía él? ¿A qué se debía esa confianza? Eso le olía a chamusquina.

Al acercarse a la mujer, esta se vio cohibida, con dificultad, casi con vergüenza.

—Sí, Taylor, me ha informado. No sé cómo ha podido suceder. Lo siento y pienso averiguarlo.

—No te preocupes, lo peor ha pasado —la tranquiliza.

Bruno no entendía la relación que tenían o que habían tenido. Al hombre se le veía tranquilo, pero debajo escondía algo que no conseguía descifrar, le inquietaba tener ese don del sexto sentido, en ocasiones le provocaba repulsión.

—Si no te importa, voy a ver la sala de las obras de arte —contestó la mujer.

—Te dejo hacer tu trabajo. Luego hablamos —se despidió el hombre enigmático.

La mujer y Bruno siguieron al jefe. La energía en el ambiente cambió, se volvió enrarecida.

El joven colaborador, unos pasos más adelante, los esperó. Entraron en el pasillo de la puerta de acceso a la sala. Los dos gorilas que presidían la entrada avisaron por radio y, acto seguido, los dejaron entrar.

La sala parecía en orden. Todo daba a entender una falsa tranquilidad. La estancia era negra, tanto las paredes, como el techo. Las obras de arte, iluminadas por faros de led, resaltaban en toda su autenticidad.

—El cuadro que está colgado es el falso —comentó el jefe de policía—. Si os dais cuenta, está lleno de polvo blanco, sin embargo, ni una sola huella.

—¿Y qué más? —preguntó la mujer

—Nada por el momento, un trabajo de profesionales.

—¿Y el original? —inquirió Marguerita

—En la caja fuerte del hotel.

Marguerita se acercó para ver de cerca el falso colgado en la pared. En silencio, observando y procesando datos. Necesitaba un momento de reflexión. Se giró, miró hacia la puerta y se volvió a girar.

—¿Cómo es que no hicieron saltar los detectores de movimiento? —preguntó la mujer señalando los sensores delante del cuadro—. ¡Es imposible! —Entonces, alza la cabeza y en medio del techo oscuro, observa un hierro y dice—: ¿Qué es eso?

El jefe se acerca y se percata de un hierro clavado en el techo con un mosquetón de escalada.

—¡*Mondie*! —esputó el jefe mientras sacaba la radio para llamar a la científica y que esta analizase ese artilugio.

—Raphael… —dijo la mujer.

—Dime, jefa. —Era consciente de que comenzaba la fiesta.

—Necesitamos saber lo siguiente: uno, coge este cuadro falso y sigue esta pista, ¿quién puede haber realizado un cuadro tan perfecto? No creo que en el mundo haya tantos falsificadores a este nivel. Dos, ¿quién puede haberlo encargado? No es habitual algo así, estoy pensando en un coleccionista, un especulador de arte de Tronksy. ¿Me sigues?

—Sí, sí, estoy anotando —contestó Raphael.

—Tres, la embarcación con la que creían que iban a escapar. Necesitamos la matricula, dónde la han dejado, cuál era el plan de fuga, de quién era, cuándo fue realizada la última revisión y el último repuesto…

La respiración de la mujer iba aumentando igual que su riego

sanguíneo.

—Cuatro, los ladrones. Quiénes podían ser los posibles cómplices, los que pueden haber escapado. Hay que buscar si tenían colaboradores habituales, y qué hacían, dónde estaban ayer, la última visita médica, si tienen mujer, hijos, dinero en los bancos, cuáles y cuánto. Qué golpes han cometido antes, por qué fueron ellos elegidos para este golpe. Qué han comido en las últimas veinticuatro horas y dónde han estado. Si fuman, si van de vientre regularmente o si necesitan un laxante. Cinco, necesitamos entender qué falló. Por qué el plan se fue al traste y por qué justamente al final. Cuál fue el detalle que hizo que se desmadrara el plan. Necesitamos saber todo esto, llama a Suiza y que, desde la central, te den apoyo para averiguarlo todo. ¿Quieres que llame yo?

—Tranquila, Jefa, estoy aquí y voy a averiguar todo lo que pueda. —Calmó a la mujer que se encontraba jadeando—. Escúchame, vete a desayunar y yo me ocupo de esto; para ello me pagas.

El jefe de policía se quedó en la sala para esperar a los compañeros de la científica, mientras el joven se marcha para averiguar toda la información que le había solicitado la jefa. Marguerita y Bruno se dirigen al comedor del hotel para disfrutar de un momento de tranquilidad.

El bufete era el más completo que jamás había visto el italiano. Él no se podía permitir esos hoteles, el coste de ese desayuno era el presupuesto de todo un día de vacaciones. Bruno empezaba a disfrutar del fin de semana, la compañía de la mujer era por momentos más placentera. Eligieron una mesa con vistas al puerto, luego fueron hacia el bufete. Ya sentados y empezando a saborear el café, Marguerita rompió el silencio con una pregunta—: ¿De qué conoces al jefe de policía?

—No creo en las casualidades, tengo que explicarte algo.

15

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del suceso.

Empezó a llover tímidamente en la campiña de Carpi.

Las finas gotas caían en las viejas tejas que guardaban tantos secretos en la mansión Rizzato. Anticuadas piezas curvadas de terracota apoyadas en ladrillos campestres. Una villa que pasó de campesino en campesino, hasta ser rehabilitada totalmente por Gian Paolo cuando la tendencia era tener una mansión en el campo, lejos de la farándula.

Llevaban varias horas explicando su aventura en Rusia y nada aún los había distraído, excepto cuando añadían leña seca a la chimenea y rellenaban el vaso de Whisky.

Renato disfrutaba compartiendo las viejas historias vividas y ya muy lejanas. Su mujer y la hija adoptada hacía ya dos décadas eran sus habituales espectadoras, cansadas de la misma historia explicada una infinidad de veces. Bruno representaba público fresco y nuevo, ansioso de saber cómo continuaba, cosa inaudita desde hacía mucho tiempo, no era fácil encontrar a alguien interesado en sus viajes.

Bruno necesitaba bucear en la historia de Rizzato para entender lo que le había llevado hasta allí, a él y a la persona que lo ayudó a realizar ese viaje atrás en el tiempo para adelantarse a los pasos futuros. La tercera butaca, entre los dos hombres y frente al calor que desprendía la chimenea, estaba ocupada por Marguerita. La mujer decidió acompañar a Bruno hasta las tierras de los orígenes de Rizzato, para escuchar y entender. Se sentía cómoda en la habitación, no porque la vieja butaca inglesa fuese confortable, sino porque tenía la sensación de haber vivido eso; a lo mejor era un "*dejavu*", un error de la mente, o bien vivió en esa casa en otra vida. A pesar de querer saber de dónde provenía esa apacibilidad que desprendía la situación, abandonó su sistemática necesidad de tenerlo todo bajo control y de saber el motivo de su bienestar para disfrutar, simplemente, del olor a madera quemada y de ser trasportada a la vieja URSS.

—Querida, ¿seguro que no quiere ni una gota de este extraordinario Whisky? —preguntó Renato a la mujer.

—Muchísimas gracias, estoy bien así —respondió.

—Pues lo que decía, tuvimos la ocasión de comer con Gorbachov. Una experiencia única, no tanto por compartir mesa con un líder como él, que aparece en los libros de historia, sino por visitar por dentro el Kremlin. Fue un privilegio que concedieron a los primeros europeos invitados. Con los años, me enteré de que ya no invitaban a empresarios con viajes faraónicos como los nuestros y, por supuesto, ya no entraban en el Kremlin.

Renato se detuvo, como hacía a menudo, y pensó en cómo seguir. Solía mirar a través del whisky en su vaso o perder su vista por la derecha, en las alfombras, como si buscara el hilo de la historia que se le había escapado.

—Si soy sincero, tampoco destacaría mucho del día en el palacio del presidente —dijo decepcionado consigo mismo—. Las habitaciones enormes trasmitían solemnidad y esterilidad. Tenían cuadros y decoraciones que evocaban la época del Zar. Me he preguntado muchas veces cómo explicar cómo era por dentro a las personas occidentales, pero siempre me he encontrado en un dilema. Era un edificio frío. Tanto por la temperatura, los rusos están muy acostumbrados a vivir con más frío ambiental, como por el calor de las emociones y lo que se trasmitía en el ambiente. Nos hicieron una pequeña ruta por las dependencias que se podían ver, sin nada del otro mundo, solo cuadros y tapices. Habitaciones con mesas enormes. Vimos el cambio de la guardia y poco más, una visita descafeinada como un acto de presencia. La comida fue mucho mejor, Gorbachov era un hombre carismático, un líder. Tuvimos que disfrutar de la conversación filtrada por una mujer interprete de dudosa calidad. Era un espectáculo, Gorbachov hablaba, la mujer a su lado de pie —las mujeres no podían sentarse a la mesa—, traducía al inglés y yo lo hacía al italiano. La velocidad de conversación era igual a los coches que circulaban en Moscú en esa época. ¿Os estoy aburriendo con tantas batallitas?

—No, no. —Bruno se ríe—. Por favor, sigue.

El anciano sonríe y continúa evocando el momento.

—La mesa donde comimos era para unas cincuenta personas. El presidente en la punta de la mesa y el resto de los invitados por los laterales, intercalando empresarios y secretarios. Al fondo, políticos y parásito varios, de esos que orbitan en todas las naciones. La comida fue rápida, no me acuerdo de qué comimos, pero sí que el caviar de Siberia era como nuestro tomate de Sicilia, de extraordinaria calidad, y lo ponían en todos los platos. Jamás comí otro tan bueno.

Mientras los tres se calentaban con las historias y el fuego, por

detrás se acercó el chef de la mansión Rizzato. Un hombre vestido de riguroso blanco, de la misma manera que lo estaría en un restaurante con estrellas Michelín. Rozando los sesenta años, barriga pronunciada, calvo, miraba el mundo con unas gafas con una montura de color amarillo fosforito que le daban un cierto aire juvenil.

—Perdonen que moleste, pero se acerca la hora de la cena y me gustaría saber si los tres señores se quedan a comer.

Los tres se miraron a la cara y Renato preguntó:

—Se quedan a cenar, ¿verdad?

—No, gracias, nos iremos, no queremos molestar —dijo la mujer adelantándose al otro huésped.

—Sí, nos quedamos, muchas gracias —contestó Bruno rectificando a la mujer y lanzándole una mirada que lo decía todo.

—Muy bien, me apresuro a preparar lo todo —respondió el chef, entusiasmado por tener invitados para quien cocinar.

—Muchas gracias, Beppino. No tenéis ni idea de las manos que tiene este hombre, es un fenómeno —informó Renato mientras este se iba—. En fin, que la visita fue breve en el Kremlin, pero el día después nos llevaron a ver un edificio increíble. Era un pabellón inmenso donde querían realizar las ferias. Podía haber sido una nave industrial donde se producían armas y se almacenaban. Un recinto gigante cerca de la plaza roja, un espacio que, con la fin de la guerra fría, quedó inutilizado y lo rehabilitaron. Todos los empresarios quedaron entusiasmados por las condiciones que los rusos ponían para venir a exponer en la primera feria Rusa.

—¿Así que fuiste de los primeros italianos en hacer negocios en la vieja URSS? —preguntó Marguerita.

—Exacto, aceptamos el desafío.

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver con lo que nos trae hasta aquí? —dijo la mujer.

—Sí, lo sé, he cogido la historia desde mucho antes, pero se necesita entender para llegar hasta el punto por el que me habéis preguntado. Un poco de paciencia, querida, enseguida llego.

—Por favor, Renato, sigue —dijo Bruno

—Muy bien —carraspea la voz—; abandonamos Moscú con el compromiso de volver a hacer la feria en septiembre del mismo año. Pero antes de volver nos fuimos a San Petersburgo. El avión que nos llevó de la capital hasta la ciudad de destino debía ser un aeronave anterior a la segunda guerra mundial, un Tupolev a hélices.

—La escena fue memorable, la recordaré toda la vida. Un empleado del aeropuerto nos dijo de caminar por la pista del aeropuerto. Era un día gris y estaba comenzando a nevar, el frío era más afilado de lo normal. Nos condujo hasta el lado derecho más extremo, al final de la

terminal. Cuando vimos el avión y sus condiciones, hubo un momento de incomprensión. Primero pensamos que era un error, luego una broma y que nuestro avión tenía que ser otro o estar detrás del que veíamos. Pero nos equivocábamos, nuestras peores pesadillas se materializaron delante de nosotros. A algunos empresarios tuvimos que convencerlos para que cogieran el medio de trasporte que el estado ruso nos había puesto a disposición. Depositamos nuestras maletas en la bodega y aceptamos el transporte. Una vez subidos a bordo, nos dimos cuenta de que en el avión hacía más frio que fuera. Pero el momento más impactante fue cuando los motores no arrancaban. Los pilotos intentaban ponerlos en marcha haciendo girar a mano las hélices. Al cabo de varios intentos, el humo negro del queroseno mal quemado por los viejos propulsores encendió aún más nuestros miedos. El viaje fue una montaña rusa. Al llegar al aeropuerto de San Petersburgo, tractores con lanzallamas limpiaban las blancas pistas de aterrizaje nevadas, permitiendo a los pilotos distinguir las líneas que las delimitaban. Una vez a tierra, el suspiro de alivio fue general.

—¿Aún existían aviones de hélices? —preguntó Bruno.

—Pues sí. Imagínate que, en la misma época, años noventa, cuando íbamos a nueva york, cogíamos el Concorde. Date cuenta de la diferencia de los dos aviones. Pero llegamos y eso fue lo más importante. Estuvimos pocos días en la ciudad, pero fue la pobreza lo que se quedó en mis retinas grabadas. Cómo vivía la gente, las tiendas, la comida, el desgaste de los enormes edificios grises de la URSS, contrastados con barrios ostentosos y de extrema riqueza. He intentado olvidar ciertas escenas que vi, pero me siguen persiguiendo cuando duermo. Aún ahora, treinta años más tarde. —Renato se concedió otro momento de pausa y reanudó—: Pero lo más interesante pasó en nuestra segunda visita a Moscú.

16

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del suceso.

Mónaco se despertaba de una noche convulsa, más de lo que creían.

Las sirenas de la policía y, por ende, su presencia delante del hotel más emblemático de Mónaco, indicaban una intriga en la que los autóctonos buscaban respuestas en el periódico del Principado. Sucesos no habituales en un pequeño estado autónomo.

A través de los cristales se veía claramente los barcos amarrados en el puerto y los que fondeaban por la costa en frente del Principado para presenciar el gran premio de Fórmula Uno histórico.

Bruno, mirando la bella mujer que tenía enfrente, comenzó a explicarle el motivo original de su viaje.

—Conozco al jefe de policía porque ayer encontré a un amigo muerto en su habitación de hotel.

Escueto y directo, como la vida misma.

—He venido a Mónaco porque él insistió en que quería verme, tenía que decirme algo y no llegó a decírmelo, le mataron antes.

—¿Cómo sabes que le han matado? —preguntó la mujer.

—Le encontramos sobre un charco de sangre en su habitación con una bala entre las cejas —respondió convencido Bruno.

Sorprendida, bebió un sorbo generoso de café y siguió preguntando:

—¿Cómo se llamaba tu amigo?

—Calogero Ragusa.

—¡Trabajaba para la casa de subastas! —exclamó la mujer con los ojos desgranados.

—Efectivamente, por eso quería decírtelo.

A pesar de que la situación estaba tomando una dirección inesperada, a Marguerita le aumentaba la intriga de lo que podía suceder, y, sobre todo, el posible rumbo. Era una mujer compleja, no le gustaban las situaciones sencillas, ni las relaciones aburridas. Era

una mujer que necesitaba tener mucho Rock & Roll, porque, en caso contrario, huía de la predictibilidad. Muchos hombres pudientes y famosos intentaron enamorarla, pero sus vidas prefabricadas y predecibles llegaban a aburrirla. Si Mónaco fuera la sabana, Marguerita encarnaría una yegua salvaje y Bruno un fiel elefante.

—¿Y no te dijo sobre qué tema era, por qué quería verte? ¿Nada?

—No llegamos a hablar de nada, no quería hablar por teléfono, no lo consideraba seguro. Se le notaba nervioso, incómodo…. —Bruno esperó un momento, dudoso en admitir lo que iba a decir—… como con pavor, a que alguien escuchara lo que había descubierto. Noté que temía por su incolumidad.

—Entiendo, pero ¿por qué tú? ¿Dónde lo conociste?

—No lo sé, sigo dándole vueltas. Nos conocimos hace veinte años en Alemania en unos cursos de ciclo formativo superior, allí fuimos como hermanos hasta que la vida nos separó. Mantuvimos contacto para desearnos felices navidades, después me invitó a ser su padrino de boda, luego años de silencio hasta hace una semana.

—Me acuerdo de él, de una reunión en las oficinas de París. Un chico callado, efectivo, todos hablan bien de él, un trabajador ejemplar —contestó la mujer enigmática.

—Lo que te voy a decir, puede que me consideres loco, pero a lo mejor Calogero sabía algo del robo que iba a suceder esta noche y lo han matado por ello —dijo Bruno casi susurrando.

La mujer se quedó pensativa, mirando al puerto. Al cabo de un rato dijo:

—¡Solo me faltaba esto! No tenía bastante con los robos, los exmaridos y Hacienda en mi vida, también los asesinatos tenían que añadirse.

Los dos se levantaron y se dirigieron al buffet a coger más desayuno. La resaca, fruto de tan pocas horas de sueño y del exceso de champán, los hacían moverse como unos osos perezosos por en medio de las mesas. A ella, la resaca le hacía incrementar el apetito; hambrienta, se vuelve a sentar con un plato repleto de delicatessen.

—¿Sabes que contigo he hecho una excepción? —dijo ella al hombre sentado enfrente.

—¿Ah sí? —preguntó él intrigado—. Y, ¿cuál es?

—Jamás he desayunado el mismo día que he sufrido un robo.

—Bueno, querrás decir un casi robo —matizó Bruno.

—¡Ya me entiendes!

—¿Y eso es bueno o es malo? —preguntó él.

—¿Has probado los *pancakes*?, están deliciosos —dijo la mujer desviando la pregunta.

Los dos se miraron con complicidad, riendo, como si ella estuviera respondiendo con la tonalidad de sus ojos verdes.

—Así que me tendrás que soportar investigando juntos —añadió el italiano.

—¿En serio crees que te dejaré estar conmigo en medio de esta investigación? ¿Hasta este nivel tienes tu autoestima? —preguntó la mujer.

—Tranquila, chica helvética. A lo mejor hasta te gusta —contestó irreverente.

Marguerita intentó aguantar la sonrisa y desvió la atención otra vez.

—Además, no creo que a tu íntimo amigo Dubois le haga mucha ilusión tenerte entre sus pies —concluyó con retintín.

El desayuno siguió con una conversación de picantes preguntas e indirectas en la misma línea de la noche anterior, hasta que entró por la puerta Raphael, sudado por la carrera que acababa de hacer y una expresión de preocupación máxima.

—Jefa, te he buscado por todos los sitios —dijo jadeando

—Pero ¿por qué no me has llamado? —inquirió Marguerita enseñando el móvil que tenía a su lado.

—Lo tienes sin baterías —informó el chico recuperando aire por la carrera.

—Bueno ¿qué ha pasado?

—¿En serio no te has enterado? —insistió el polluelo de la mujer.

Marguerita, ya molesta por no saber la que se avecinaba, contestó alzando la voz:

—Joder, Raphael, estaba aquí. ¿Qué demonios ha pasado?

—¡No te vas a creer lo que ha sucedido esta noche! Han robado el Auto Union de Rizzato.

17

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del suceso.

Marguerita y Bruno se giraron de golpe, mirándose atónitos por la noticia bomba que acababan de recibir.

La revelación llegó como una ducha fría. Un derrumbe de tierra cayó encima de sus espaldas. Estaban equivocados, no se esquivó un robo, se produjo una catástrofe. Una catástrofe de proporciones bíblicas. Los pilló con poca cafeína en vena y en plena reanimación post resaca. El primer impacto fue terrible, aunque las consecuencias que aún no habían llegado también eran terribles. La carrera de la mujer no albergaba una mancha, ni un solo desliz. Su currículo impoluto acababa de ser desvirgado en uno de los lugares más seguros del globo. Justamente por eso, los pilló con las defensas bajas, por confiar en la seguridad del Principado. Seguros y confiados, aplastados por sus propias convenciones. Los organizadores de la subasta y del Gran Premio se enfrentaban a la peor de las situaciones: al ridículo público y a la descalificación profesional. La parte económica era menos importante, eso era labor del seguro, para eso estaban, para pagar en los improbables casos de robo. Sin embargo, la descalificación profesional era otro cantar, para eso no existía seguro. Los Lloyds de Suiza hubieran hecho de todo con el fin de no pagar, incluso tener en plantilla a los mejores investigadores del mundo. Por esa razón, Marguerita se encontraba en Mónaco, para solucionar esa tesitura, para evitar que la compañía pagase lo desaparecido, es decir, una fortuna.

Las dos caras de la investigadora privada De Angelis eran, por un lado, la pública, que era la que enseñaba de cara a la galería; la otra, algo sadomasoquista, en el fondo disfrutaba con situaciones como esas.

Marguerita, una vez procesada la noticia, se levantó de golpe de la mesa, provocando un estruendo al saltar. Entró en un efecto túnel. Se dirigió hacia la escalera, sin importarle los dos hombres que dejaba atrás. Estos, sorprendidos por la reacción, la siguieron como perritos

falderos.

Marguerita salió del hotel en dirección al palco externo, donde los coches de la subasta estaban vigilados y expuestos. A los pocos metros, el joven colaborador y Bruno la atraparon.

—No hace falta que vengas, Bruno, esto no es asunto tuyo —dijo la mujer avanzando a grandes zancadas sin ni siquiera girarse.

El italiano, que seguía en fila india en la última posición, le contestó con decisión:

—Vaccaboia, sí es mi asunto. No pienso dejarte, quiero decir, no quiero dejarlo.

Ella era consciente de que la ayuda de Bruno le podía venir muy bien, pero su orgullo no se lo permitía; al contrario, había intentado alejarlo por lo que empezaba a vislumbrar, a sentir

Tardaron pocos minutos en llegar al lugar del suceso, una estructura construida para la ocasión delante del Royal Yatch de Mónaco. El palco se dividía en dos alturas, la primera a unos tres metros de donde se encontraban los vehículos, la segunda a cinco metros, que comenzaba al final de la primera. Era el lugar donde la subasta se tenía que celebrar el sábado. Dos partes de un mismo escenario. Una estructura de alquiler, tablas de madera y una estructura en tubos desmontables. Venía totalmente forrado de moqueta roja de gran gala, flores en la parte frontal y unas lonas de publicidad en los perímetros que permitían esconder la estructura.

Llegaron hasta donde la policía se desplegada en la escena del hurto. La gendarmería tenía precintada toda la zona. Los agentes, con trajes blancos como si estuvieran en la escena de un delito de sangre, rastrillaban toda la moqueta roja en busca de indicios. Justo delante de la escalera para acceder al espacio de los coches, no podía faltar él, el sabueso, el rastreador de la policía francesa, el jefe, Jeremy Dubois.

Al verle, Marguerita ralentizó las zancadas y se alineó con Bruno y le dijo:

—Mira, está tu amigo, ¿por qué no vas a saludarlo? Estará encantado de verte aquí también.

—Qué graciosa eres —contestó él irónico.

No acabaron de pronunciar esas palabras, cuando el jefe los vio y empezó a hablarles a varios metros de distancia:

—¿Tu? ¿Vuelves a estar por aquí? —dijo a Bruno; acto seguido, se giró y ordenó al agente que vigilaba la zona—. ¡Qué no entre ese hombre, es una orden!

—Este hombre viene conmigo y va a entrar —se interpuso la mujer entre Dubois y el italiano.

—Le digo yo que no pasa, como máxima autoridad aquí. Puede decir usted lo que quiere, pero el señor Malatesta no va a dar ni un

paso, antes pasaría sobre mi cadáver.

—El señor Malatesta es mi colaborador y debería dejarle pasar. —Marguerita comienza a mosquearse por el tiempo que le estaba haciendo perder.

—Desde que ha aparecido este hombre solo han ocurrido problemas. Comienzo a tener un cierto presentimiento de que esté involucrado. Es más, incluso estoy pensando en usted. ¿Dónde estaba ayer por la noche?

—¿Perdone? Me siento ofendida por su sospecha, atribuyéndome la complicidad de un robo realizado contra la empresa que represento —contestó enfurecida la mujer.

—Usted es una cazafortunas, la que busca las piezas robadas. Me está haciendo pensar que podría estar involucrada en esto, incluso que ha organizado usted los robos, para luego encontrarlas, devolverlas y quedarse con la comisión —dijo el jefe con aire complotista—. Pero para que lo sepa, le ha ido mal, el cuadro lo hemos recuperado sin su ayuda.

—¿Me está usted acusando de algo? ¿Qué pruebas tiene? Le voy a denunciar por difamación —le contestó perdiendo la paciencia.

—Tranquilos, tranquilos, creo que esto se está pasando de rosca —dijo Bruno poniéndose en medio de aquella batalla de gallos.

—Señor Jeremy Dubois, buenos días. —Apareció por detrás el director del Gran Premio—. ¿Cómo está?

—Buenos días, señor Morel. Me imagino lo qué me va a decir, pero por aquí no pasa nadie, es una investigación de la policía de Montecarlo y no voy a permitir que se interpongan.

—Lo entiendo, ¿así que no puedo hacerle cambiar de opinión? —preguntó el director dando al gendarme una última oportunidad de rectificar.

—Aquí no entra nadie —repitió categórico cruzando los brazos.

—De acuerdo, entiendo su postura, pero, como podrá entender, le comparto que la señorita De Angelis pueda investigar el suceso como miembro de la subasta. Usted lo ha querido, ya tengo bastantes problemas por parte de usted.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el jefe, perdido.

—Aténgase a las consecuencias. Permítame un segundo.

El director se apartó para hablar por teléfono. A los pocos minutos, colgó y se acercó otra vez.

—Puede contestar al teléfono, por favor —dijo Morel.

Silencio.

Hay un momento de desasosiego. Las tres personas que tenía delante no entendían qué estaba pasando, hasta que, como las campanas de la iglesia en domingo llamando a los fieles a misa, el celular del jefe de policía empezó a sonar. Dubois, se asustó, extrajo el

móvil y un número largo jamás visto lo sorprendió.

—¿Qué le había dicho? Conteste, conteste —indicó el director con una sonrisa sarcástica.

—Haló? —respondió y su cara comenzó a cambiar, haciéndose de color rojo y, cuánto más duraba la conversación, más se le hundía la cabeza en el torso.

—¿Quién es? —preguntó la mujer

—Nada, no te preocupes, lo normal, administración —respondió Morel, con un tono desenfadado, quitando hierro al asunto—. Es solo el príncipe Alberto, le está diciendo que es una vergüenza para el cuerpo, una mancha negra en la historia del Principado, que colabore lo más que pueda con nosotros, que la empresa que represento aporta mucho dinero cada año con el evento, bla, bla, bla… cosas así, nada importante.

La llamada duró un minuto escaso, pero trasformó al jefe de policía. Finalmente colgó y se acercó al grupito. Su expresión era la de un perro apaleado y terriblemente cabreado por la charla con el príncipe. Morel allanó el terreno, pero acababa de despertar un nido de avispas adormidas. Ganaba una batalla, pero no la guerra. El jefe los tenía que dejar pasar, pero estaría muy atento para devolvérsela multiplicada. Sin ni siquiera mirarlos a la cara, pasó por delante mientras llamaba al gendarme que presidía las escaleras del palco.

—Déjales subir. —Después se dirigió al otro lado del palco.

—Visto, es fácil, una llamada te salva la vida —dijo al grupito—. Ahora nos queda entender qué ha pasado.

El comité de investigación subido al palco donde se encontraban los coches. De los cinco vehículos, faltaba uno, el Auto Union de Rizzato, el que estaba en medio. Bruno, que subió el último, se encontró con una visión increíble: cuatro coches de un enorme valor encima del palco, delante del puerto. Era el garaje de los sueños de la mayoría de los amantes de los coches. Estaba el Ferrari 250 GTO de 1960 de color negro, valorado en 25 millones de euros. La carrocería más bonita jamás construida, de la mano de Scaglietti. El mismo de la película Vainilla Sky. Le seguía el Bugatti Type 57 de 1937 modelo Brescia, de color pitufo tradicional, por un valor de seis millones de euros. La forma de este vehículo era la de un cilindro alargado, con cuatro ruedas que sobresalían. Hizo historia por ser el primer motor de dieciséis válvulas y la unidad que ganó la Carrera de la Mille Miglia de 1932. En el medio estaba el espacio vacío del Auto Union, luego el Lancia Beta Montecarlo de carreras original Martini, con un valor de diez millones de euros. Un cohete de circuito, de 1985, con motor turbo y más de quinientos caballos. En las Carreras DTM hizo historia por pulverizar a los coches alemanes. Por último, un Alfa Romeo

Giulietta Spider Prototipo Bertone, en color gris y champán, con un precio de salida de cinco millones de euros. Construyeron exclusivamente solo tres unidades. La unidad que se encontraba en el palco fue regalada por Nuccio Bertone a una amiga de Treviso, después vendida y recuperada en los Estados Unidos de América.

Una galería de joyas de ensueño. Pero faltaba uno. ¿Cómo podía desaparecer un coche de esa forma?

Morel y Marguerita empezaron a descifrar cómo consiguieron hacer desaparecer un coche delante de las narices de todo el mundo. El italiano escuchaba. Marguerita no daba crédito a lo que veía, o, mejor dicho, a lo que no veía.

Bruno tuvo una premonición. Colocándose justo delante de los coches, cerró los ojos y levantó la mano con la palma hacia el agujero del vehículo vacante, comenzando a sentir. Notó la presencia de algo, sin entender qué era. En ocasiones, veía alguna escena, pero no percibía nada. Se concentró más, apretó las meninges creando unos surcos en la frente, acentuando las arrugas del tiempo. Sintió algo débil, sin sentido, una figura gris, una sombra de un hombre que sube al escenario, toca el coche y de golpe, de forma instantánea, desaparece. La figura se para y, como si le estuviera viendo, se detiene a mirarlo en una conexión espacio/tiempo. Lo mismo que si el gusano del tiempo hubiese unido esos dos momentos de la historia. ¿El ladrón sintió que Bruno le estaría viendo al cabo de unas horas? La conexión duró unos segundos, parecieron minutos, hasta que los chillidos de unos neumáticos rompieron el trance. Bruno estaba distraído y perdió la visión. El potente Maserati de Rizzato aparcó justo delante del escenario.

—¡Porca miseria! —grita Rizzato al subir las escaleras como un orangután cabreado—. ¿Cómo es posible algo así?

Marguerita y Mathias Morel sintieron esas palabras como un latigazo encima de sus cabezas.

—¿Alguien puede explicarme lo qué ha pasado?

—Gian Paolo, lo vamos a encontrar no te preocupes —intentó tranquilizarle el director.

—Ya lo creo que lo vais a encontrar o bien lo vais a pagar —finalizó mirando a la mujer.

—Acabamos de llegar, Gian Paolo, déjanos estudiar qué ha podido pasar y cómo han podido conseguirlo.

—No me lo puedo creer, en el centro de Mónaco y bajo vuestras santas narices. Menuda vigilancia habéis montado. Suerte que puse un geo localizador por satélite —confesó Rizzato.

—¿Qué has puesto el qué? —preguntó Morel torciendo la cabeza.

—Has entendido bien; la última vez que lo llevé al especialista

para repararlo, le instalamos un dispositivo secreto de localización por GPS, escondido en un lugar del coche. Así que podéis ubicarlo gracias a mi sistema.

Las orejas del jefe de policía se levantaron como parabólicas, viendo una oportunidad de protagonismo. Se acercó a Rizzato y le preguntó:

—¿Y cómo podemos localizarlo?

—Con las claves de satélite que están en este USB. —Mientras le contesta, se lo entrega a Morel.

—Encontrar el coche con esas claves le toca a la policía y enviar los refuerzos necesario —le esputa Dubois al director.

—Tiene usted razón, le voy a dar las coordenadas, pero con una condición… nos va a tener informados en todo momento de la localización —advirtió el director.

—Claro que sí —contestó el jefe con los ojos haciendo chiribitas.

Este agarró el USB y se dirigió corriendo a la central de la policía para localizar el vehículo.

—Vamos al hotel, quiero revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad que enfocaban este lugar —dijo Marguerita a Morel.

El director, Marguerita y Raphael vuelven al hotel donde necesitaban poner un punto a la situación. Mientras todos se dirigen hacia hotel, Bruno los siguió invadido por una sensación de inconformidad por lo que acababa de suceder. Aligeró el paso y se acercó a Rizzato, quien se dirigía hacia su limusina. Este cogió el teléfono y empezó a hablar con una persona. Bruno se acercó y ,antes de que entrase en el coche, consiguió escuchar: «al final lo han conseguido, han ganado, pero solo esta batalla.»

18

Las buenas oportunidades pasan pocas veces por las manos y el jefe de la policía era consciente de ello.

Un tren pasa una sola vez por la estación y, o bien, eres hábil en tomarlo o siempre te arrepentirás de no haber subido. Entre las manos del jefe no estaban las coordenadas del coche robado más caro del mundo, sino su definitivo ascenso social y una jubilación de oro. El oportunismo había sido la palabra clave de su vida, supo cabalgar las olas adecuadas aplastando las cabezas necesarias. No tenía ningún don especial, excepto el de la ambición. La vida le entregó la oportunidad de ser primo de alguien que le abrió las puertas de una carrera fácil y segura. Jeremy la supo aprovechar. Pocos años le faltaban para ser feliz en su casita frente al mar en las Islas Canarias, pocos años o un coletazo final. La información en el USB era ese coletazo. Casi demasiado fácil para ser verdad, la ocasión que esperaba se la habían presentado en bandeja de plata.

Llegó a la central de policía corriendo, con las sirenas encendidas, como era habitual en él. En pocos minutos estaría delante de los ordenadores del departamento de tráfico. Entregó personalmente al encargado su diminuto tesoro. Este introdujo el artilugio en el ordenador central y esperaron a que el satélite hiciese el resto.

—¿Cuánto tardará? —preguntó el jefe al subordinado

—Suele ser rápido, a veces casi instantáneo.

Mientras esperaba, el jefe se quedó asombrado de tanta tecnología y de la facilidad de buscar datos que representaba. En sus tiempos, sin ordenadores podía llevar muchísimo tiempo. Ni se acordaba las miles de llamadas que tenía que hacer y la lentitud de las búsquedas. Esos tiempos habían pasado y a él le quedaban pocos telediarios como para aprender los nuevos sistemas, prefería quedarse como un ignorante informático.

—Mire, jefe, el satélite ya tiene la ubicación del vehículo. Se encuentra en la autopista, por Aix-en-Provence, cerca de Marsella, en dirección a España.

—Excelente —dijo al jefe. Fijó la vista en el punto rojo que se movía y exclamó—: ¡Ya te tengo!

Solo faltaba coordinar un punto de bloqueo con la policía francesa. La jurisdicción estaba clara y no podía saltársela, tampoco tenía efectivos. El protocolo marcaba que debía informar a las autoridades francófonas, explicar el caso y pedir autorización para seguir al vehículo. Era fácil, simplemente tenían que aprovechar una barrera de peaje para instalar un puesto de control y retener ese punto rojo que lo separaba de los ladrones y de ser un héroe.

El jefe, con ojos llenos de avaricia, se encerró en su despacho con la intención de llamar al jefe de la policía de tráfico del sur de Francia.

—Luc, ¿cómo estás? Siéntate, tengo algo gordo entre las manos y necesito tu ayuda.

* * *

La situación en la que se metieron los organizadores de la subasta era de lo más complicado. A Marguerita le costaba creer todo lo que le había sucedido en tan solo doce horas. Un asesinato, un robo fallido y uno conseguido. Su experiencia la habría ayudado, pero se encontraba en una situación totalmente nueva y, a pesar de su trayectoria, se le escapaba de las manos. Provocaba una sensación inesperada para ella.

La mujer, junto a Morel y a su mano derecha, se metieron en la sala de control del hotel.

Justo antes de entrar, Bruno se separó y se fue a hablar con Rizzato, algo no le convencía. «No sé qué pasa, he escuchado algo que no me convence. Luego te digo», dijo a la mujer antes de entrar en el ascensor.

—Empecemos con las cámaras del escenario de los coches en el momento del robo del cuadro —pidió Marguerita al personal de seguridad del hotel.

La imagen se rebobinó a gran velocidad, hasta el punto indicado.

Play.

La imagen enseñaba el coche en su lugar, desde varios ángulos. Sorprendidos, vieron que el coche estaba en su lugar, como también los dos agentes de seguridad que custodiaban el lugar.

—De acuerdo, ahora avanza hasta que desaparezca el coche.

Morel observaba a distancia como Marguerita, con los codos encima de la mesa al lado del operador, trabajaba con el trasero en pompa.

—¿Qué tal las vistas allí detrás, Mathias? —preguntó la mujer

El francés carraspea, deja de mirar su precioso físico y se vuelve a concentrar en el monitor. Raphael, que estaba al lado, no consiguió aguantar la risa.

—Mira, ¿qué pasa ahora? —dijo sorprendida la mujer. Las imágenes eran claras, en el momento que se acercaba la policía con las sirenas, los hombres de seguridad son llamados y dejan de vigilar los coches; acto seguido, aparece un agujero de grabación de más dos minutos.

—Menudo patinazo de seguridad. ¿Quién ha llamado a los dos hombres? ¿Quién les ha ordenado irse? —preguntó la mujer—. Pero espera, mira esto, fíjate que hay grabación, pero no hay imagen, es sorprendente…

La grabación avanza, hasta reaparecer la imagen otra vez. El coche había desaparecido por completo y a los pocos segundos aparecieron los guardias de seguridad en sus puestos de espaldas a la escalera, sin percatarse del vehículo desaparecido.

—En dos minutos no pueden haber quitado un coche desde esa altura —afirmó el director.

—Exacto, aquí hay algo que no me cuadra. Tenemos que averiguar más.

Los tres se separaron del hombre delante las pantallas y Marguerita preguntó a su mano derecha.

—¿Qué has descubierto del robo?

—La lancha con la cual los ladrones pensaban escapar ha sido encontrada a unas veinte millas náuticas de aquí, abandonada. La gendarmería de Cannes nos informará de huellas o de cualquier cosa —contestó Raphael.

—Bien, ¿qué más?

—Verónica está averiguando qué falsificadores pueden haber sido comisionados al nivel de la obra que tenemos colgada en la sala. También coleccionistas que recientemente hayan podido pujar para otros cuadros de Tronksy. Sigo trabajando en los cómplices y en qué ha fallado la seguridad, pero aún no me ha dado tiempo jefa —concluyó el cachorro.

—¿Qué piensas, Marguerita? ¿Cómo lo ves? —preguntó Morel

—Pienso que el robo del cuadro, desde nuestro punto de vista, ha fracasado. Solo porque lo hemos recuperado… Sin embargo, bajo el prisma de quién lo ha comisionado ha sido exitoso. Un golpe de efecto para centrarnos en otra cosa, mientras el equipo "bueno" de ladrones hacía desaparecer lo que realmente querían robar. —Marguerita se interrumpió, sorprendida de lo que acababa de decir, miró la pared en dirección contraria a los dos hombres, inspiró de sorpresa y concluyó —: Es un plan perfecto… ¡Necesito más café!

19

La verdad se encontraba más alejada que nunca.

La oscuridad que había caído sobre Mónaco no podía ser vista por los ojos de todo el mundo, las personas normales prefieren no entender las cosas, es más fácil seguir con sus propias vidas, como los caballos de carreras con anteojeras. La falsa luz del día a día no traviesa la manta de la libertad. Sin embargo, querer ver lo que realmente sucede fuera atemoriza, espanta, inquieta y se prefiere obviar.

Bruno no podía elegir si quería o no obviar la realidad, ella lo llamaba. Escasas veces le tocaba a la puerta, pero, en ese momento, justo subiendo las escaleras, lo llamó, dirección a la suite de Rizzato.

«La verdad te hará libre», se decía para auto convencerse, pero se sentía un desventurado al no tener las anteojeras equinas. Hubiera preferido llevarlas. La vida le había conferido esta sensibilidad y con ella arrastraba una responsabilidad inequívoca.

Algo no era lo que aparentaba ser. Mucho más que verdad había debajo de las acciones que presenciaron en las últimas horas. Evitables o no, tenía que investigar qué era esa mentira que ceñía sus cabezas. Que volteaba encima de la suya y no lo dejaba en paz.

Bruno se colocó delante de puerta de la suite.

—¿Quién eres? —preguntó maleducadamente el hombre de seguridad que custodiaba la puerta.

—Soy Bruno Malatesta, necesito hablar con Rizzato.

—No recibe a nadie, ¡váyase!

—Por favor, infórmele de que estoy aquí o le voy a llamar a su celular y le diré que no me deja entrar —contestó el italiano sacando de su bolsillo el teléfono.

El armario vestido de traje entro, avisó de su presencia y le dejaron pasar.

Bruno accedió, quedándose a unos pasos de la puerta. El aire era pesado, aunque oliese a flores frescas. Su perfume no conseguía cubrir la grande pesadez energética que se podía cortar con un cuchillo de mantequilla. La habitación se encontraba impoluta, como sin usar. Una maleta estaba en la puerta, su amigo tenía que estar a punto de

marcharse, aunque era extraño debido a lo que acababa de suceder. Todo se teñía aún más de misterio, con aroma a inverosimilitud.

Esperó un buen rato en la puerta, hasta que se decidió en hablar:

—¿Gian Paolo?

No recibió respuesta, ni siquiera llegaba sonido alguno del otro lado de la suite.

—¿Hola? —volvió a decir acercándose cauteloso.

Con más avanzaba, más se extrañaba. ¿Por qué no respondía? Siguió caminando hasta el final de la sala de estar. Las cortinas medio echadas dejaban entrar la poca luz que iluminaba tenuemente la estancia.

Enigmática, casi melancólica.

—¿Gian Paolo? —dijo empujando la puerta que separaba la sala de la enorme habitación.

No obtuvo respuesta.

Entonces se preocupó. ¿Por qué no contestaba?

Podía haber tenido un ataque al corazón por lo que había sucedido. La puerta del lavabo estaba entreabierta con una luz que sobresalía. Se acercó más, y un poco más. Hasta que tenía la puerta a medio metro.

Del grifo del lavabo salía agua, como si alguien se hubiera olvidado de cerrarlo.

Repitió:

—¿Estás ahí? —Sin tener respuesta.

Entonces se decidió a abrir la puerta.

Agarró la manilla y comenzó a tirar, con el temor en el cuerpo de encontrar lo peor, aunque su sexto sentido no se lo avisara. La arrastró hasta tenerla medio abierta y dio un tirón final, como si no quisiera alargarlo más.

De golpe apareció Rizzato, se encontraba allí delante de él, inclinado hacia el lavabo, con una mano aguantándose la corbata y con la otra lavándose los dientes.

—¿Gian Paolo?

Su amigo dio un salto asustado.

—Joder, Bruno, ¿es que no sabes avisar? Me has dado un susto de muerte.

—Te he ido llamando desde la entrada. ¿No sabes que tienes que cerrar el agua cuando te lavas los dientes? —protestó Bruno.

—Puedes esperar fuera, salgo enseguida —articuló Rizzato con la boca llena de pasta de dientes.

El millonario acabó de asearse, se puso la americana inmaculada, recién planchada, y alcanzó a su amigo en la sala de estar de la suite.

—Sigo con el corazón a mil revoluciones. Me has dado un susto de muerte.

—Perdona, pero estoy preocupado y necesitaba verte.

—Pues me has encontrado por casualidad, estoy a punto de irme —contestó Gian Paolo.

—¿Te vas? ¿Por qué? Marguerita y la gendarmería seguro que van a encontrar tu coche antes de la subasta.

—¿Tú crees en serio que lo encontrarán?

—Claro. Les has dado las coordenadas para encontrarlo. ¿Por qué no deberían hacerlo?

Rizzato se sintió incómodo en la tesitura. Estaba acostumbrado a hacer él las preguntas, no responder a las de los demás.

—¿Por qué has venido?

—Cuando bajabas del escenario, ¿con quién hablabas?

—No es asunto tuyo.

—¡Claro que lo es! Vaccaboia, Gian Paolo, somo amigos desde que yo era un crío, no soy un trabajador tuyo. ¿Qué quiere decir lo han conseguido? ¿Han ganado una batalla?—preguntó Bruno con los ánimos encendidos—. ¡Te estoy hablando!

Rizzato dejó de preparar su maletín y lo miró en silencio.

Durante varios segundos, observó a Bruno con hipocresía, con una expresión inédita, con una con la cual nunca lo había mirado.

Se sentía en un aprieto, hasta que alineó las palabras que quería decir y las sacó de la forma más falsamente desolada.

—Hace unas semanas recibí un mensaje anónimo que me amenazaba con el robo de mi coche. A cambio de que esto no sucediera, me pidieron una cantidad ingente de dinero en criptomonedas. Obviamente no acepté, ¡nadie me chantajea! Crearía un precedente demoledor en mi vida, seguramente activaría un sinfín de otros casos, como un efecto domino a escala inimaginable.

—¿Y qué dijiste?

—Envié el mail anónimo a la papelera. Pero las amenazas tenían más fondo de lo que creía. ¿Quién querría comprar un coche robado así? Pensé que era imposible y menos en Mónaco, uno de los lugares más seguro del planeta. Cuando me lo han dicho, no daba crédito a lo que acababa de pasar.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—¿Estás loco? No quiero a los esbirros en mi vida, ya tengo bastante con mis socios, con los sindicatos y con mi suegra.

—Señor, el coche está listo —dijo Ambrosio entrando por la puerta y cogiendo la maleta que estaba apoyada al lado.

—Sí, ahora voy —contestó al chófer.

—Me tengo que ir Bruno, gracias por tu amistad. Gracias por todo —concluyó el millonario y, acto seguido, lo abrazó.

Cogiendo su maletín, salió por la puerta sin dar posibilidad a Bruno de hacerle otra pregunta.

Bruno se quedó de pie mirando la puerta por donde acababa de salir su amigo. El sabor amargo que subía por la nariz le ocasionaba un raro picor. No se tranquilizó, al contrario, se lo tomó como una triste huida. El sabor amargo estaba alimentado por dos sensaciones que le estaban invadiendo. La primera, que le acababa de dar una explicación inventada, que no era la verdad y que no quería, no podía o no debía compartir lo que realmente sabía sobre el robo. La segunda y la que más le preocupaba, que la despedida aparentaba ser más un hasta siempre, que un adiós.

La emoción erizó su vello. No quiso dar crédito a la intuición que tuvo, prefirió tenerla por errónea y no confiar en el tremendo sentimiento que le venía en puntuales ocasiones.

La verdad se encontraba aún más alejada de cuando entró en la suite de Rizzato. La oscuridad, no por culpa de las cortinas, era aún más fuerte, más poderosa, más envolvente.

20

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del robo.

Marguerita se preguntaba por la necesidad de dar tanto rodeo a la historia.

Renato arrancó explicando desde un punto que en el que ella no entendía de qué le podía servir, sino fuera para aumentar el ego del narrador. La practicidad y el pragmatismo eran los carriles por donde viajaba su vida. Necesitaba reuniones cortas y breves. No eran dos sinónimos, era para que sus colaboradores no perdieran el tiempo en rodeos inútiles o en detalles superfluos. Era un rottweiler, directa, despiadada, con una trayectoria profesional entechada, con una sola cicatriz, un borrón que se llamaba: “El plan Mónaco”.

Era conocida por su apodo, Rottweiler De Angelis. No por nada, simplemente porque cuando mordía su presa, no la soltaba hasta conseguir lo que necesitaba. De la misma forma era con su equipo: respetuosa, pero implacable. Si Renato hubiese sido un miembro de su equipo, la reunión habría durado cinco minutos, y no tres horas, con el riesgo de que siguiera también después de cenar. Sin embargo, ese era el precio por querer saber el pasado, para entender el presente y adelantarse al futuro.

La mujer disimuladamente miraba de reojo a Bruno, al bello italiano que despertaba unos calores mediterráneos en su interior. Fingía observar al fuego que calentaba la triste noche de recuerdos, pero miraba al hombre que la había llevado hasta la mansión Rizzato. Se cuestionaba qué hacía allí, hasta dónde llegaría esa historia y, sobre todo, ¿tenía que ahogar lo que estaba empezando a sentir? Aunque Bruno se quedaba todo el tiempo callado dejando hablar el narrador, le encantaba sentirlo a su lado, sin más, simplemente saber que estaba allí. Asustada por sus emociones, hundidas en la caja de los recuerdos desde hacía demasiado tiempo. Sorprendida por volver a sentirlas porque, a pesar de su ausencia, no había perdido la facultad de tocar la esfera invisible de los sentimientos.

—Lo bueno vino en nuestro segundo viaje, allí comenzó la verdadera aventura y es donde también empieza la historia. Era el tres de octubre del mil novecientos noventa, varios meses después de nuestro primer viaje a la URSS. Rizzato siempre había sido un hombre ingenioso en marketing y un gran amante de los coches, en particular tenía una fuerte debilidad por los Alfa Romeo. Se le ocurrió de llevarse un Alfa Romeo a Rusia para exponerlo en la feria. Era un modelo Giulietta del 1963, con barras en su interior, asientos Sparco y preparado para Rally.

—Hicimos una caja de madera a medida y la enviamos con un camión un mes antes. La caja y el envío nos costó más que el coche. Fue una locura, pero dio sus resultados. Preparamos toda la exposición con suma dedicación, queríamos que fuera algo excepcional. Nos llevamos unas azafatas italianas que hablaban inglés y ruso, muestrarios de nuestras últimas colecciones y las clásicas, pancartas como para tapizar media Moscú. Metimos todo en un contenedor y lo enviamos junto al coche. El stand quedó increíble, uno de los más bonitos que hicimos y el más visitado de la feria. Tuvimos tanto éxito que ni los políticos rusos se lo creyeron. Rizzato era el nuevo Marco Polo del textil. Con su traje cruzado gris de lana, pañuelo y corbata, representaba el perfecto dandi del viejo continente. El stand era tan grande que cabía dentro el Alfa Romeo. Todos los días, a la misma hora, para deleitar a los rusos con la acústica italiana, ponía en marcha el coche de rally. Durante esos pocos minutos, la feria se paralizaba, la gente se acumulaba y se peleaban para ver el “Show de Rizzato”. Era descomunal, Bruno, ¡te hubiera encantado! ¡Qué tiempos y qué recuerdos!

—Me lo imagino, Renato, habría disfrutado viviéndolo con vosotros.

—El coche tardaba unos segundos antes de arrancar. El tiempo justo para que la bomba de gasolina empujase e inyectase el carburante en los cuatro cilindros potenciados. La expectación era alta el primer día, sin embargo, el resto de los días, cuando ya sabían qué sucedería con la puesta en marcha, comenzaba la locura para escuchar la orquestra. El tubo de escape libre, sin silenciador, para carreras, emitía un trueno celestial. La lluvia de flashes hacía brillar aún más la roja carrocería con adhesivos de nuestra empresa. Cuánto más aceleraba Rizzato, más se entusiasmaba todo el pabellón por la nave espacial italiana que aterrizó en los corazones rusos. Fueron unos momentos únicos —finalizó Renato melancólico.

—Es decir, que Rizzato llevó el primer Alfa Romeo de rally a Moscú —confirmó Bruno

—Exacto, aunque ya había Alfa Romeos en Rusia. Además,

intentamos convencer a los diplomáticos que dieran una vuelta con el coche por la plaza roja que se encontraba a pocos centenares de metros, pero entre gestiones y compromisos, las guardias rojas no se lo permitieron. Nos quedamos con las ganas —dijo riendo.

El whisky calentaba la garganta del "consigliere" y confería el gran poder de evocar los lejanos detalles escondidos bajo dedos de polvo temporal. Bruno vivía el viaje cómodamente sentado en el viejo sillón.

—Nuestra historia cambió la última vez que Rizzato puso en marcha el Alfa Romeo, si no lo hubiese llevado, no estaríamos hablando aquí ahora. El último día se acercó un hombre enigmático, con una cámara de fotos colgada del cuello. Se llamaba Eugeni Minin, un reportero de la Pravda, el único medio informativo ruso. Era un funcionario. Le caímos en gracia, era un amante de los Alfa Romeos. Tenía contactos en todos los rincones del Estado. Nos abrió las puertas de los campus universitarios y del ejército, en estos montamos tiendas de nuestras colecciones más clásicas. Los militares realizaban deporte con la misma ropa mimética, sin un atuendo deportivo. Vendimos lo que quisimos y el Estado nos pagaba con papel, trenes de bobinas que revendíamos a las fábricas más conocidas de Italia. Rizzato hizo tanto dinero como para cubrir el Kremlin con billetes. ¡No os podéis imaginar! ¿Pero sabéis el contacto más sorprendente cuál fue? ¡Vino por el Alfa Romeo de la feria! Nos señaló un coche excepcional en Kiev —dijo Renato cubierto de piel de pollo, entrando ya en el núcleo de la historia.

Marguerita, entendiendo que ya se acercaba la parte que quería, se acomodó en el sillón por si por fin empezaba la parte de la historia que quería escuchar.

—Eugeni nos dijo que había oído que en Kiev había un coche rarísimo de carreras que iba arrastrado por unos animales debido a la faltaba del motor. El rarísimo Auto Union de Nuvolari. ¿Os dais cuenta? Descubrimos la pista del Santo Grial de los coches de carreras, perdido en el mapa del tiempo, dándonos a entender que podíamos haberlo encontrado. En aquel momento, cuando el fotógrafo de la Pravda nos dijo eso, el interés que teníamos en Rusia cambió por completo. El Marco Polo del textil podía estar detrás de las pistas más codiciadas de Rusia. Así que cogimos un avión y fuimos Kiev.

—Señores, está la cena servida en la mesa, pueden venir cuando quieran —dijo el chef de la mansión, cortando la historia.

21

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del robo.

Una pizca de luz entró en la sala de control.

No era atribuible a que alguien encendiera las luces, ni siquiera abrieron una ventana, ya que no había, sino porque Marguerita tuvo una visión, una intuición de gato viejo. Un golpe de efecto, un truco de magia de alto nivel. Se sintió una colegiala a la salida de las aulas. Una distracción del mago en la mano derecha para realizar el truco con la izquierda. Un espejismo de ilusionista, de alto nivel y todos ellos cayeron en su red. La primera pregunta que se hacía era: ¿quién era el mago? ¿El artífice de aquello? Y, sobre todo, ¿qué le esperaba en los próximos días? ¿Los trucos se habían acabado? ¿O le esperaba alguno más?

La luz que aportó la mujer no fue suficiente para relajar los ánimos y bajar la tensión que se respiraba en la sala. El truco de magia les ponía en evidencia, casi exponiéndoles al patíbulo, a la humillación pública o, peor aún, a la de su propio gremio.

—¿Alguien puede decirme cómo demonios ha sucedido todo esto? —Entraba furioso en la sala Taylor O'Connor, el dueño de la subasta y que llevaba su nombre—. Me voy unas horas y ocurren dos robos. ¿Sois conscientes de las consecuencias que traerá esto…? ¿Para todos? —concluyó señalando tanto a Morel como a Marguerita.

—Tranquilízate, Taylor, Marguerita y yo estamos intentando averiguarlo —dijo el director del gran premio.

—¿Qué me tranquilice? Nos han robado un coche de cincuenta millones de dólares. ¿Sois consciente de ello? —esputó Taylor—. ¿Sabemos por lo menos quién ha sido y cómo?

—Lo estamos investigando, Taylor, no te podemos decir nada en concreto, solo suposiciones —intervino la mujer.

—¡O sea, que no sabéis nada!

La puerta estaba abierta y la conversación acalorada salía de la sala de control. Por el pasillo, escuchando, apareció Bruno Malatesta.

Se detuvo a una distancia prudencial, para que no lo vieran y no alterar la incómoda conversación que se estaba produciendo.

—¿Nos damos cuenta de que casi nos roban el cuadro y que ha desaparecido el Auto Union?—continua Taylor—. Somos el hazmerreír en estos momentos, toda la prensa digital se hace eco de esto.

—Estamos controlando las cámaras de vigilancia. Te prometo que llegaremos a averiguarlo —dijo Marguerita y sigue—: Hay algo más. Creo que puede tener relación con la muerte de un empleado tuyo, Calogero Ragusa.

El subastero se extrañó.

—Sí, es una desgracia lo del pobre Calogero, era una gran persona. La gendarmería está investigando. ¿Por qué crees que puede tener algo que ver ?—preguntó cambiando tercio, siendo compasivo con el trabajador muerto en circunstancias violentas.

—Consideramos que podía haber descubierto algo y lo han callado. Pero son solo conjeturas… —dijo la mujer.

Bruno, desde la distancia, observaba la escena, la manera en cómo se tuteaban Marguerita y Taylor. Sentía que era el resultado de algo más, de algo que podía haber sucedido hacía mucho tiempo.

—Pienso que lo mejor es anular la subasta —propuso Marguerita.

—Ni hablar —respondió tajante Taylor

—Esperemos que la policía encuentre el coche, siguen la pista del localizador, yo creo que lo encontrarán en menos tiempo del que creemos. Confío en nuestra gendarmería —contestó Morel.

—Es prematuro anular la subasta, esperemos el resultado de la búsqueda. Pero tenemos que retirar los coches del palco, hay que guardarlos en la local que sabemos. Aun así, esta información no puede salir de nosotros, solo los empleados de la subasta y los de seguridad —concluyó—. Marguerita, por favor, mantenme informado. Subo a mi habitación, tengo muchos accionistas que tranquilizar.

El hombre, después de repartir instrucciones, salió de la habitación. Pasó por delante de Bruno, le lanzó una mirada por encima del hombro y desapareció de su visión sin cambiar una palabra con él.

Morel y Marguerita se miraron a la cara una vez que el hombre salió de la sala. Se sentían los peones que tenían que arreglar la situación, arremangarse y ocuparse del tema.

—¿Realmente crees que la Gendarmería conseguirá encontrarlo? —preguntó Marguerita.

El francés iba a contestar cuando la mujer lo interrumpió sin darle la posibilidad de responder.

—Da igual, era una pregunta retórica. Raphael, ocúpate de desalojar los coches del palco. Llama a los camiones de seguridad y

que metan los vehículos en el local vigilado. Ya veremos qué hacemos con la subasta —indicó la mujer, moviendo su mano derecha—. Después, quiero que busques todos los ladrones que estén relacionados con robos de coches muy caros, piezas únicas o cuadros de Tronksy. Luego amplias el radio a coleccionistas que han pujado por estos artistas o personas que en varias subastas puedan haber comprado coches únicos. ¿Me sigues?

—Sí, jefa.

—Muy bien. ¡Pues ya tardas! Con cualquier novedad, hablamos. Yo me quedo aquí a revisar unos detalles de las cámaras.

—¿Jefa? Acuérdate que tienes el móvil sin batería, en caso contrario no podré llamarte —le dijo Raphael saliendo por la puerta.

La mujer asintió sacando del bolso un cargador y conectando el aparato a la toma de corriente.

Morel se despidió de la mujer, dirección a la base del gran premio, recalcando que le fuera informando de los avances. Al salir este de la sala de control, entraba Bruno. Ella lo miró y él se acercó. Chocaron sus visiones y él le dijo cogiéndole cariñosamente el brazo:

—¿Cómo estás?

—Da igual. ¡Siéntate! Tenemos mucho trabajo.

* * *

La pequeña sala había sido escenario del encontronazo inevitable.

Los empleados del hotel, pegados a la decena de pantallas que tapizaban la pared, escucharon sin quitar atención a sus tareas. Incómodos, pero callados, como meros espectadores accidentales. Seguían inmutables, con las orejas giradas hacia atrás, como los caballos enfurecidos.

Marguerita necesitaba respuestas, su honorabilidad estaba sobre el tablero de ajedrez y la partida acababa de iniciarse. No era consciente de que tener a Bruno en su investigación sería un as en la manga. Pero pronto se daría cuenta.

Los primeros movimientos los realizaron los ladrones. Marguerita y Bruno iban a remolque, necesitarían entender muchas cosas antes de

poder anticiparlos. Aunque nadie les daba la certeza de tener éxito en una investigación tan amplia e intrincada.

—¿Podemos ver la grabación momentos antes del robo del cuadro? —preguntó el italiano a la mujer.

—Por favor, ¿te importa rebobinar hasta esos instantes? —pidió la mujer al hombre delante de los monitores.

Bruno se giró, y mirando a la investigadora, le dijo:

—Los detalles son la clave. Todos dejan detalles por el camino, como migas involuntarias.

El corpulento hombre de los monitores, vestido con su traje y corbata, uniforme del hotel, rescató las imágenes.

—Genial, ahora rebobina hasta el momento en el que volvemos a tener imagen —ordena la mujer.

—Señora, si me permite, la grabación continuó, en cambio, es la imagen la que inexplicablemente desaparece. Es decir, la imagen no llega, por lo tanto, no se graba. Pero si se fija, el tiempo pasa —le dijo el responsable de los monitores.

La imagen se reanuda justo antes de que el gorila apareciera por el pasillo. Acto seguido, se coloca delante de la puerta, comunica por radio y entra en la sala de las obras de arte.

—Ahora rebobina hasta antes del momento que desaparece la imagen —dijo Bruno

Le operador ejecuta y en la imagen aparece el gorila delante de la puerta. Después acerca la mano a la oreja como si estuviera recibiendo un mensaje del pinganillo y sale del plano corriendo, dejando la puerta desatendida, sin vigilancia. A los diez segundos la visión desaparece.

—Ya está, aquí desaparece la imagen —dijo el operador.

—Espera, tiene que haber algo, rebobina hasta el momento en el que se va el hombre de seguridad —dijo Bruno

El operador lo hizo, le dio al play y el gorila desapareció otra vez del plano.

—¡Para la imagen! Ahora avanza en ralentí, lo más lento que puedas —pidió el italiano.

La imagen avanzaba lentamente, los diez segundos se convirtieron en minutos sin ver ningún detalle.

—¿Qué buscamos? —preguntó la mujer.

—Espera —le dijo Bruno y, en cuanto acabó de hablar, sucedió la magia. La imagen comenzó a vibrar, como si hubiese habido un terremoto. Luego a descomponerse en un juego de líneas horizontales grises distorsionado, seccionando la imagen hasta perderla por completo, como si la recepción se hubiera perdido, como si un mono se hubiese colgado de la antena. Después, la imagen negra, plana, sin vida, el negro más absoluto. Como la reacción de los espectadores,

silenciosos como si acaban de encontrar el “fallo en Matrix”.

—Guau… ¿qué era eso? Con tu experiencia, ¿cómo lo podrías explicar? —dijo Marguerita al operador.

—Jamás he visto algo similar. Es como si hubiéramos perdido la señal, pero es imposible.

—Pues aquí tenemos la prueba de que es posible —contestó Bruno —. ¡OK! Ahora volvamos a las grabaciones que Marguerita te ha entregado de las cámaras de seguridad del palco de los coches.

El operador extrajo un pen USB y lo introdujo en una ranura a la derecha de la consola. Apretó unos botones y en la pantalla central se vieron las grabaciones.

—Genial, ahora deberías hacer lo mismo con esta cámara. Avanza hasta momentos antes de que desaparezca la imagen y luego en ralentí —indicó Bruno.

El operador así lo hizo y, justo antes de que la imagen desapareciera, el mismo efecto anterior se reprodujo como por arte de magia. La visión comenzó a vibrar, se distorsionó y, finalmente, desapareció.

—¡BINGO! —exclamó Marguerita estupefacta—. Ya tenemos la prueba de que están relacionados los dos robos. Pero ¿qué será lo que provoca eso? ¿Qué tecnología? —se preguntó la mujer.

—Puede que sea algún tipo de inhibidor —opinó el operador.

—¿CÓMO? —gritan al unísono Marguerita y Bruno.

—Creo que alguna vez lo he visto en AliExpress, un inhibidor de ondas de móviles, como los que usan en los edificios institucionales para evitar detonaciones de bombas a distancia. A lo mejor existen para las cámaras de circuito cerrado. ¡No sé, digo yo!

—No sé, pero me parece una tecnología muy puntera, ¿no crees? —preguntó Marguerita.

—Para robar un coche de cincuenta millones de euros, nada me parece demasiado puntero —contestó Bruno—. Sabes, me ha venido una idea…

—¿Tengo que temblar?

—Tú no, pero alguien más sí. Creo que tendremos que hacer una visita a tus amigos del Hotel Andretti.

—¿Mis amigos? ¿Por qué deberían ser amigos míos? Serán tuyos —contestó Marguerita.

La mujer agradeció la colaboración del operador y, junto a Bruno, salió de la sala de control del hotel Palace, dejando una estela del perfume parisino que aliñaba el carácter de la cazarrecompensas.

22

Comisaría de la Gendarmeríe, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del robo.

El punto rojo parpadeaba sin cesar en el monitor.

Los ojos del jefe de policía lo observaban fijamente, se preguntaba qué era, qué había detrás de la mancha roja. La silueta del jefe se reflejaba en el monitor, lo vigilaba compulsivamente, casi con obsesión. Era como un rey herido, por culpa de un ejército misterioso y silencioso que expugnó su feudo. La mancha rojiza aplastaba su espalda, igual que a su carrera. El poco o casi nulo crecimiento personal del jefe le estaba llevando a una total obcecación, a un callejón mental sin salida.

El punto rojo parpadeaba en su retina con la misma fuerza que lo hacía el sentimiento de venganza, pero, sobre todo, le obsesionaba conseguir la última medalla antes de su jubilación dorada.

—Jefe, el comisario de policía de Marsella al teléfono, en su despacho —interrumpió un agente el diálogo interno que Jeremy estaba teniendo con el punto rojo.

Se despegó del monitor y se dirigió hacia su despacho. La oficina central era un bullicio, los últimos sucesos ocurridos en Mónaco sacudieron todos los estamentos. Muchas personas de las altas esferas movieron los hilos necesarios para que se solucionara lo antes posible, para intentar contener la avalancha de críticas. Las mismas que generaban ridículo y vergüenza. Estos hilos llegaron hasta la comisaría, alborotándola como un palo que golpea un nido de avispas.

—¿Sí? —preguntó al levantar el aparato.

—¿*Monsier* Dubois?

—*Oui, se mua*. ¿Con quién hablo?

—Olivier Morin, comisario general de Marsella. Hemos recibido su petición. Y estamos ya disponiendo un bloqueo en la barrera sur de Aix en Provence. ¿Me puede indicar qué ha pasado y qué buscamos en concreto?

—Mónaco ha sufrido un importante robo, una expoliación de su dignidad. El coche más caro del mundo. Necesitamos encontrarlo sí o

sí. Creemos que va en por la "*autorute*" dirección España. Si llega a la Junquera, estamos muertos.

—*Ohh lala, c'est bien*. No se preocupe, esta operación tiene la prioridad absoluta. Calculamos que en treinta minutos el vehículo aparecerá por la barrera del peaje.

—Excelente, confío en usted. Pienso que podré estar allí para esa hora.

—De acuerdo. Pero, Dubois, eso es imposible, son muchos kilómetros. ¿Cómo piensa llegar?

—No se preocupe, estaré allí para cuando llegue el vehículo, les quiero poner personalmente las esposas a esos cabrones. *Au revoir* —se despidió Dubois colgando el teléfono.

«Los tengo», se dijo el jefe con las palpitaciones tan fuertes que casi le sale el corazón por la caja torácica.

La policía de Marsella, la delegación por donde pasaba el punto rojo, desplegó todas las unidades a disposición a la salida del peaje. Era la operación más grande después de los atropellos en el paseo marítimo de Canes.

Unidades motorizadas, camionetas antidisturbios, coches patrullas por la autopista, antes de la barrera y después para evitar posibles huidas. Coches de paisano entre los vehículos que iban hacia la barrera, motocicletas, hombres con fusiles de asalto y cadenas de pinchos para los neumáticos, todo para detener el robo del siglo. Los ciento setenta kilómetros que separaban Mónaco con Aix en Provence se recorrían rápido. Pudieron escapar, pero al contrario de todo pronóstico, el punto rojo avanzaba a una velocidad anormalmente reducida. Eso provocaba muchas preguntas en los policías. Tenía que ser una táctica, disimular la huida, para no levantar sospechas. Fuese lo que fuese, estaban preparados ante cualquier situación.

El jefe de policía de Mónaco salió de la comisaría con su coche de patrulla, a toda velocidad con las sirenas a la máxima intensidad, hacia el puerto. El coche recorría las calles del Principado al límite de sus prestaciones. Serpenteaba entre los vehículos de lujo que, ignorantes de lo que estaba pasando, se quedaban sorprendidos de ver el espectáculo como en una película de acción. El jefe incitaba al agente a apurar el coche para llegar lo antes posible, invadiendo líneas continuas y saltándose semáforos.

El tiempo era importante, todo segundo que ganaban era determinante a la hora de llegar al paso del punto rojo por la barrera. Era indiscutible, el ego del jefe cogió las riendas de la situación y él la gestionaba.

«Cuando sube la emoción, baja la inteligencia». La poca que podía tener en el día a día había sido eclipsada por la frenética carrera del

ego hacia el éxito. El coche oscilaba como un barco por las curvas en bajada, recorrían justo las mismas carreteras que en pocas horas serían cortadas para el gran premio de Fórmula Uno.

La aparatosa carrera era hacia una zona muy concreta del puerto. Allí se acabó. Estacionaron chirriando los neumáticos al lado de un helicóptero que estaba esperando al jefe. Este se catapultó fuera del auto, se acercó al aparato agachando la cabeza y subió. El piloto le indicó que se abrochara el cinturón y se colocara los cascos.

—Arranca, arranca —es lo primero que dice Jeremy.

La aeronave despegó enseguida, cogiendo altura en el mismo puerto y pasando por encima del Principado. Todo se empequeñecía rápidamente, los barcos enormes, luego el puerto, luego el Principado. En poco estarían ya en Cannes.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó el jefe gritando con el ruido de los motores de fondo.

—Estaremos en el punto indicado en diez minutos, máximo doce dependiendo del viento —respondió el piloto.

—Dale caña.

Lo tenía.

Llegaría antes que el punto rojo, el vehículo no identificado. La opción del helicóptero nunca la había usado, pero esa era la ocasión perfecta. Las casas minúsculas pasaban rápido. Las concurridas arterias de la Costa Azul estaban repletas de hormigas que las recorrían. Desde arriba se sentía lo que era, un ser superior. Acostumbrado a conducir sesenta años por las carreteras como una hormiga más, allí era otra cosa. Ese viaje era un regalo, aunque él no se daba cuenta, Jeremy solo pensaba en atrapar el vehículo, los ladrones, no estaba disfrutando del vuelo, del proceso. El jefe nunca disfrutó del camino, para él exclusivamente existía el resultado y era lo único que sabía saborear.

Faltaba poco por llegar, desde esa espeluznante altura, todo pasaba más rápido. El GPS indicaba el punto rojo, estaban encima, pero no veía el coche gris que le habían descrito, todo normal. No sabía distinguir el Auto Union. La Aeronave cambió de rumbo, según las indicaciones del jefe. Debajo únicamente circulaban un río de autos y un tráiler. Entonces entendió que el coche más caro del mundo, el punto rojo que parpadeaba en su monitor en comisaría, se encontraba dentro de ese tráiler blanco. Un camión sin publicidad, discreto, perfecto. Debía ser él, ahora sí, ya lo tenía.

23

Era mediodía en Mónaco.

Los preparativos del Gran Premio se empezaban a ver, las barreras para cerrar el circuito urbano estaban siendo colocadas por los empleados del ayuntamiento. El aire efervescente del verano primerizo se notaba. El sol, casi perpendicular sobre el Principado, calentaba el camino en subida que Marguerita y el bello italiano realizaban. Optaron por caminar, las trazas de resaca aún en el cuerpo se combatían con ejercicio y con café. De cafeína ya tenían las venas saturadas y también de sorpresas, con la diferencia de que café ya no tomarían, pero de asombros seguirían bien servidos.

—¿Qué esperas encontrar en el Hotel Andretti? —preguntó la mujer

—Detalles, los matices que los asesinos dejan sin darse cuenta. Manchas, rastros involuntarios y casi invisibles.

Los dos se encontraban de camino hacia el establecimiento cuando les pasó por encima un helicóptero que acababa de despegar del puerto.

Lo miraron y le siguieron hasta desaparecer.

—¿Conoces a alguien que domine la informática? —preguntó él.

—Verónica, es nativa digital. ¿Por qué?

—Creo que la necesitaremos, ¿le puedes decir que venga al hotel?

Marguerita agarró su móvil con la batería recargada parcialmente, la llamó y pidió su presencia en el hotel lo antes posible.

Bruno tenía una sospecha. La verdad estaba detrás de la esquina, aunque costaría sacarla. Necesitaban personas con capacidades para iluminar la oscuridad, allá donde se escondían las pistas del asesino. Además, tenía en su interior una lucha, sentía una necesidad de explicarle una sensación extraña que había sentido esa misma mañana, pero dudaba en compartirla. El miedo a la incomprensión, el temor a ser tomado como un loco, lo frenaba. Seguramente, la atracción que tenía hacia la mujer incidía sobremanera. Tenía miedo a ser considerado un bicho raro, demencial, un lunático, un exhibicionista o incluso un ególatra. Lo que sentía en ocasiones no era sencillo de explicar, sin embargo, en la tesitura en la que se

encontraban, probablemente necesitaba compartirla con la cazarrecompensas. Pero aún no era el momento.

Entraron en el hotel preguntando a la recepción por el director. Este se acordaba de Bruno. Le explicaron que ella era del seguro de la casa de subastas.

—¿Se ha enterado del suceso? —preguntó la mujer al director.

Este los apartó de la recepción para seguir hablando en una zona más reservada.

—Sí, ¿estáis investigando? —inquirió el director.

—Efectivamente, no puedo darle más datos por temas de confidencialidad, pero necesitaríamos su ayuda —contestó la mujer.

—Claro, lo que necesitéis.

—¿Podríamos acceder a las cámaras de seguridad? Queremos controlar las grabaciones de la noche de la muerte de Calogero Ragusa —pidió la mujer.

—Y también necesitaríamos un listado de huéspedes la noche del asesinato y la de hoy —dijo Bruno, añadiendo después de pensar un momento—: …Y si nos pudiera identificar a los empleados de la casa de subastas, se lo agradeceríamos enormemente.

—Claro, os acompaño al despacho donde guardamos las grabaciones y os llevo los listados. —Recorren varios metros y añade —: aquí está el ordenador, vosotros mismos. Ahora vuelvo con los listados.

Marguerita se sentó delante la pantalla y comenzó a rebobinar hasta las dos noches anteriores.

El “despacho” era en realidad un cuarto de escobas. El ordenador se encontraba apoyado en una mesa de tablero compensado, reciclada de otro lugar. Justo al lado guardaban los productos de limpieza y una estantería llena de trastos obsoletos y mugrientos de polvo.

La sensación que tenía Bruno era de que formaban un buen equipo de investigación. Se quedó a sus espaldas.

La energía de la mujer, a pesar de que tenía más años, le gustaba, se sentía cómodo. Mientras ella se encontraba sentada, observando el monitor, buscando el momento que necesitaba, Bruno la miraba, como si estuviese escaneando su alma, su interior.

Los productos de limpieza desaparecieron, la estancia se esfumó, solo quedaba ella, la mujer interesante que encontró, de gestos gentiles pero determinada. El perfume parisino volvió a solicitar las neuronas de su nariz, en un acto involuntario. Sintió su cuerpo desnudo contra el suyo, en la cama, revueltos en las sábanas, vibrando al mismo nivel, percibía su amor invadido por la atracción. Las caricias por la piel húmeda. La imagen era clara. ¿Era solamente una intuición, o un deseo de que sucediese? Se sintió confundido. El rojizo

vello de la mujer excitaba al guapo italiano. El mundo desapareció. Su mundo era solo esa visión, esa premonición, ese deseo de que sucediese.

—Mira es aquí —interrumpió el momento catártico del italiano.

Bruno aterrizó de su viaje sensorial, apareció otra vez en el cuartucho de las escobas en compañía de la mujer.

Carraspeó la voz.

—Muy bien, vayamos a la cámara que enfoca justo el pasillo.

—Sí, la estoy buscando. —Silencio—. Aquí la tenemos.

La imagen, como se esperaban, a la hora de la muerte, desapareció dejando sin grabaciones el pasillo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó la mujer

—¡Exacto! Vamos a mirar los segundos antes de que nos quedemos sin imagen.

La mujer retrocedió y avanzó en ralentí. La imagen empezó a vibrar, a sobreponerse, a crear líneas horizontales que distorsionaban el vídeo hasta desaparecer completamente.

—¡Vaccaboia! Lo tenemos, ves esos detalles que el asesino inevitablemente deja, solo es cuestión de dónde buscar.

—Ya sabemos que hay una clarísima relación entre los robos y el asesinato de Ragusa —concluyó la mujer y se giró encontrándose a Bruno apoyado con las manos a la mesa y a la misma altura de sus ojos.

Los dos se miraron felices por hallar la primera pista válida. Sus ojos se contemplaron intensamente, los de él se quedaron atrapados en el verde esmeralda de la mujer.

Vino el silencio.

Se miraron, fijamente, las chispas saltaron en el aire. Pasaron los segundos, incapaces de hacer nada más, como colegiales en la primera cita. Bruno, tímidamente se acercó al rostro de la mujer, milímetros, casi imperceptible, mirándole los labios; ella se quedó inmóvil, como incitándole a seguir. Avanzó, hasta casi estar a pocos centímetros de juntar sus labios en ese beso que deseaban hacía ya muchas horas. La emoción subió como las palpitaciones de Bruno. Tan fuertes que retumbaban en la pequeña habitación. Tan fuertes que la mujer podía escucharlas si no hubiera estado tan concentrada en desear tocar los labios del hombre que irrumpió en su vida controlada. Bruno siguió avanzando como en cámara lenta y cerró los ojos, confiando que el resto saldría solo.

—Aquí los tenéis. —Entró el director pulverizando el mágico momento que se había creado con tanta pasión—. ¡Uy, perdón! ¿Vengo en otro momento?

—No, no, pase, por favor, no se preocupe —contestó Marguerita.

—De acuerdo. Los dos listados con los trabajadores de la casa de subasta subrayados en fosforito. ¿Necesitáis lago más?

Bruno, decepcionado por el momento fallido, se quedó callado, casi sin aliento por el fracaso que acababa de tener. La mujer reaccionó más fríamente y contestó enseguida.

—Necesitamos las copias de las grabaciones.

—Sin problema, podéis hacer las copias. Tengo que volver a la recepción, son días completos.

El director se retiró dejando los informes.

—Marguerita… —dijo Bruno

—No hace falta que añadas nada, no ha sido nada eso, tranquilo. —Desviando la atención, ahogando sus propios sentimientos, incapaz de aceptar lo que acababa de suceder y, más importante, avergonzada por lo mismo que deseaba.

Bruno se quedó sin palabras, lo único que le salía espontáneo era el sosiego.

Pasado el momento embarazoso, se pusieron a revisar los listados y comprobaron todas las otras cámaras del hotel, antes y después del homicidio. Marguerita conocía prácticamente a todos los empleados, sabía quién eran por los nombres y las caras, debido a todos los años que colaboraban. Nada le llamó la atención. Cuando le sonó el celular, era Vero, que estaba en la puerta. Le indicó dónde encontrarla y entró al cuarto.

La chica era una joven, de veinte años, rubia, con unos ojos de hielo. Lista como una *hiena ridens* y veloz como un *hiperloop*. Vestía con tejano negro y sudadera ancha. Tenía que ser muy delgada, sin embargo, su vestimenta no lo parecía. Se presentaba con una mochila y un maletín de herramientas, masticando un chicle.

—Hola, Vero, te presento a Bruno.

—Hola, Bruno.

—Bonita sudadera, ¿es una Drew de Justin Bieber? —preguntó él.

—Síííí, ¿cómo lo sabes? —exclamó contenta por encontrar alguien con un poco de gusto en medio de tantos estirados con traje.

—Vero, dejemos las discusiones sobre… moda para otro momento —dijo Marguerita aún molesta por la interrupción—. Necesito que me hagas una copia de estas grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel. Desde la mañana del martes hasta ahora. ¿Entendido?

—Sí, jefa —contestó tajante—… ¿Y qué más?

—Necesito que me hagas un San Diego en la habitación 224.

—¿Estás segura? —inquirió sorprendida la chica.

—¡Segurísima!

—Va a quedar muy mal.

—Lo sé, pero tranquila, se encargarán los de finanzas de la empresa en cubrir lo que haga falta. Sabes cómo me gustan los San

Diegos. ¡Confío en ti, es muy importante! —concluyó Marguerita.

La mujer cedió la silla a la chica, cogió las hojas que le entregó el director y se salió de la habitación. Bruno la siguió. deteniéndose fuera del hotel.

—¿Ahora a dónde vamos? —preguntó Bruno

—Necesitamos hablar con Taylor, hay algo que no me cuadra.

—Marguerita, ¿qué es un San Diego?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Claro que quiero, es más, lo necesito saber.

—Es un código interno nuestro, es como decir… coge la habitación y dale la vuelta como un calcetín. ¿Te acuerdas de esos programas que enseñan las aduanas o las fronteras? ¿Cuando paran a un coche sospechoso y lo desmontan entero? Pues eso es un San Diego. Vero desarmará toda la habitación, tornillo por tornillo, placa por placa, hasta dejarla como cuando vinieron los paletas. Si hay algo en esa habitación, Vero lo encontrará.

—Vaccaboia, creo que Dubois se pondrá contento.

—Ese es un cretino, ¡que se vaya al cuerno! Lo nuestro es mucho más importante que ese engreído —contestó ella.

—Tengo algo que decirte, Marguerita. —Cambió Bruno de tercio.

—No, no te preocupes por lo de antes, no pasa nada.

—No, no es eso. Quiero decirte algo y no sé cómo —contestó Bruno girándose, dándole la espalda como si se avergonzase de lo que le iba a decir.

—¿Qué te pasa, Bruno?

—A ver cómo te lo digo —dijo mientras la mujer se volvía a colocar delante de él. El italiano suspiró—. Noto cosas. Siento premoniciones, es como un sexto sentido. No me pasa siempre, solo a veces.

La mujer lo miró anonadada, sin dar mucho crédito a lo que decía, casi asustada.

—En ocasiones veo y siento cosas. Me ha pasado de pequeño, de adolescente, hace unos años, en ocasiones de un asesinato. ¿Y sabes lo peor de todo esto, Marguerita…? Que mi sexto sentido suele tener razón.

A la mujer, viendo la seriedad de Bruno y la importancia de la situación, le pasó una corriente eléctrica por la espina dorsal. A pesar de asustarse, le preguntó—: ¿Y qué has sentido?

—Encima del palco, junto a los coches, sentí una fuerza inexplicable, una presencia incomprensible. Algo que va en contra de lo que dice Rizzato.

24

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del robo.

La cena estaba servida.

El olor de las viandas acompañaba el trayecto desde la sala de estar hasta el comedor. Bruno, antes de dirigirse a comer, puso más troncos de leña en la chimenea, para que cuando volviesen para seguir con la historia, el fuego continuaría vivo entregando calor a la habitación.

La visita a la mansión se convirtió en toda una sorpresa en varios aspectos. La idea que tenía era que no terminarían allí, sino que tan solo acababa de empezar.

El corto pasillo que unía las dos estancias era frío, se notaba el cambio de temperatura que proporcionaba la chimenea. La mujer, vestida ligera, con una camisa y una blusa de media estación, fue recorrida por un escalofrío que le atravesó el delgado cuerpo. Le resultaba agradable la casa en la que se encontraba, aunque era más de ciudad. Su ático lujoso en Lucerna, en plena Suiza, con vistas al lago, no lo hubiera cambiado para nada al mundo. Tenía una vida muy acomodada, de mucho trabajo, pero repleta de comodidades.

Renato luchaba con los efectos a largo término de la diabetes que lo acompañó por gran parte de su vida y de sus viajes. Era una compañera inseparable y autoinvitada. La ceguera comenzaba a tomar protagonismo y más consecuencias que no quería compartir con los demás, por no provocar embarazosas situaciones. «La vida ha sido muy generosa conmigo», solía decir. Con Rizzato vivió muchos años al más alto nivel, estaba dispuesto a pagar el precio que le puso el destino. La visita de Marguerita y Bruno era como agua de mayo para su ánima, a pesar de las noticias que traían.

El pasillo que estaban recorriendo tenía las paredes blancas y unas lámparas de hierro forjado coloreadas con tonalidades pastel. Seguía a los otros dos compañeros en silencio, mirando el suelo, con baldosas de terracota y mosaicos de piedras por los laterales, que adornaban la sobriedad campestre de la mansión.

El olor de la cena se apreciaba desde varios metros de distancia, como si el cocinero, para llamar los comensales, hubiese colocado un ventilador en la cocina.

La mesa estaba preparada. Era un mueble largo de seis metros, con una capacidad para unas quince o veinte personas. Sin embargo, esa noche era solo para los tres huéspedes. El mantel era blanco, liso y estaba perfectamente planchado. El mayordomo estaba erguido esperando a que entraran y se sentaran para servir la cena. Vestido con clase, pero a la vieja usanza, con traje y pajarita, así le gustaba a Rizzato. El mayordomo les indicó dónde sentarse e inicia a servir la cena.

El primer plato era un surtido de embutidos y quesos, principalmente de la región Emilia Romagna. En la tabla de madera, puesta en el centro, se encontraba la mortadela clásica, la mortadela trufada, el jamón de Parma y el salami con ajo. En la parte de los quesos, Parmigiano Reggiano, Pecorino y Gorgonzola.

De segundo plato, el chef Beppino, a pesar de tener raíces napolitanas, realizó una receta de la que sabía que Renato era particularmente amante: la pasta con la salsa Bolognese hecha por él.

El consigliere era un apasionado del plato originario de Bologna, su tierra. En el primer lugar, estaba la versión que hacía su abuela Giuseppina, el anclaje a la niñez era potente y ninguna otra receta podía destronarla. En el segundo, se encontraba la versión de Beppino, el querido cocinero de la familia Rizzato.

—Espero que disfruten —dijo el mayordomo mientras servía un extraordinario Lambrusco de la zona, recién descorchado.

—Así que, ¿os fuisteis a Kiev? —preguntó Bruno.

—En efecto —dijo Renato con la boca llena; tragó el manjar y siguió—: Cambiamos los billetes de regreso a Milano. El día después, cogimos un avión hacia la actual capital de Ucrania, que, por cierto, era otro Tupolev a hélices. Otra tragedia, pero llegamos. Eugeni Minin, el periodista de la Pravda, vino con nosotros. Él era nuestro interprete y el que nos enseñó la ciudad y nos presentó al dueño del coche. Bueno, de las reliquias, de lo que quedaba.

El consigliere disfrutaba explicando la historia, sin embargo, con igual o más gusto recibió el plato de pasta.

—Dile a Beppino que hoy está extraordinaria —comentó Renato al mayordomo.

El sirviente asintió con la cabeza y se dirigió hacia la cocina para referir el cumplido. La mujer no era entusiasta del menú, ya que era vegetariana. Sin embargo, era inteligente y educada, en esos casos, intentaba aguantarse y comer sin hacer un feo a los dueños de casa. A pesar de que el menú no encajaba con su ideología, estaba muy a gusto. Al fin y al cabo, había tenido razón Bruno, quedarse fue la

decisión más acertada, también porque la historia del Auto Union comenzaba a hacerse interesante, entrando en lo más vivo.

—El primer día, el periodista nos enseñó las zonas más interesantes de la ciudad y un par de locales nocturnos. El segundo, encontramos un general de la URSS que gestionaba una base militar en las afueras de Kiev. Tenía la necesidad de montar una tienda de ropa en el campus y otra en el centro de la triste y espectral capital, cerca de Chernóbil. El general y el periodista eran amigos y los negocios se hicieron rápido, es la consecuencia de tener colegas en los lugares adecuados. La amistad con el periodista le costó a Rizzato un Alfa Romeo. Es decir, la comisión de Eugeni para el contrato fue un modelo 1750 GT rojo, enviado hasta Moscú también en una caja de madera. Pero lo bueno vino el tercer día. Quedamos a media mañana en un lugar que no me acuerdo, a las afueras de Kiev. El contacto y seis matones esperaban al periodista, a mí y a Rizzato. Después de una fría bienvenida, nos cargaron en una extraña limusina con los cristales tintados. Nosotros íbamos todos detrás, casi apelotonados con dos matones, uno de copiloto y el resto en un todoterreno negro. Nos llevaron en algún sitio desconocido de la periferia de la capital. Parecía una película de Quentin Tarantino. Los ánimos eran cordiales, pero Rizzato y yo íbamos acojonados, Eugeni demostraba una cierta relajación hablando con los rusos. No me acababa de gustar dónde nos habíamos metido, pero ya estábamos allí y hacer algo o cambiar los planes de golpe habría creado solo problemas. Gian Paolo no se percató, pero a los matones se le marcaban en las americanas las armas de fuego. Me acordé de una situación parecida que vivimos en México, pero esa… es otra historia.

Los comensales seguían comiendo, los hombres pidieron una segunda ración de pasta, en cambio la mujer acabó la primera dejando de lado la mayor cantidad posible de carne.

—Llegamos a un camino de tierra, con gravilla, lleno de agujeros y charcos. El vehículo aparcó en medio de la campiña, en la nada. Nos podían haber matado, enterrado y jamás nos hubieran encontrado. Pero no fue así. El propietario del coche nos acompañó a un pajar destartalado, con puertas de madera llenas de agujeros, y el techo tenía toda las pinta de que podía caer en cualquier momento. Se trataba de una granja abandonada. Un matón abrió el candado de una enorme puerta de madera que se podía tumbar con una patada. El pajar era en realidad un enorme establo. En medio de gallinas, un burro y una vaca, como en un pesebre. Encima de paja seca, estaba él, el Santo Grial de los coches de carrera, el Auto Union de Nuvolari, el número CMC M-043 modelo “Typ D”. Rizzato no se lo podía creer.

Estaba sucio, lleno de excrementos de gallinas y de pájaros. Los neumáticos deshinchados, sin presión. Lo que quedaba del asiento eran pedazos de cuero sucio y la estructura de hierro con muelles. El capó se encontraba abierto, ni siquiera cerraba bien. El motor faltaba, pero lo había localizado, lo tenía delante, la visión más sorprendente de toda una vida. La negra reja ovalada frontal dejaba entrar el aire por la estructura revolucionaria en sus tiempos, en forma de misil. Las horribles condiciones generales no quitaron el interés que tenía esa joya sobre ruedas. Lo había encontrado, ahora solo era cuestión de contratar. Rizzato era un Marco Polo moderno, pero también un Indiana Jones.

—¿Contratar? A que te refieres —preguntó Bruno.

—Rizzato estaba interesado en el coche, pero el dueño quería algo a cambio —contestó el consigliere.

Bruno levantó las cejas. Los comensales habían acabado de comer, el mayordomo retiraba los platos, los llevaba a la cocina y retornó con el postre, un Tiramisú artesanal hecho con auténtico Mascarpone. Marguerita era una apasionada de los postres y su preferido era justamente el que tenía delante. La apariencia era un poema, salivaba como un niño delante del aparador de una tienda de chucherías. La primera cucharada no defraudó el aspecto.

—El dueño del Auto Union comenzó a hablar con el periodista. Empezaron una contratación. Eugeni tenía que haber recibido una cantidad desproporcionada, comenzó a rodear el vehículo enseñando todos los desperfectos y los animales a su alrededor que lo habían estropeado. Llegaron, al cabo de casi media hora de calurosa contratación, a un posible acuerdo, el ruso quería un Ferrari, puesto en Kiev, no le importaba el modelo, tenía que ser rojo y que funcionase, a cambio le entregarían el coche. Cuando Rizzato lo entendió y rápidamente hizo sus cálculos, dijo enseguida que sí. Gian Paolo propuso hacer un precontrato, a la manera occidental, pero Eugeni le contestó que allí no valía nada. El intérprete comunicó al dueño el acuerdo y este se le dibujó una enorme sonrisa en la cara redonda con nariz chafada y grueso cuello. Acto seguido, se escupió en la mano y se la acercó a Rizzato para que él hiciese lo mismo y la apretasen. Eugeni, en ese momento, nunca me olvidaré, dentro del pajar en un punto perdido del mundo, entre matones armados y confiando que todo eso tuviera un sentido, dijo: «Ese es su contrato de compraventa».

25

Autorute, Aix en Provence.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del robo.

En medio de la pradera, primero identifica, luego voltea, calculando, y por último ataca.

El halcón es un depredador que ataca desde el alto, cuánto más silencioso y rápido es, más efectividad tiene. La evolución de la especie de Darwin es clara: los mejores y los más adaptados al medio y al cambio son los que viven y, por tanto, crean descendencia.

El tiempo de reacción de las presas es casi nulo si el depredador es eficiente. Cuando lo sienten encima, ya es demasiado tarde.

Jeremy Dubois, el jefe de policía en helicóptero, era el depredador. Su pradera era la autopista. Su presa, el tráiler blanco que trasportaba el coche.

La aeronave estaba volteando sobre el vehículo identificado, como un halcón, sin dejar tiempo de respuesta a su presa, ni margen de maniobra. La trampa estaba preparada. Pocos kilómetros y el objetivo que antes era tan solo un punto rojo parpadeando, llegaría a la barrera de peaje. Allí estaba la trampa preparada. La gendarmería con uniforme de antidisturbios, con las púas, metralletas en mano y coches camuflados por todos sitios estaba preparada para intervenir en caso de que no se detuviera el tráiler. A Jeremy, sentado en el asiento derecho al lado del piloto, no se le escapaba ningún detalle de la operación. Volteaban a una altura suficiente para que nadie se enterase de su presencia. Controlaron el despliegue de las fuerzas del orden francesa y la efectividad que habían demostrado. Todo estaba preparado, solamente faltaba seguir detrás del camión de gran tonelada.

Jeremy estaba ansioso, la adrenalina empezaba a abundar en sus venas. El movimiento neurótico de su pierna derecha comenzaba a molestar al piloto. Su propia ambición le estaba engullendo desde el momento que Rizzato le entregó las coordenadas electrónicas del localizador del Auto Union. Era como si Mister Hide se hiciese cargo de la operación.

El objetivo entró en la barrera de peaje, se aproximó y se detuvo para el pago. En el momento en el que se paró, el helicóptero, a toda velocidad, aterrizó en una zona protegida después de la barrera. Mientras tanto, el camión arrancaba su marcha hasta que fue detenido por los gendarmes a punta de metralleta. El chófer paró el vehículo, con la cara pálida del mismo color de su camión. La policía le ordenó bajar con las manos levantadas. Este obedeció. Ya sobre el asfalto, las fuerzas del orden le mandaron de abrir las puertas de la caja. El conductor era un hombre de mediana edad, con unos fuertes rasgos del este, seguramente rumano, camiseta blanca y cadena de oro por fuera. Palillo en boca, dos metros, barriga acentuada y, a pesar de su constitución imponente, no podía esconder la desorientación en su rostro.

Diez agentes de antidisturbios a punta de arma le siguieron hasta llegar a la parte trasera del vehículo. Extrajo las llaves del bolsillo y abrió la cerradura, rompiendo las cintas de seguridad que sellaban la caja desde el origen, y finalmente levantó la palanca para abrir las puertas cuando fue interrumpido por un policía.

—¡ALTO! Apártese.

Mientras el hombre rumano es apartado a punta de pistola, Jeremy Dubois se acercaba corriendo para ser uno de los primeros en ver el espectáculo. El gendarme acababa de levantar la palanca y abrió la puerta, respaldado por los compañeros armados. En ese momento, se dieron cuenta de que era un camión refrigerado, perfecto para disimular y esconder un coche robado. Con el movimiento de la puerta, una niebla blanquecina salió bajando hasta el caliente asfalto de mayo. El vaho de la celda frigorífica que contenía la caja salió dejando entrar el aire caliente.

El jefe es el primero que se asomó, quedando desconcertado. Solo vio altos pallets retractilados de cajas blancas. El coche tenía que estar en la parte delante, escondido por una compuerta o en medio de la carga.

Es el primero en querer entrar y escurrirse entre los altos cúmulos de cajas. La humedad de la cámara frigorífica en los plásticos envolvía al jefe de policía. Mientras avanzaba, su vista se fijaba en las etiquetas de las cajas, en estas ponía: “*Burrata* Pugliese”, un queso tierno como una mozzarella que se producía en el sur de Italia, dirigida hacia España.

Sin embargo, cuánto más entraba el jefe, más apretaba sus hombros la losa de la verdad.

Avanzó convencido de hallarlo. Hasta que, cuando estaba a dos metros del fondo, se dio cuenta de que el coche robado no podía encontrarse dentro de ese camión.

Se congeló. No debido a la baja temperatura, sino por haber fallado en algo tan sencillo como seguir las coordenadas. Sus aspiraciones a la gloria se desvanecieron como un helado al sol de agosto. La losa de la verdad le chafó con más fuerza que su propia ambición. Se sintió un perdedor. Se quedó quieto, inmóvil por varios minutos, mirando la pared clara de la caja refrigerada, impotente, con la boca de la climatización que escupía aire frío, moviéndole el poco tupé que le quedaba. Hasta que tuvo que girarse y salir del camión afrontando las consecuencias.

Bajó de la caja con la vista perdida.

—¿Ha encontrado el coche? —preguntó el gendarme al mando

El jefe lo miró a la cara y con feroz violencia le contesta:

—¡NOOO! No hay nada aquí dentro.

La expresión del gendarme francés cambió por completo, endureciéndose.

Por detrás, apareció un policía más joven que llevaba un aparato a su superior.

—Cabo, he encontrado esto enganchado debajo de la caja del camión —dijo enseñado el artilugio.

Este abrió la mano mostrando un aparato del tamaño de un mechero, con una luz roja parpadeante y una pequeña antena. Llevaba dos retazos de cinta americana negra en forma de X que lo dejaba perfectamente enganchado a la estructura.

—*Putene, merde* —el jefe de la policía comenzó a maldecir a todo lo que tenía delante.

—¿Es esto lo que estaba buscando? —preguntó el cabo.

—Sí, pero tenía que estar dentro de un coche robado —contestó Jeremy

—Pues yo no veo ningún coche aquí, creo que alguien le ha tomado el pelo —dijo con venganza por cómo lo acababa de tratar el monegasco.

—Lo puede haber enganchado debajo del camión cualquier persona —refirió el policía que lo encontró.

El jefe se encaraba a la verdad y comenzaba a ser consciente de ella. Tenía que volver al punto de inicio como en el juego de la oca. El engaño no se encontraba en su diccionario. Le costaba aceptarlo, no estaba preparado para asumirla, menos para aceptarla. Arrancó el dispositivo GPS de las manos del policía y se dirigió hacia el helicóptero sin decir una palabra más. Todo el dispositivo montado solo sirvió para una cosa, para dejar en evidencia al jefe de la policía del Principado, y eso necesitaba mucha sal de fruta para ser digerido.

Jeremy Dubois subió en el helicóptero y dijo:

—Volvamos a la base. Hemos perdido el tiempo.

26

Hotel Andretti, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del robo.

El tiempo es como la verdad.

La tienes delante, pero depende de ti de saberla ver y aprovechar. Verónica, para los conocidos CryptoVero, era una chica líquida, una nativa de las tecnologías. Su mayor habilidad era meterse en los rincones más recónditos del "Dark Web" para destripar la información o encontrar las pistas que dejaban los hackers. No era una mujer al uso, su mayor fuerza había nacido desde las peores experiencias juveniles, sobre todo, del *bullying* sufrido debido a sus gustos sexuales necesariamente escondidos. Era una inadaptada en el mundo real, una refugiada en el web, donde había encontrado su mundo, su realidad, su yo real. A pesar de su personalidad y de su dificultad para relacionarse, Marguerita la descubrió y le entregó en una bandeja de plata una oportunidad de ser parte de su equipo. A pesar de las dificultades sociales en su camino, las sorteó con habilidad e inteligencia, hasta convertirse en una pieza clave de la empresa helvética de seguros.

Una chica líquida, hacía lo que fuese falta, hasta un San Diego. Para ello, siempre iba preparada con una caja de herramientas para el derribo, completa de todo elemento y artilugio sofisticado para encontrar cualquier pista e indicio. La guardaba en el maletero de su pequeño coche, siempre se la llevaba, «por si acaso»

Una vez realizadas las copias de seguridad de las cámaras se dirigió a la habitación 224, donde se produjo el asesinato de Calogero Ragusa. Abrió la puerta quitando las cintas policiales.

La moqueta seguía con la mancha de sangre, ya algo descolorida. El aire tenía un olor a putrefacción, no se había aireado desde que se llevaron el cadáver. No podía trabajar en una ambiente tan insalubre y cargado de muerte.

Lo primero que hizo fue abrir la ventana y encender el sistema de ventilación. El soplo fresco que venía del puerto regeneraba la habitación y los pulmones de la chica.

Extrajo un detector de la mochila y comenzó a buscar en todo el dormitorio la presencia de aparatos electrónicos, cámaras o micrófonos. De la misma forma que un cazafantasmas, buscaba elementos que no debían estar allí. Vero era una chica escrupulosa, controlaba centímetro por centímetro toda la habitación. La búsqueda no dio resultados, eso le llamó la atención y le creó la duda de… ¿no había nada o no había encontrado nada?

Enfrentada a la ausencia de elementos informáticos activos, comenzó con la segunda parte del San Diego: desmontar. Empezó por lo más fácil y obvio, el techo.

Se colocó mascarilla y gafas trasparentes.

Desmontó placa por placa y los respectivos registros. Controló los sensores de humo y los altavoces del hilo musical, las rejas del aire acondicionado, las luces que colgaban y los ojos de buey empotrados. Todo iba siendo extirpado y colocado dentro la bañera. Luego, fue el turno de las paredes, sacó tabla por tabla toda la decoración de madera, hasta dejar los muros a obra vista. Los elementos embellecedores, quitados sin dejar nada al azar o a la casualidad. La chica era tan silenciosa que nadie podía entender lo que pasaba dentro, ni siquiera los huéspedes de la habitación de al lado. Tenía que encontrar algo, siempre había una cosa que colocaba el asesino, que se le había escapado, incluso a la policía.

Luego apartó la cama, la desmontó pieza a pieza; hizo igual con las mesillas de noche, el escritorio y con los armarios.

Nada.

Siguió con la moqueta. Empuñó una espátula especial y la arrancó por completo, la enrolló y la puso en forma de tubo en el box de la ducha.

Vero jadeaba, sudada como un pollo. Delante de ella tenía una imagen desolada, la habitación de hotel pelada. Se paró desconcertada al ver que todo su trabajo había sido en vano. El polvo de su obra creaba una bruma en suspensión. Tenía que admitir la evidencia, no había encontrado nada. «No es posible», se dijo internamente, «menudo lío, un San Diego para nada. Tendré que avisar a Marguerita».

* * *

Jeremy Dubois volvió en helicóptero con el rabo entre las piernas.

Incluso pensó que le habían gastado una broma de mal gusto, pero lo descartó enseguida. Un coche de cincuenta millones de euros no era ninguna broma. Se encontraba sentado en su silla, detrás del escritorio de su despacho. Delante de él, el teléfono que esperaba ser levantado para informar a Marguerita De Angelis y a Morel del éxito de la operación, o mejor dicho del éxito fallido del rastreo del coche.

Se basculó en el respaldo, indeciso de a quién llamar antes.

La falta de coraje y la procrastinación eran sus peores facetas reconocidas. Mientras estaba perdiendo el tiempo recopilando las ganas de hacer la llamada inevitable, seguía mirando en su mano el localizador GPS. Seguía parpadeando como si fuera una bomba. Se preguntaba cómo podía ser que hubieran quitado ese chisme colocándolo debajo de un camión dirección a España. La jugada era perfecta, y se la comieron con patatas. Se quedaban sin pistas, ni hilos por estirar.

Mientras estaba vaticinando, la única dirección que podía asumir era la de admitir la realidad y tirar varios pasos hacia atrás, para coger carrerilla.

Levantó el auricular y marcó el número de Marguerita De Angelis. El celular de la mujer sonaba, pero, pasados varios tonos, entró el contestador. El jefe colgó. Entonces pensó que la mujer era una cazarrecompensas, «¿y si ella fuese la que hubiera colocado el localizador en el camión para despistar? Podía estar detrás del robo, podía ser parte de la banda, para pedir su comisión al encontrarla. ¡No! Es mejor no informarla». Se alegró de que no contestara.

El jefe encendió el ordenador e inició una búsqueda en Google del historial de la mujer. Acto seguido, accedió al informe policía de la Interpol, hurgando en su pasado. Marguerita se había convertido en su nuevo objetivo, en el hilo que el jefe necesitaba para salvar su carrera y, por lo tanto, su jubilación.

El informe de la Interpol era reservado, no podía acceder, a su rango no le estaba permitido leerlo. Ponía: DOCUMENTO CLASIFICADO.

Jeremy levantó el teléfono y llamó.

—Ministro, buenas tardes. Necesito un favor.

27

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del robo.

La cena pasó rápida.

Como siempre, cuando la compañía es buena y la comida es de estrella Michelin, los segundos escapan recorridos por la felicidad.

El tiramisú se aposentó encima del menú regional que los comensales disfrutaron. El limoncello, que el chef Beppino hacía con los limones de Nápoles, cultivados en el jardín de los familiares, ayudó a bajar el copioso manjar.

El fuego seguía vivo, los últimos bloques de madera que Bruno introdujo en la chimenea le habían permitido continuar encendido en su ausencia. Dejar el comedor, con los perfumes que provenían de la cocina, chocaba con la fragancia de la madera quemada de la sala de estar. Esta despertaba recuerdos, vivencias, que divergían en cada una de las tres personas sentadas en las viejas butacas de cuero.

En el fondo, sutiles aromas de habano.

—Entonces… ¿Rizzato compró el coche a un millonario ruso? —preguntó Marguerita

—En efecto, bueno, "coche" es muy atrevido de decir, más bien "lo que quedaba de él" —contestó Renato y siguió—: Pero hasta en eso era único. Él no vio un trasto, sino un diamante en bruto. En el granero supo apreciar el coche más caro del mundo, debajo de excrementos de gallina y de bestias. Lo mismo hacía con su equipo, tenía un don para reconocer el talento y rodearse de un equipo excepcional, el mismo que lo ayudó a llegar hasta donde está.

—Pero, Renato, ¿qué hacía en un granero abandonado en la campiña de Kiev el Santo Grial de los coches de carrera? —preguntó Bruno

—Buena pregunta. Tuvimos que hacer una investigación profunda para entenderlo. Esta parte de la historia es uno de los ingredientes de la razón por la que llega a tener tanto valor el Auto Union —dijo Renato sirviéndose más whisky y acomodándose en el respaldo—. Para entenderlo tenemos que retroceder hasta la Segunda Guerra

Mundial. La Alemania nazi invade Polonia en el 1939, entrando por el oeste. La furia expansionista de Hitler crece con el pasar de los años hasta donde sabemos. La historia es conocida. Cuando llega al punto más álgido de su locura, intenta invadir Rusia y eso le cuesta la guerra. Enfrentado a la derrota, inicia su retroceso hasta su suicido. En los últimos meses de la guerra, Alemania y, en consecuencia, Berlín fueron invadidas y conquistadas. Las fuerzas aliadas entraron por occidente y por oriente la URSS. Para dividir estas dos ocupaciones, en la capital alemana fue construido el famoso muro de Berlín. A partir de ese momento comienza la guerra fría, hasta la caída del muro. ¡Y aquí viene por qué! En el lado de la Alemania conquistada por la URSS, se encontraba el grupo automovilístico AG, o más conocido como Auto Union —la actual Audi—. En el 1932 se fusionaron cuatro casas, DKW, Audi, Horch y Wanderer para hacer frente a la gran depresión. El logo eran cuatro aros enlazados por las cuatro casas unidas. La fábrica se encontraba en la ciudad de Chemnitz, en el estado federado o Bundesländer de la Sassonia, cerca de Polonia. Cuando los rusos entraron, saquearon todo lo que pudieron y se llevaron los coches de carreras que se encontraban justamente en los almacenes. Este se lo quedó el general Dmitri Mishkin de Kiev y este, después de muchos años, lo vendió al ruso al cual Rizzato se lo compró.

—Vaccaboia, qué historia más rocambolesca. Y, ¿cómo habéis tirado del hilo hasta saber tantos detalles? —preguntó Bruno

—Querido amigo, soy un consigliere, las fuentes nunca se mencionan —contestó Renato con voz misteriosa. Entonces fija la vista en el fuego que chispeaba, se guarda para él unos pensamientos que lo atraviesan y dibujan una mueca en su cara—. Era tan bonito ese coche, Rizzato le quería como a un hijo. Una vez, me acuerdo de haber entrado en el garaje donde guarda los "*preferiti*" —preferidos— y lo pillé hablándole, como si fuera una persona a la que quería. Tenían una relación ellos dos. Él le hablaba y el vehículo nunca le fallaba. Sé que es difícil de entender, pero es algo… mágico. Creo que no lo vais a comprender, ¿no sé por qué os estoy explicando esto?

—No te puedes imaginar cuánto te entiendo, Renato, he sentido lo mismo en muchas ocasiones —respondió Bruno—. Es como si el conjunto de aluminio, tornillos, bielas y cables unidos crearan un ser que desprendiera una energía única, casi me atrevería decir… vida.

Marguerita, a su lado, lo miró algo perpleja, arrugando el ceño, no podía contener la expresión «estás un poco loco». Era normal, para la mujer y para la extrema mayoría de las personas los coches no dejaban de ser un objeto inanimado.

—Pero eso, Bruno, no lo puede entender todo el mundo. Pienso que Rizzato y tu habéis sido unos privilegiados —finalizó Renato.

Renato, sentado en el viejo sillón de cuero inglés, a la izquierda de la chimenea, ofreció el líquido espiritoso de color dorado a Marguerita, que, sorprendentemente, aceptó acercando su vaso en forma de balón. Osciló el líquido y esperó a que el calor de su mano activara todos los aromas y matices del añejo.

Descolocada por el tema, intentó poner otra vez un poco de cordura a la conversación.

—Renato, disculpa la pregunta de profana absoluta, pero ¿qué hace tan raro este coche?

—La clave está en la combinación. Los astros se alinean en esa unidad, con el número de chasis nº 3. Es la última unidad producida en el año 1939, modelo "Typ D". Con la cual Tazio Nuvolari, el "Mantovano volante", porque era de la ciudad de Mantova, Italia, consiguió las últimas vitorias de la casa automovilística antes de que comenzara la guerra. Adolf Hitler financiaba con dinero público a las casas alemanas para competir en carreras internacionales con el fin de ganar, para demostrar la superioridad de su nación. Está certificado que ese coche ganó el GP de Italia, en Monza, el Grand Prix de Inglaterra, entre otros, y, por último, el GP de Belgrado. Luego desapareció, hasta ser encontrado en un pajar. ¿No os parece increíble?

—Extraordinaria historia —contestó Bruno, enamorado del cuento.

—Me resulta de lo más increíble la peripecia de ese coche, aunque más me sorprende que nosotros, los humanos, demos tanta importancia a un conjunto de hierro. Pero ¿cuándo fuiste a buscarlo? —preguntó Marguerita hambrienta de saber más.

—Mi querida amiga esa es otra gran historia, ¿estáis seguros de quererla escuchar ahora? —Renato observó el reloj y vio que eran las doce de la noche pasadas—. ¿O preferís mañana?

Marguerita y Bruno se miraron con complicidad, sintiendo que los dos querían seguir esa noche con la historia.

—Por favor, Renato, continua con esta apasionante historia —le pide Marguerita segura, hablando también por voz de Bruno.

—Bien, pues a seguir. Todo lo que os he contado fue en la primera visita a Kiev, al finalizar la feria en Moscú. Era el setiembre del 1991 y…

28

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Jueves, 13 de Mayo.
Un día después del robo.

Los dos investigadores comenzaban a tener más datos y también más preguntas.

La necesidad de respuestas empezaba a ser acuciante. Los pocos hilos de los que tirar eran delicados y habían despertado viejas relaciones y comportaban recordar sensaciones pasadas. Marguerita se iba a enfrentar a un momento que ojalá se hubiese ahorrado, y más acompañada de Bruno.

La tarde se estaba marchando de Mónaco para dejar paso a la oscuridad de la noche y de las falsas verdades que abundaban en esta historia. El Gran Premio se disputaría en pocas horas, el viernes era el día de las pruebas libres. El circuito ya se encontraba dibujado por las zanjas de protección en forma de nido de abeja, por bloques de hormigón y guardarraíles. Los operarios trabajaban ruidosamente para acabar las enormes gradas donde el público se sentaría. Mónaco era un barullo de preparativos. El amanecer era el tiempo límite para que el Principado estuviera listo para acoger, con toda seguridad, la carrera.

Rizzato se había marchado. Los acontecimientos lo superaron, o eso era lo que quería dar a entender. Las pocas certezas que habían descubierto los dos investigadores eran como árboles que no dejaban ver el bosque. Necesitaban procesar la información y desconectar para ver con perspectiva la coyuntura. Se dirigirían a descansar y a cargar las pilas, pero antes necesitaban hablar con una persona que, para la mujer, podía dar unas respuestas clave en este escenario.

Taylor O'Connor era copropietario, con su mujer, de la casa europea más exitosa de subastas. Un hombre de media estatura, rozando los sesenta, pero muy bien llevados por el deporte que realizaba. Intransigente y maniático. Amaba la vida bella y el lujo. Originario de un pueblo perdido de la campiña irlandesa, quedó fulgurado por la luz que desprendía la vida en París. Durante años

luchó con todas sus fuerzas para destacar en la élite de la sociedad parisina, hasta conseguirlo. Solía conseguir lo que se proponía, éxito, dinero, notoriedad y mujeres. Su mujer era una de ellas, las otras eran aventuras que un hombre cazador con instintos neandertales necesitaba coleccionar, para sentirse, equivocadamente, hombre.

No era amor, era egoísmo, incluso coleccionismo. Con carisma y magnetismo, embaucaba a las personas que se proponía. Vestido de etiqueta, solo compraba trajes artesanales en la zona Mayfair de Londres. Desconocía qué era salir sin su pañuelo colorado sobresaliendo del bolsillo de su chaqueta, como si lo protegiese de la mediocridad. Detrás de él, iba siempre un "chico Ikea", un armario vestido de traje negro, con gafas de sol oscuras y armado. Cubría funciones de chófer y de guardaespaldas; llevarlo como una sombra tras él era una de las contraindicaciones del éxito.

Los dos investigadores se presentaron delante de la suite. Quietos en el pasillo que olía a vainilla gracias a las flores carmesí que había en la mesa enfrente de los ascensores. Al final del pasadizo, estaba la suite, una de las mejores del hotel Crystal de Mónaco.

—¿Estás convencida de que quieres hacerlo? —preguntó Bruno

La mujer suspiró y contestó:

—Nuestra investigación sigue detrás de esta puerta, aquí encontraremos respuestas. Creo que lo mejor sería que esperaras fuera. No sé si es una buena idea que entres.

—No, en esto estoy contigo hasta el final.

A la mujer se le escapó una dulce mueca en su precioso rostro. Luego, involuntariamente, miró hacia el suelo, delatando una pizca de vergüenza, y al cabo tocó la puerta con fuerza.

El guardaespaldas de Taylor abrió la puerta dos dedos para ver quién era.

—¿Sí? —inquirió serio

—Arnold, soy Marguerita, venimos a hablar con Taylor.

El chico la reconoció, abriéndole la puerta sin pestañear. Bruno se sorprendió, la mujer llamó al hombre por su nombre de pila, eso quería decir que se conocían muy bien. Se dio cuenta de que desconocía muchos capítulos de la vida de la mujer, o, más bien, era una extraña para él.

—Esperad aquí. Estábamos a punto de marcharnos —dijo el armario.

Los dos investigadores se detienen en el vestíbulo de la suite, en el lugar donde les habían indicado.

Arnold. Ese nombre le calzaba como un guante. El traje que llevaba puesto le estaba tan apretado que parecía una salchicha Oscar

Mayer. Bruno se estaba imaginando que, si se hubiese enfadado, al haber hecho fuerza con los bíceps hubiera reventado el traje. Se ríe. La única duda que le vino era si la salchicha llevaba queso, o no. Prefirió no saberlo. Volvió a reírse. Nadie llegó a darse cuenta de su hilaridad.

—Creo que esta suite es más grande que la de Rizzato —indicó Bruno cambiando de tercio.

La mujer le hizo una señal para que se callase.

—Déjame hablar a mí.

Esperaron varios minutos. Del fondo de las enormes estancias con las vistas al puerto se oía a Taylor discutir por celular, sin descifrar lo que decía por la distancia y las puertas cerradas. Las habitaciones tenían unas tenues luces encendidas para contrarrestar el atardecer que estaba finalizando. Al cabo de varios minutos de espera, apareció el anfitrión.

—Discúlpame, Rita, estaba al teléfono.

A Bruno lo atravesó una corriente eléctrica a 330 voltios, la suficiente para dejar frito a un caballo. Se le pusieron los pelos de punta al pensar en lo que eso significaba. El dueño de la casa de subastas llamaba a la mujer de una forma que nunca había oído en las pocas horas que la conocía. El detalle del diminutivo y la comunicación no verbal que trasmitía el hombre lo decían todo, solo que el italiano no quería aceptarlo, no quería admitirlo.

—Cuántas veces te he dicho que me llames Marguerita —contestó incómoda y casi avergonzada.

Taylor era un hombre que obtenía lo que quería sin pensar en las consecuencias ni en lo que dejaba devastado detrás de él. Era un cazador, de las cuevas del neolítico, poco evolucionado antropológicamente, solo con la diferencia de un traje y un reloj caro.

El hombre hizo caso omiso y preguntó:

—¿Quién es? —dijo sin dirigirse a Bruno, como si este no estuviera.

—Bruno Malatesta —se presentó el italiano alargando la mano para estrecharla con el anfitrión.

—Vaya, Bruno Malatesta, su reputación le precede —dijo Taylor con poca empatía, obviando su mano—. No tanto como su padre, el famoso comisario Malatesta de la policía de Módena. Hace años resonó en el caso Ferrari, entre otros. Desde luego que es difícil pisar fuerte, detrás de huellas tan grandes como las dejadas por el propio padre.

Silencio. Bruno se guardó la respuesta.

—Estoy a punto de irme, hemos anulado la subasta. El localizador del Auto Union se encontraba en un camión cebo. Acabo de colgar al jefe de la policía de Mónaco.

La mujer se giró hacia Bruno, empezando a entender lo que le

había dicho horas antes.

—Entiendo que tú y tu equipo estaréis totalmente volcados para encontrar el coche de Rizzato si tu empresa no quiera pagar la módica cantidad de cincuenta millones —argumentó Taylor.

—¿Qué me puedes decir de Ragusa? —preguntó la mujer.

—Te he contestado esta mañana.

—Necesito que me lo vuelvas a decir.

—Uno de nuestros mejores trabajadores, una lástima, una desgracia. ¿Por qué me lo preguntas otra vez?

—Hemos encontrado unos detalles que nos hacen pensar que los dos robos están vinculados con la muerta de tu extrabajador Calogero Ragusa.

El anfitrión de la suite levantó la ceja derecha y dijo:

—Si eso fuera cierto, sería un problema, Dios no lo quiera. ¿Qué es lo que te lo hace pensar eso?

—Nada en concreto, unos detalles, modus operandi —contestó la mujer mintiendo, sin dar demasiadas explicaciones—. Sabemos que Calogero había descubierto algo, a lo mejor una información para evitar el robo, o incluso quién lo podía estar perpetrando, y lo han matado para que no se lo dijera a nadie. ¿Habló contigo?

—Mis trabajadores no hablan conmigo; como todas las empresas tenemos unas normas y unos canales de comunicación. Puede que hablase con su directo superior, pero lo desconozco —dijo Taylor alejándose de la mujer, dándole la espalda mientras miraba hacia las ventanas—. Además, si alguna información de esta naturaleza hubiese llegado a mis hombres, me lo hubiesen dicho.

—¿Cómo se llama el superior de Calogero? ¿Podemos hablar con él? —preguntó la mujer.

—Por supuesto, se llama Michele Addante, te paso el teléfono por WhatsApp. —Taylor se giró y concluyó con tono resentido—: Uy, no, es verdad, me has bloqueado. Casi me olvidaba. ¿Cómo quieres que te lo pase?

—Taylor, ahora no es el momento de hablar de esto —dijo Marguerita sonrojada.

—Apúntalo —indica Taylor dándole el numero—. El señor Addante creo que no llegó a hablar con Calogero, pero no podréis localizarlo hasta mañana que se vuelve a Ginebra, donde tenemos nuestra oficina en Suiza.

La mujer, con el ceño fruncido, se giró hacia Bruno y le susurró al oído si la dejaba hablar un momento a solas con el anfitrión. Al italiano le sentó como una patada en el trasero, pero tenía que respetar la voluntad de la mujer, no era momento de discutir delante del prestigioso Taylor O'Connor. Se separó quedándose delante da la puerta, con la distancia suficiente como para verlos.

—Taylor, ¿te das cuenta de que ha muerto una persona en todo esto?

—Estás radiante. ¿Por qué no vienes a París un fin de semana?

—¡Taylor! —exclamó la mujer incómoda, mirando al guardaespaldas, inmóvil detrás de sus gafas, con la barbilla levantada, como si no estuviera en la habitación—. Por favor, sé serio, ¿te da igual que haya muerto alguien de tu equipo? Y tú aquí tirándome los trastos.

Bruno estaba sintiendo una vibración extraña en los dos; tenían que haber sido pareja, novios o incluso amantes. ¿Cuánto hacía de eso?, se preguntaba. ¿Estaría ella aún enamorada de él?

El italiano, como muchos hombres con cicatrices, creía ver lo que temía, no lo que realmente estaba presenciando. La niebla de los celos, provocados por lo que empezaba a sentir por la mujer, le suscitaban envidia, a pesar de que no era nada para ella. Se sentía como un felino enjaulado viendo a su compañera maltratada y cortejada al mismo tiempo. Sentía que su emoción subía, igual que las pulsaciones del corazón, bajando su raciocinio. Ese era el efecto que la mujer empezaba a ejecutar sobre el bello italiano, mezclado con la ausencia de mujeres en su vida.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? Tu empresa aseguró el coche más caro del mundo, os lo roban delante de las narices y, en lugar de descubrir donde está para evitar el pago del seguro, estás investigando un asesinato con tu nuevo amiguete italiano. Hombre, es guapo. Contéstame una pregunta, ¿qué tal en la cama? —preguntó Taylor morboso y celoso del otro hombre.

—¿Sabes por qué te bloqueé? Porque no sabes echar el freno… a nada. Tienes el cerebro de un troglodita envuelto en un traje caro —contestó la mujer con voz cabreada, pero sin subir de tono.

—Cuando te canses de ese tío volverás a mí como muchas veces has hecho.

—Eres deplorable. Prométeme algo —dijo la mujer mirándole fijamente a los ojos—, que no tienes nada que ver con todo esto.

—Te lo prometo.

La mujer se quedó con la fría reacción de Taylor, lo conocía muy bien, habían pasado muchas cosas, muchos días y, por supuesto, muchas noches juntos.

—Ahora ya puedes volver a tu búsqueda, recuerda cerrar la puerta al salir —dijo con tono provocativo, repasando su redondo trasero al girarse.

Se dirigió hacia la puerta, hizo un gesto con la cabeza a Bruno y este salió. Antes de cerrar la puerta, le dijo a Taylor:

—La respuesta es no, pero pinta que será mucho mejor que tú. Por

cierto, dale recuerdos a tu mujer… de mi parte.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Bruno ya con la puerta cerrada.

—Es un hijo de perra. Necesitamos buscar a Michele Addante, precisamos hablar con él lo antes posible.

Marguerita extrajo su móvil que se había apagado por falta de batería.

—¡Mierda! —exclamó ella—. Tenemos que ir a mi habitación, tengo que enchufar el móvil y llamar a Michele.

La mujer arrancó. Detrás se oyó Bruno:

—¿Quieres que vaya?

29

La mujer aceptó que la acompañara.

En efecto, se lo dijo para que fuera con ella. El hombre desconocía sus intenciones y cuál iba a ser su próximo paso. Sin embargo, tenía algo claro que lo perturbaba: ese escenario era más complicado de lo que realmente aparentaba. Las apariencias suelen engañar, suelen despistar y quieren empujarte fuera de la realidad como un Mustang que se sacude hasta proyectarte de espaldas. Esa era la sensación que tenía el italiano, ser un fantoche de paja intentando dominar un caballo desbocado.

La mujer lo precedía por el pasillo, lo estaba conduciendo hasta su habitación. Los apretados tejanos marcaban las fibrosas y trabajadas curvas de Marguerita. Centrada en sus pensamientos, hasta sus aposentos no se giró, ni habló. Una vez abierta la puerta de su suite junior, le dijo al italiano que pasara y se acomodara. La mujer fue directa a enchufar el móvil al cargador en la mesilla de noche, al lado de la cama, en la otra habitación.

—¿Te apetece algo Bruno? Coge lo que te apetezca del minibar —dijo esperando que se conectara el móvil.

No hubo respuesta desde la otra habitación. El silencio se encargó de contestar, junto a las dudas ensordecedoras que taladraban la cabeza del italiano.

La mujer dejó el dispositivo sobre la cama para que recuperara el mínimo de batería y poder encenderlo. Luego, entró al servicio. Durante los minutos que estuvo en el lavabo, no oyó ni un solo ruido de la habitación, hasta que salió y vio el móvil que tenía la pantalla iluminada pidiendo el pin. Lo introdujo y rescató el número del trabajador de la casa de subastas.

—Estoy llamando a Michele Addante, a ver si tenemos suerte —informó esperando que Bruno la estuviera escuchando.

—Nada, apagado. —Esperó unos instantes y continuó—: Hola, soy Marguerita De Angelis, del seguro de vuestra compañía. Su número me lo ha proporcionado Taylor O'Connor en persona, necesito hablar con usted lo antes posible. Por favor, devuélvame la llamada en cuanto escuche esto. Gracias.

—He dejado un mensaje en su contestador —dijo la mujer, dándose cuenta de que estaba hablando sola—. ¿Bruno? ¿Estás ahí? —preguntó acercándose a la puerta que permitía ver la sala de estar.

El italiano se encontraba mirando fuera de la ventana, sigiloso, con la cortina apartada, ordenando sus pensamientos que le estaban girando como satélites a su alrededor.

—Bruno, ¿estás bien?

—Dime una cosa, ¿cuánto te llevas si recuperas el coche?

—¿En serio me estás haciendo esta pregunta? ¿Crees que he sido yo? ¿Estás loco?

—A lo mejor el jefe de policía tiene razón. Es muy complejo todo esto —indicó el italiano girándose hacia la chica—. Lo siento, pero necesito saberlo de tu boca. Además, lo que acabamos de presenciar con O'Connor me ha confundido aún más.

El lado más sensible e inseguro de Bruno explotó igual que un globo hinchable. Su inseguridad podía parecer injustificada, sin embargo, cada uno tiene sus heridas mal curadas que, de vez en cuando, afloran y contaminan el día a día, la percepción de la realidad.

La mujer, con un crecimiento personal más trabajado y segura de lo que era y hacía, no se lo tomó como algo personal y contestó con calma. Influenciada también por lo que empezaba a sentir por el italiano.

—Bruno te prometo que no tengo nada que ver con todo esto. Es más, estoy tan perdida o más que tú con toda esta situación. Pero te pido solo una cosa… ¡confía en mí! —dijo sentándose encima del escritorio—. Nos conocemos desde hace poco y puedo ser muchas cosas, pero no una embustera, y menos una ladrona. Yo, que llevo tantos años persiguiéndoles, jamás me pondría a su altura. El jefe de policía es un melón, tiene la cabeza llena de pipas, llevo preguntándome quién puede haberle puesto en un cargo como el suyo.

El hombre, sin decir nada, se acercó a la mujer. Su instinto no chocaba con lo que acababa de asegurar Marguerita, parecía sincera…, o era muy buena fingiendo. Solo el tiempo les hubiera dado la confirmación final. Muchas mujeres le habían mentido y, en consecuencia, producido que perduraron en el tiempo. La helvética, ¿sería de la misma pasta?

Sentada frente a él en la mesa de trabajo, le quedaba a la altura de vista. Se acercó lentamente, sus ojos se volvieron a encontrar, sus cuerpos experimentaron la misma sensación que la de delante de los monitores. El italiano se aproximó al rostro de la mujer, ella parecía esperarlo, dentro sentía mariposas que se agitaban con sus aleteos cada vez más fuertes. El corazón de la mujer comenzó a latir más

fuerte, hacía tiempo que no sentía eso, lo inexplicable de la atracción causada por otra apersona… y le gustaba.

Los labios se abrieron, necesitaban tocarse, como cuando se está a punto de probar una cucharada de miel. Sus bocas empezaron a salivar, por el ansia, por el deseo. La mirada de ella cayó en los labios que se acercaban. Varias veces. Las señales eran claras, la atracción inevitable.

Bruno, a un palmo de la mujer, mirándola fijamente a los ojos, le contesta:

—Estamos cansados; es mejor que descansemos.

Se aproximó a la mujer y le besó en la frente. Un beso casto, de buenas noches, de despedida, de reflexión. Luego se giró y, sin decir nada más, salió de la puerta. El italiano se dirigió hacia su habitación, necesitaba una ducha y pensar.

El bello italiano se llevó sus pensamientos y la ilusión de la mujer en recibir un beso de buenas noches algo más apasionado del que recibió. Era hora de desconectar y tomar distancia de todo lo que había sucedido. Al día siguiente, seguramente, les esperarían más sorpresas y necesitaban dormir.

30

Necesitaba descansar, pero antes, una ducha de agua caliente. Muy caliente.

Comenzó a recorrer el pasillo, mirando fijamente la larga alfombra que, debajo sus pies, amortiguaba el ruido de sus pasos. No se había percatado del origen persa del tapete, tenían que valer una fortuna cada una de ellas. Largas, de punta a punta del pasillo, hechas a medida por artesanos indianos y llevadas hasta Mónaco para ser expuestas en uno de los hoteles más lujosos del Principado. Bruno era de Ikea, no gastaba más de lo estrictamente necesario para ser usado. Nada de estética, solo funcionalidad. El día que compró los muebles del apartamiento con vistas al mediterráneo, pasó de largo por la zona de las alfombras, por sus precios prohibitivos; prefería parqué en el suelo.

Era inevitable, en sus hombros portaba hambre, disgusto y cansancio. El desayuno era lo último que había comido, desde entonces ocurrieron muchas horas. La pena por la muerte de su amigo cambió su humor aquel día, y al final, las pocas horas dormidas pasaban una tremenda factura.

Subió dos pisos, hasta el tercero, donde tenía su habitación con vistas a la montaña. La más pequeña, la que había sobrado en el plano del arquitecto. Deslizó la tarjeta magnética por la ranura y abrió la última puerta de la planta. La cama estaba hecha, unos bombones se encontraban encima de la almohada y una flor en el escritorio. La estanza olía a vainilla, el ambientador perfumado debía ser de alguna casa francesa. Los palitos de madera negra que sobresalían del contenedor naranja desprendían una fragancia cítrica y aterciopelada. Se sentía en casa, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia. Al quitarse su chaqueta de Porsche. De cuero color tabaco, se dio cuenta del hambre que tenía y de la necesidad de ingerir algún alimento. Agarró con avidez la carta del servicio de habitaciones para elegir su cena. Nada le llamaba la atención, demasiado rebuscado, la oferta era demasiado “finolis”. Marcó el número de teléfono y a los pocos tonos contestaron: «Cocina, dígame.»

—Hola, soy de la 345, he visto su carta, ¿sería posible recibir una ensalada y pollo a la plancha?

Al otro lado hubo un momento de silencio ante el pedido de la habitación. La cocina estaba acostumbrada a peticiones fuera de carta, cuánto más ricos eran los huéspedes, más extraños sus gustos y, en consecuencia, sus deseos.

«Eh…, sí, ¿le va bien pechuga?»

—Sí, perfecto.

«¿Algo más?»

—No, gracias.

Bruno colgó el teléfono. Se dirigió hacia el baño, encendió el agua caliente de la ducha, se desvistió y penetró en el vaho formado en el box. El chorro estaba cayendo como una cascada por su cuerpo. El pelo aplastado por su fuerza le cubría los párpados cerrados, degustando el momento. Era justo lo que necesitaba, relax y tranquilidad. El calor le abría los poros de la piel y tranquilizaba su mente. El silencio roto por las gotas que chocaban en su cabeza era como una meditación.

Los minutos pasaban como las gotas recorriendo su fibroso cuerpo masculino. Se enjabonó con el gel del pote naranja, olí a cítricos, de la misma fragancia aterciopelada del ambientador de la habitación, dedujo que de la misma casa. Le llamó la atención, ponía "*Buddha Meditation*". Le gustaba, hacía hogar, el que él no conseguía hacer.

Los pensamientos se encadenaban; inevitablemente, llegó a pensar en la mujer que conocía desde hacía menos de veinticuatro horas y sentía algo fuerte, intenso, arriesgado. Hacía demasiado tiempo que no sentía algo así, un sentimiento aletargado, rebrotado como las flores de la tundra con los primeros rayos de sol de la primavera.

Lo asustaba.

La parte más racional de su consciencia le decía que no podía tener futuro aquella posible relación; la distancia, la diferencia de edad, la diferencia de trabajo, la disparidad de sueldos. Infinitas excusas para hundir sus sentimientos, con el deseo de que su esperanza cayera junto a las gotas de la ducha por el desagüe.

No conseguía apagar el grifo, estaba demasiado bien como para cerrar la corriente de agua caliente. Necesitaba más y más, necesitaba entender, y para eso, el baño antes de dormir era perfecto.

Pasaron una decena de minutos y era incapaz de cerrar el flujo del agua, hasta que el servicio de habitaciones tocó el discreto timbre. Apagó el grifo. Empapado, se enroscó en una toalla y se acercó a la puerta. La abrió, chorreando y con el pelo enganchado a la frente. No era un camarero, si no alguien a quien no esperaba. Petrificado, se quedó mirando. Marguerita le pasó la mano por detrás de su nuca

para agarrarlo, se acercó a los labios del hombre y se juntaron dulcemente. Bruno, sorprendido, se quedó quieto. La mujer primero le regaló un beso suave, apoyando su boca como en una degustación; después, viendo que el hombre no había opuesto resistencia, le entregó toda su pasión en un segundo beso apasionado, vivo, sincero, deseado. Este duró minutos, el corazón comenzó a latir como si estuviera conduciendo un bólido de Fórmula Uno. En el suelo se creó un charco, que se iba extendiendo, hasta que se despegaron.

—Ahora sí, buenas noches —dijo la mujer mirándole a los ojos con toda su fuerza y delatando el ardor que sentía por el italiano. Se giró y se fue por la misma dirección que había venido, pasando al lado del camarero que justo llegaba con la cena para la habitación 345.

Bruno se quedó sin palabras, sin reaccionar, embestido por la mujer y su ímpetu. Le gustó y mucho. La fuerza y el carácter de ella le estaban haciendo mella en su corazón oxidado.

El camarero dejó la bandeja, cogió la propina y se fue.

La cena fue consumida en el escritorio delante del telediario, no le quedaban fuerzas para nada más. Necesitaba desconectar de todo. Se puso una película que no entendía en la televisión francesa y cerró los ojos.

Durmió del tirón hasta las cuatro de la mañana, hasta que un pensamiento lo despertó. Descansar y tranquilizar las ideas le hizo bien, pero, como una explosión, una idea brotó en su cabeza. Explotó tan fuerte, que el italiano, aunque todavía cansado, abrió los ojos y dijo:

—Vaccaboia, lo tenía delante. ¡CLAROOO! ¿Cómo no he podido verlo antes?

31

La noche seguía siendo profunda.

Bruno fue despertado por una idea que germinó en su interior y se materializó en medio de un plácido sueño. La opción de seguir durmiendo ya no la contemplaba, los ojos los tenía como naranjas. En la sangre circulaba demasiada adrenalina como para volver a dormir. Sin embargo, no podía llamar a Marguerita, era demasiado temprano. Empezó a dar vueltas por la habitación como una noria.

Se preguntó por qué la vida lo metía siempre en esas situaciones complicadas que lo implicaban hasta resolverlas. No podía entender por qué no tenía una vida normal, una pareja normal, unos vecinos, unas barbacoas de domingo, incluso hijos. Nada de todo eso tenía, la vida no le reservaba esos planes. Sin embargo, no comprendía por qué él, por qué tenía que meterse siempre en esos líos, ¿no podían resolver los policías los embrollos y asesinatos en los que se veía involucrado sin quererlo?

No se lo podía explicar.

No podía.

Puede que no hubiera respuesta para esas preguntas; solo aceptarlas y seguir por el camino que se ponía por delante, acatar y seguir. Aunque Bruno no quería admitirlo, y dejaba que sobresaliese su victimismo, en el fondo, esas desviaciones de su vida tranquila le gustaban.

Decidió dejar dormir a su compañera de investigaciones por la temprana hora e irse a averiguar lo que se le había pasado por la cabeza. Se puso sus zapatillas, una sudadera encima de los tejanos y se dirigió hacia el Hotel Andretti, donde a su viejo amigo le había arrebatado la vida por un hallazgo desafortunado.

Mónaco era diferente. No por la oscuridad, sino por la violación a su seguridad. Esa noche, se encontraba repleta de fuerzas del orden que vigilaban cada rincón de la ciudad dormida. Sin embargo, era demasiado tarde, quien tenía que ejecutar el robo ya lo había hecho. Se sentía seguro caminando por las calles, la humedad de la brisa marina le picaba en la nariz. El silencio del puerto y la ausencia de coches por las calles, creaban una atmosfera tétrica, casi desolada.

Bruno subía la cuesta hacia el hotel, a grandes zancadas, con ganas de llegar y comprobar su idea, su intuición. Su sexto sentido había evolucionado, lo sentía, antes solo notaba cosas, imágenes, escenas. Ahora no, era la primera vez que cobraba vida y brotaba en su interior, apareciendo de la nada, cogiendo el control.

La caminata le sentó bien, lo ayudó a reflexionar sobre la intuición que, a cada paso, cogía más sentido. Deseaba llegar.

Entró en el hotel, la recepción estaba vigilada por un chico joven que ya había visto. Le explicó quién era y este también se acordaba de él.

—Necesito acceder, otra vez, al cuarto de las cámaras de seguridad —pidió Bruno; luego, con una expresión en su rostro de súplica, añadió—: El director ayer nos dio un listado de las personas alojadas aquí de la casa de subastas O'Connors; por favor, ¿me la podrías reimprimir? Me la he dejado.

El chico joven dudó, pero se acordaba del tipo que tenía delante. Aburrido de la larga noche como sereno, aceptó hacerlo para entretenerse.

—Aquí tiene. ¿Se acuerda de dónde se encuentra el cuarto?

—Sé el camino, muchas gracias —contestó.

El italiano se dirigió hacia la estancia en el silencio de la madrugada. Las silenciosas zapatillas de Bruno le permitían moverse en completo silencio.

Entró en el cuarto, se sentó en la fría silla de falso cuero azul y comenzó a buscar. Retrocedió hasta la noche del asesinato. La cámara numeró seis del pasillo, como ya habían visto, presentaba la grabación sin imágenes, una mancha negra.

Comenzó a rebobinar todas las cámaras, antes y después del agujero negro que aparecía en el número seis, coincidiendo con la muerte de su amigo. Repasó cámara por cámara, en la búsqueda de su intuición. Deseaba encontrarlo, pero tenía un tremendo miedo a que su clarividencia fuera exacta. Si eso fuera cierto, abriría una nueva ventana.

Los minutos pasaban delante de la pantalla, lentos, sin ni siquiera un café en sus venas. Estaba acostumbrado a drogarse con cafeína al abrir los ojos. Mientras controlaba una por una las cámaras, ponía caras a los nombres de la lista de huéspedes que le había proporcionado el chico. Usaba motores de búsquedas y redes sociales, todos estaban atrapados en aquel mismo rastro del ego expuesto a los demás, engullidos por Internet, el gran tirano. Persona por persona, intentaba reconocer y atribuir un rostro. Nadie sobresalía, ninguna cara destacaba.

Las cámaras enfocaban muchos ángulos de la planta y del hotel,

pero los más importantes y neurálgicos quedaban ciegos. Bruno se preguntaba quién podía haber colocado esas cámaras de una manera tan torpe.

El tiempo pasó hasta que los decibelios del ambiente empezaron a subir, eran las siete de la mañana, llevaba dos horas delante de las pantallas y no había encontrado nada. El sol asomaba desde el lejano horizonte del puerto. Él seguía allí, la intuición había fallado. Sin café y sin rastro. A punto de dejarlo y volver a su alojamiento. Hasta que se percató de un fotograma extraño, casi por error, un segundo que podía haber pasado por alto a cualquiera, pero Bruno Malatesta no era cualquiera. Era una cámara secundaria que enfocaba la lavandería; al final de esta, un empleado abría una puerta. En la décima de segundo que permanecía abierta, capturaba a una persona que se dirigía hacia la salida de la cocina, en dirección a las escaleras del primer piso. Era él, allí estaba. Todo asesino inevitablemente creaba un rastro y el destino se encargaba de provocar las fisuras para dejarlo en evidencia. Bruno encontró el "fallo en Matrix".

Se podía ver, por un instante, la silueta; era el mismo que aparecía en otras cámaras del hotel el día después. Se encontraba en el listado de huéspedes. Eran pocas pruebas, pero para él suficientes. Necesitaba enseñárselas a Marguerita, era hora de despertarla.

* * *

Esa misma mañana la actividad en la comisaría de policía de Mónaco comenzaba pronto.

El jefe Dubois nunca llegaba temprano, pero ese día le esperaba algo que lo motivaba enormemente. La noche anterior, el ministro de interiores de Mónaco había autorizado al jefe a acceder al informe reservado de Marguerita De Angelis. Durmió poco, quería hurgar en el pasado de la mujer y saciar su sed de venganza por el chasco en Aix en Provence.

El ordenador se encontraba apagado, el tiempo que tardaba en encenderse le permitiría sacar un café de la máquina expendedora de la central. Eran las siete y media de la mañana. En la comisaría

empezaban a llegar los agentes, a salir las nuevas patrullas equipadas con motores eléctricos, que representaban todo un orgullo para el cuerpo.

Se colocó delante de la pantalla, introdujo sus claves, entró en el informe, delante tenía la información. Comenzó a leer, voraz por conocer su pasado. Por cada línea que leía más sospechaba de la mujer y más imaginaba lo que podía haber pasado. Empezó a tergiversar la realidad, fusionó el pasado oscuro de la mujer con lo que hubiera querido que pasase. La ficción cobró realidad en la retorcida cabeza del jefe de policía. Aunque podía tener cierta verisimilitud, no probaba gran cosa. Sin embargo, para el jefe sí, el pasado de la mujer era oscuro y para él eso era suficiente.

Se detuvo con sus ideas conspiratorias delante de la frase más importante del monitor:

Marguerita De Angelis, exagente secreto suizo, expulsada por tráfico de influencias.

32

Hotel Crystal Palace, Principado de Mónaco.
Viernes, 14 de Mayo
Dos días después del robo.

Los nudillos de la mano picaron con fuerza la puerta.

El sonido que provocaron retumbaba por el pasillo como en una caja de resonancia. La fuerza con que el italiano empleó delataba importancia. Eran las ocho de la mañana, los pudientes huéspedes del Crystal Hotel seguían durmiendo y, seguramente, también Marguerita.

Bruno volvió con las ganas de compartir lo que acababa de descubrir. En medio de una ciudad que se despertaba, ansiosa por las pruebas generales del Gran Premio de Fórmula Uno de bólidos históricos. El manto lumínico del sol abrazaba la ciudad que recién despertaba.

Marguerita de Angelis tardó en abrir la puerta, tanto que el italiano tuvo que insistir varias veces para conseguir levantar a la mujer. Finalmente, detrás de la puerta y desde lejos, una voz femenina adelantaba la apertura.

—Voy, voy, ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

Abrió. Llevaba puesto un precioso camisón negro de seda y aplicaciones de encaje, dejando sus sutiles piernas al descubierto. No tuvo reparo en presentarse en ropa interior a los ojos del italiano. El retazo de tela, de alta costura italiana, dejaba entrever todas sus líneas, y sin sujetador, marcaba su abundante y respingón seno. Desmaquillada, seguía teniendo un atractivo único. Era hermosa, una mujer sin operaciones quirúrgicas, que usaba poco maquillaje y la ausencia de este casi era imperceptible. Atractiva, aún con su rojiza cabellera despeinada. Una visión celestial para el italiano. La figura de la mujer contrastaba con la fuerza de la luz que entraba por las ventanas en segundo plano. La luz de la mañana proyectada por el agua del puerto creaba una escena casi bíblica. Fue una fulguración para Bruno.

—¡Tengo que explicarte algo! —exclamó Bruno.

—Buenos días, primero, ¿no? —dijo la mujer dándose la vuelta

para que entrase el invitado inesperado.

Bruno se calló, aguantó el aire como en una apnea repentina. La tela negra acariciaba las dulces nalgas de Marguerita a cada paso que daba. Se perdió en la visión que tenía delante, extravió el hilo de lo que le estaba diciendo y el porqué de su presencia allí. Era muy pronto para una visión así.

—¿Te importaría entrar y cerrar la puerta? —dijo la mujer entrando en su habitación.

El italiano obedeció, mientras ella entraba en el cándido albornoz del hotel.

—¡Necesitamos a Verónica! —dijo él, volviendo a entrar en sí.

—¿Qué has descubierto?

—Tengo que enseñarte las cámaras del Hotel Andretti, necesitamos su ordenador —indicó el italiano con ímpetu y añadió—: Lo hemos tenido delante de los ojos.

La mujer encendió el móvil y llamó a la joven colaboradora para que fuera lo antes posible.

—¿Has desayunado? —preguntó la mujer a Bruno.

—No. Me he despertado pronto, ha sido una corazonada y he ido directo al hotel a revisar las grabaciones.

La mujer dejó el teléfono móvil y llamó el servicio a habitaciones con el fijo. Pidió que le subieran dos desayunos completos y mucho café.

—Ponte cómodo, paso un rato al aseo.

Bruno estaba nervioso por enseñarle su hallazgo, temblaba por los nervios. Encendió la televisión. No entendía casi nada de francés. A los pocos minutos, apareció el camarero del servicio de habitaciones y apoyó la enorme bandeja en la mesa de la sala de estar. Bruno le entregó un billete al empleado y este desapareció tras la puerta. El desayuno constaba de salado y dulce. Huevos, beicon, embutidos y pan. Cruasanes de mantequilla, una amplia selección de mermeladas y varias pastas pequeñas. Todo humeaba recién hecho o sacado de un horno. El olor a chocolate caliente de los cruasanes dominaba a los otros aromas que pincelaban el ambiente con menos fuerza.

La mujer salió del lavabo con la cara enjuagada y con un atuendo menos provocativo.

A los pocos minutos de empezar a degustar el manjar, apareció la joven informática. Esta puso el ordenador en una mesa auxiliar al lado de donde estaban desayunando.

—Verónica, tienes que rescatar la cámara número seis del Hotel Andretti, dos minutos antes del asesinato de Ragusa —le dijo el italiano sin soltar la taza de café.

—¿Qué buscamos? —preguntó la joven mirando a su jefa y

despertándose con una buena dosis de cafeína.

—No lo sé, está muy enigmático esta mañana.

Vero comenzó a rebobinar y buscar la cámara indicada.

—Pero esta es una cámara que enfoca la cocina. —Se sorprendió la informática.

—¡Exacto! ¿A quién se le ocurriría mirar esta cámara si el asesinato fue cometido en otra zona del hotel? —aseguró el italiano.

La chica disminuyó la velocidad de retrocesión temporal y pasado el momento, puso play.

—Además, enfoca una zona inútil, una puerta —refirió la muchacha con un toque de inexperiencia juvenil

—Mira ahora… —dijo Bruno.

En la pantalla aparecía una persona que, para salir de la cocina, abría la puerta al fondo de la estancia y, en el instante que esta se encontraba abierta, aparecía una persona en el pasillo. Un hombre de mediana edad, moreno, pelo corto, aparentemente vestido con elegancia y una maleta oscura rectangular colgada al cuello.

—Para aquí —indicó Bruno mientras la joven congelaba la imagen, y mirando a Marguerita le pregunta—: ¿Te recuerda a algo?

La mujer observó la pantalla afinando la vista.

—Vero, ¿puedes ampliarlo?

La joven la aumentó hasta que los perfiles se desgranaron.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es lo que pienso, o me equivoco?

—¡No te equivocas! Es él. Es el hombre que cogió el abrigo en el guardarropa la noche del robo del cuadro. Estaba allí —confirmó el italiano—. Mismo abrigo, misma apariencia y, sobre todo, misma maleta. Vero, ¿puedes ir a la grabación del vestíbulo de la cena de Gala antes del robo?

La chica dejó de lado la imagen congelada y rescató las otras grabaciones. A los pocos minutos, la misma persona apareció en el lugar que indicaba. La pantalla del ordenador de la joven estaba dividida. Por la derecha, la imagen del hombre misterioso que se veía en la puerta abierta del hotel Andretti. Por la izquierda, el vestíbulo del hotel Crystal Palace, con el mismo hombre de la maleta, viéndole la cara delante de Marguerita y Bruno, a dos metros de distancia.

—Lo teníamos delante. No me lo puedo creer.

—¡Blanco y en botella! Pero no es todo —exclamó Bruno sacando su móvil y la lista que le entregó la misma mañana el portero del hotel —. Mira, este individuo era compañero de Ragusa, se llama Andrea Perfel, es trabajador de la casa de Subastas O'Connors. ¡Mira es él!

Bruno señaló el nombre que aparecía en el listado de huéspedes y con el móvil las fotos que salían en Google y en Facebook.

—Desde luego, el nombre es un programa.

La mujer de un sobresalto se levantó, cogió el móvil y se dispuso a

llamar.

—¿A quién llamas? —preguntó el italiano

—Tenemos que pararlo.

33

La mujer se encontraba erguida, en albornoz.

Aguantaba el móvil y esperaba a que alguien al otro lado le contestara.

—No me lo puedo creer, lo teníamos delante. Vamos, vamos.

—Por eso no lo veíamos, porque era alguien de la casa, alguien que pasaba desapercibido.

—¿Sí? Soy Marguerita De Angelis, me urge una información. Necesitamos saber si un huésped sigue alojado en vuestra estructura, el señor Andrea Perfel —dijo energéticamente.

«Sí, un momento, señora, que compruebo», dijo al otro lado del aparato el recepcionista. Esperaron unos largos instantes hasta que finalmente concluyó: «Le he hecho personalmente el *check-out* al señor Perfel hace cosa de dos horas».

—¡Mierda! —dijo la mujer sintiéndose como en una carrera y yendo siempre unos pasos por detrás.

La mujer se lo agradeció el chico del hotel y colgó. Se acercó el teléfono a sus carnosos labios y se puso a pensar mirando el infinito del mar mediterráneo por su ventana.

—Y ahora, ¿qué hacemos, jefa? —preguntó Vero

La mujer se quedó callada, igual que Bruno, que estaba sentado delante de la pantalla observando el individuo que, seguramente, era el asesino de su buen amigo Ragusa.

—Vero, pon Play a esta grabación —pidió Bruno, indicando hacia la cámara que enfocaba la noche de la Gala.

La chica obedeció. Marguerita se giró para ver la pantalla.

La imagen se activó de golpe. El verdugo desaparecía por el pasillo cerca de la sala donde se guardaban las obras de arte de la subasta. Aparecían Marguerita y Bruno, aproximándose a la escalera donde estaban a punto de despedirse, cuando su atención era captada por una pelea en el vestíbulo. Bruno se ponía delante de ella, como para protegerla, en posición de salvaguardar su incolumidad. Los dos observaban la imagen y revivieron la escena.

—Mira, Marguerita, fíjate en esto —dijo Bruno indicando el monitor—. La pelea fue una distracción para acaparar la atención de

todos. ¿Sabes con quién no hemos hablado? —concluyó mirando a la cara a la mujer.

—… Los dos hombres de la pelea —contestó la mujer.

—¿Por qué estaban allí? ¿Quién los ha contratado? Nada es una coincidencia —confirmó Bruno.

—Creo que tendremos que visitar la comisaría. Estos dos nos tienen que explicar muchas cosas. Además, informaremos al jefe de policía del hallazgo que has hecho —dijo mirando Bruno y concluyó —. Buen trabajo, casi que te podría fichar para mi equipo.

El hombre dibujó una mueca de agradecimiento, aunque él prefería que lo fichara para su vida personal, en lugar de la profesional. La mirada de admiración de la mujer chocó con la de cariño del hombre, desprendiendo chispas.

La joven informática notaba lo que estaba naciendo entre los dos, pero su discreción la llevó a no decir nada. El cariño que había nacido en poco tiempo entre los dos ya no era posible esconderlo, se veía desde lejos, aunque ellos dos no eran conscientes de cuánto lo externalizaban.

—¿Me voy jefa? —preguntó la joven rompiendo el sortilegio.

—No, te vienes con nosotros a la comisaría. Me cambio y nos vamos —dijo la mujer—. Así tendremos un modo de decir al jefe de policía que se emita una orden de búsqueda y captura internacional para Perfel. También tendremos que informar Morel de los avances.

La mujer entró en su habitación dejando la puerta abierta para cambiarse. La joven recogió su ordenador, metiéndolo en la mochila, y el hombre se dispuso a salir de la habitación.

Bruno seguía con una sensación de que algo se le escapaba. Los detalles eran importantes. Los mismos que le permitían ganar una carrera, serían los que le harían capturar el asesino de Calogero.

Todo estaba sobre la mesa, la partida y, también, por supuesto, los detalles que faltaban para componer el puzle. Solo era cuestión de encontrarlo. Solo era cuestión de tiempo.

34

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del robo.

La villa Rizzato estaba siendo engullida por el silencio.

Todo el personal de servicio se había retirado, solo quedaba la voz de Renato rompiendo la noche. Igual que de decibelios, la casa se oscureció. Las pocas luces difundidas ayudaban a la menguada luz que venía de la chimenea. Dejaron que el fuego se fuera poco a poco apagando. La actividad en la mansión, pasada la medianoche, únicamente se encontraba en la sala de la chimenea. Las tres personas sentadas delante del fuego estaban siendo víctimas de la oscuridad. No solo de la nocturna, sino también de la que envolvía la historia de Rizzato. Renato, igual que el fuego, aportaba luz a los dos detectives.

Encima de sus cabezas, enormes vigas de madera envejecidas aguantaban el techo. La pared de la derecha, de piedra, estaba repleta de cuadros de artistas desconocidos y, seguramente, de enorme valor. En la de la izquierda, se encontraba una ventana que permitía ver el jardín externo. A una punta, una minicadena a torre, con una colección de discos, viejos vinilos y un tocadiscos abandonado. Encima, una estatua de cabeza de caballo. Las tres boticas de cuero se apoyaban en una alfombra gastada.

El humo del habano envolvía el ambiente, dejando su recuerdo en la ropa. Parte de este, se colaba por la campana de extracción, juntándose con el de la combustión de la leña.

—Me acuerdo como si fuera ayer. Gian Paolo estaba más feliz por el hallazgo del coche, que por el enorme mercado que se nos abría en la vieja URSS. —Se formó una sonrisa en su rostro lleno de arrugas fruto de sus vivencias—. Priorizó el ir a buscar el Auto Union antes que organizar los pasos comerciales. Estos los delegó, supervisando los avances. Sin embargo, en el tema del coche seguimos codo a codo. Primero conseguimos un Ferrari, un 308 GTB rojo, el más económico del momento. Nos costó… —Renato se calla y comienza a pensar, pasados unos instantes continúa—: veintitrés millones, quinientas

treinta y tres liras. Era de un empresario de cerámica de Sassuolo, que lo cambiaba por un 348 TB. El primer Ferrari construido por FIAT. Ya teníamos el Ferrari, ahora necesitábamos organizar el viaje. Eran dos mil cien kilómetros atravesando el norte de Italia, Austria, Checoslovaquia y, finalmente, entrando en la URSS. Todo por las carreteras de entonces, casi cuatro días de ida y otros de vuelta. Una odisea, pero sin sirenas…, bueno eso es otro tema y me adelanto.

—Sirenas, ¿a qué te refieres? —preguntó Bruno.

—¿Has leído la Ilíada? —dijo Marguerita.

—Hace tanto, que no me acuerdo de eso…

—No te preocupes, luego llegaremos y te acordarás. Pero ahora no toca. Necesitábamos un todoterreno y un remolque para todo lo que pudiera pasar. En esa época era famoso el rally Camel Trophy por África, este se hacía con los Range Rover y en Carpi estaba de moda tener uno de esos. Compramos el más potente y equipado, parecía que íbamos a la selva. Tenía todo tipo de complementos. Añadimos el gancho para arrastrar un remolque y compramos uno. El mejor en el mercado, con dos ejes y cuatro ruedas. Con este teníamos que trasportar un Ferrari a la ida y un Auto Union a la vuelta. Compramos una lona que cubriera por completo el vehículo para que no se viera. Tumbamos los asientos del todoterreno y llenamos el maletero de ruedas de recambio, tanto del coche, como del remolque. En la vaca pusimos herramientas de supervivencia para el viaje y garrafas de gasolina por si acaso nos faltaba. Preparamos los papeles, permisos, pasaportes, y un día de noviembre la aventura de Rizzato y mía hacia oriente para rescatar el coche de Nuvolari perdido arrancó. Fue un gran viaje, pero estos señores… —Renato hizo una pausa para dar más énfasis a lo que iba a decir a continuación—… Os lo explicaré mañana desayunando.

—¡NOOOO!, justo ahora en lo más interesante.

El habano se había acabado y, a pesar de lo interesante que se estaba poniendo la historia, sus viejos ojos cansados comenzaban a cerrarse.

—Me imagino que os quedáis a dormir aquí. Es la una de la madrugada, dudo de que vayáis a un hotel. Además, he hecho disponer al servicio de dos habitaciones, ¡sabéis aquí sobran! —dijo Renato levantándose de la butaca de cuero, mientras esta crujía como si se quejara de haber soportado su peso.

Marguerita se quedó sin palabras. Mientras Renato salía de la estancia, esta se giró hacia Bruno para ver qué decía él. En parte, ella sabía que el hombre tenía razón, era muy tarde para desplazarse hacia un hotel.

—Gracias, Renato, estaremos muy a gusto en las habitaciones —contestó Bruno—; déjame solo un momento para ir a buscar las

maletas al coche.

—No te preocupes, el servicio ya las ha dejado en vuestras habitaciones. ¿Con quién piensas que estás hablando? —refirió molesto el consigliere.

Subieron los tres por las escaleras en el silencio más absoluto de la noche. Renato indicó las habitaciones de cada uno y dijo que se verían a desayunar a las ocho de la mañana. Les dejó en el pasillo y se dirigió hacia el final de la planta, desapareciendo detrás de una puerta de madera, satisfecho por el día.

Los dos detectives, erguidos uno enfrente del otro, no sabían muy bien qué hacer. Bruno miró hacia el suelo, sonrojado. Marguerita, que entendió la incomodidad del italiano, se acercó, lo cogió por la cintura y lo abrazó, apoyando la cabeza en su hombro. Su oreja percibía el acelerar del corazón del italiano, podía oler su perfume, podía sentir su amor. Se quedaron así un buen rato, degustándolo, sabiendo que lo mejor que podían hacer era que cada uno cerrase su puerta por dentro.

Marguerita se incorporó, lo miró a los ojos y lo besó en los labios. La boca carnosa de la helvética se dio el último gusto del día y luego dijo:

—Gracias. Buenas noches.

—Gracias por… —dijo Bruno, que se vio inmediatamente interrumpido por el dedo índice de la mujer, quien le impidió de seguir. El resto se lo dijo su mirada y el aleteo de sus largas pestañas negras. Sin una palabra más, pero con mucho deseo reprimido, se separaron y entraron en sus habitaciones, siendo conscientes de que era lo correcto.

Marguerita, al dar los primeros pasos en la habitación, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Ni se dio cuenta de cómo era la habitación, ni de lo que había en su interior. Abrió la maleta, sacó la pasta y cepillo de dientes y se los lavó. La autonomía le duró solo para quitarse la ropa e introducirse en la cama. Empezaba a coger el sueño, notaba que el cuerpo se estaba durmiendo, soltando rampas de cansancio, y entró en trance. Empezó a repasar todo lo que había pasado ese día, agradeciendo lo afortunada que era. El cuerpo comenzó a soltarse y perdió el control. Se estaba durmiendo. Unos instantes antes, en posición fetal, pensó en Bruno, le hubiese encantado dormir con él haciendo la cuchara. Se durmió. Un ruido rompió en dos el silencio de su habitación, la maneta de su puerta fue bajada ruidosamente. La despertó, perdió la noción del tiempo. La puerta se estaba abriendo. Se dio cuenta de que, con el cansancio, no había cerrado el cerrojo y alguien estaba entrando en su habitación. La puerta estaba por momentos más abierta, Marguerita quedó petrificada bajo las sábanas. Echó de menos a su compañero, quería

que estuviese con ella. Maldijo la decisión de dormir en habitaciones separadas. Entró la luz del pasillo, tenue, anormal, con un matiz verde.

«¿Quién era?», se preguntaba y, sobre todo, «¿qué quería?»

35

Comisaría de policía, Principado de Mónaco.
Viernes, 14 de Mayo
Dos días después del robo.

Los tres detectives entraron en la comisaría.

Era una estructura modesta, casi infrautilizada; en el Principado se producían pocos eventos que necesitaran de su intervención. Era más una función de policía local, de tráfico y de coordinación con Francia. Los picos de trabajo se producían en verano, como en el rally de Montecarlo o en el Gran Premio.

En el vestíbulo se encontraba una mujer rubia, con coleta, en uniforme, mirando el ordenador, realizando tareas. Al entrar los tres, esta no se inmutó, siguió con sus quehaceres. Se acercaron al mostrador acristalado y Marguerita se presentó anticipándose al italiano, sin captar la atención de la policía.

—Venimos a hablar con los detenidos por la pelea del miércoles.

—¿De dónde dicen que vienen? —preguntó la policía levantando la vista y dignándose a dirigirles una mirada.

—Somos de la aseguradora de la casa de subastas, ¿podemos ver a los dos hombres?

—¿Y quién os da el permiso para entrar?

Marguerita comenzó a tantear a la mujer; tenía pocas luces, o le faltaba un hervor, o las dos a la vez. Astuta, como una zorra, se aprovechó.

—He hablado con Morel, ¿conoce al organizador y presidente del Gran Premio? ¿Mathias Morel? —Empezó a enredarla y a apabullarla sobre las personas influyentes que le podían caer encima. Y siguió sin darle el tiempo a contestar—. Pues ha hablado con el Príncipe Alberto y vuestro monarca ha hablado con tu superior para asegurarse de que se me diera la máxima disponibilidad en la investigación. ¿Ahora nos dejarías pasar?

—No sé si puedo, no sabría… —contestó la policía perdida.

—¿Realmente quieres entorpecer una investigación? ¡Yo que tú me lo pensaría muy bien! ¡Incluso dos veces!

Marguerita se giró de espalda al mostrador, echándole toda la

responsabilidad a la agente, y lanzó el farol final—. Bruno, llama a Jeremy Dubois y dile que estamos en la recepción con una agente que nos está causando problemas.

—Vale, vale, me ha convencido. —La mujer se rindió.

Llamó un gendarme para que los acompañara.

Al minuto, apareció un agente en el vestíbulo que los escoltó por las estancias internas. Pasaron por delante de varios despachos, casi todos vacíos, la mayoría de los agentes estaban por las calles. Llegaron a unas escaleras y bajaron a la parte inferior, donde se guardaban a los presos.

—Esta tarde tienen vista delante del juez —añadió el agente bajando las escaleras.

El espacio era como un retrete enorme. Tapizado por cerámicas grises, baratas, tristes. Las celdas estaban delimitadas solo por barras de hierro. Los techos eran prefabricados, con placas de pladur. El ambiente soporífero, el aire cargado y el silencio de la desidia. Los dos presos estaban en dos celdas diferentes, pero comunicadas visualmente. Aburridos y callados. Tenían que estar hartos de hablar entre ellos después de un día y medio encerrados. No había nadie más en toda la planta.

—Tenéis visita —anticipó el policía y se marchó—. Portaros bien, disponéis de cinco minutos, ni uno más.

—Hola, chicos. Soy Marguerita De Angelis, inspectora jefa del seguro en el robo del cuadro. Ellos son mis compañeros, Bruno Malatesta y Verónica. Estamos aquí porque hay unos ricachones de Suiza que no quisieron pagar los millones de las piezas robadas.

Los dos chicos no llegaban los treinta años, con cuerpos fuertes, trabajados en gimnasio. Despeinados, uno con el pelo largo rubio natural y el otro corto y moreno. Seguían con el esmoquin de hacía dos noches. Parecía como si hubiesen venido de una noche loca y estuvieran con resaca.

—Hola, Marguerita. Sois la primera visita que tenemos —contestó uno de los dos.

—Os necesitamos para entender qué paso la noche del miércoles. ¿Podemos confiar en vuestra ayuda?

Los dos detenidos se miraron a la cara, levantaron los hombros como si no pasara nada e hicieron un signo afirmativo.

—¿Sois amigos? —preguntó Bruno.

—Sí, somos amigos de toda la vida, crecimos juntos en Lion.

—Lo suponía —continuó Bruno delante del estupor de sus dos acompañantes —. ¿Quién os ha contratado?

—No lo sabemos. Un tipo nos contactó por medio de una aplicación y nos prometió dinero fácil —dijo el chico moreno.

—Nos explicó lo que teníamos que hacer, nos propuso asistir a la

gala. Nos pagó el trasporte, comida, barra libre de bebidas y una noche de hotel. Nos llegó a casa el esmoquin, ¡parecía cojonudo! —replicó el mismo chico.

—¿Os dais cuenta de que gracias a vuestra estúpida actuación casi roban un cuadro y ha desaparecido un vehículo de enorme valor? —interrumpió Marguerita.

Los dos muchachos miraron hacia el suelo, conscientes del lío que habían provocado y, peor aún, lo que pendía sobre sus cabezas.

—¿Quién era ese tipo? ¿Era este señor? —Bruno le enseñó una foto de Perfel.

—Nunca le hemos visto en cara, siempre llevaba una máscara extraña en nuestras videollamadas. —contestó el chico rubio.

—¿Y os habéis metido en esto aceptando un trato de un… personaje con una máscara? —preguntó la mujer—. ¡Os merecéis el castigo del juez!

—Marguerita, no seas tan dura, son jóvenes, todos hemos cometido estupideces en la vida…, yo y tú, seguramente.

—Señora, nosotros no teníamos ni idea de las consecuencias ni de lo que podía ocasionar lo que íbamos a hacer. Os lo juramos, si no, no hubiéramos venido, somos buenos chicos en el fondo. —se defendió el rubio mirando su amigo.

—Siento que dicen la verdad, Marguerita —confirmó el italiano.

—Se ha acabado el tiempo. Vamos saliendo, por favor —dijo entrando el agente que los había acompañado.

—Gracias chicos y suerte —se despidió Bruno.

—Muchas gracias por vuestra colaboración, ánimo, todo pasa —concluyó la mujer.

Los tres salieron con menos respuestas y más preguntas de las que tenían al llegar. Se acercaron a la escalera y a Bruno se le ocurrió una cosa. Se separó del grupo, dio unos pasos hacia atrás, levantó un brazo y soltó su idea.

—Chicos, una última pregunta.

—No, no, habéis acabado el tiempo —dijo el agende casi a mitad de las escaleras.

—Sí, sí, claro, agente, es muy rápida. ¿Qué forma tenía la máscara?

Los dos se miraron a la cara con una expresión de entre que no se acordaban y que era una pregunta sin sentido… aparente.

—Creo que era una máscara negra, con unos puntos y líneas LED —dijo el rubio.

—Sí, exacto. LED verde, con unas cruces en los ojos. Daba bastante miedo, nos pareció hasta original. Suerte que era por vídeo, si no me hubiese asustado de encontrar a ese tipo por la calle.

—Genial, gracias, chicos, suerte —respondió Bruno y subió las

escaleras detrás de los demás.

* * *

Las ideas de conspiraciones habían tomado el control.

El jefe de la policía abandonó la obsesión por capturar el coche, para desenmascarar a la cazarrecompensas como ladrona encubierta. Comenzó a pensar que su medalla al honor pasaba por la mujer y así limpiaba su humillación en la autopista francesa, cerrando entre rejas a su sospechosa.

La insistencia en pensar en ella fue tal, que le pareció verla pasar por encima de la pantalla de su despacho. No era una visión, era real.

«¿Qué hacen estos, una visita guiada?», se preguntó el jefe para sí.

Justo por enfrente del despacho del jefe, pasaban en fila india el agente que los había acompañado, luego Marguerita, la chica y, por último, el italiano.

—¡¿Creéis estar en el Jurassic Park?! —gritó el jefe desde detrás de su escritorio, levantándose.

El agente empezó a hacerse pequeño, intuía lo que podía estar por venir.

—¡Julién!, ¿de dónde venís?

—Los he acompañado para que hablaran cinco minutos con los detenidos —respondió el agente casi tartamudeando.

—¿Cómo?, ¿quién lo ha autorizado? —esputó el jefe dando la vuelta a su escritorio.

—¡Lo he pedido yo, señor Dubois! ¿No se acuerda de la llamada de su monarca? —Marguerita se puso en medio.

La furia que sintió se trasformó en desprecio, luego venganza y, por último, vio una oportunidad. Era justo lo que deseaba el jefe, pretextos servidos en una bandeja de plata.

El gendarme intentó marcharse.

—¡No, no, quédate aquí, Julien! ¿Y usted quién es para dar órdenes? ¿Acaso se siente aún de los servicios secretos? —preguntó el jefe más calmado, comenzando a jugar al gato y al ratón.

La mujer se sintió chafada por la losa del pasado. No podía creer lo que acababa de escuchar. Se quedó sin palabras, hacía mucho tiempo que el pasado no la sobrepasaba e inundaba la habitación estanca de su vida. Sintió una profunda vergüenza casi injustificada, sin embargo, para ella era una cicatriz abierta, una parte de su vida que no acababa de superar. Bruno le miró perplejo, se sentía como en una película en la que no acababa de entender el guion. Se giró hacia la mujer, como para que ella se defendiera. Verónica, que llevaba varios años en el equipo, desconocía el pasado de su jefa, la discreción hermética de la mujer no había filtrado ningún dato de su vida pasada antes de la actual.

—Oh, qué sorpresa, nadie conoce su pasado oscuro en los agentes secretos y su posterior expulsión. No sé por qué, pero no me sorprende nada —dijo Dubois con tono desafiante.

—Veo que se ha informado —contestó la mujer mirándole con ira, con el ceño fruncido—; no tiene derecho a rebuscar en el pasado.

—Claro que lo tengo, sobre todo cuando sospecho de una mujer que puede haber robado un coche de ese valor.

—¿En serio cree que he sido yo? Esto es lo más absurdo y ofensivo que he oído en mucho tiempo.

—Marguerita, ¿eras un agente secreto? —preguntó sin juzgar Bruno ante el estupor de Verónica, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Marguerita ni siquiera escuchó las palabras del italiano.

—No solo lo pienso, sino que creo que eres una delincuente y te voy a meter en el calabozo —dijo el jefe. Se giró hacia el agente y le ordenó—: Julien, cántale sus derechos y enciérrala en una celda.

—Pero, señor, ¿está seguro? —preguntó el agente

—Segurísimo, venga abajo. Ale, ale.

El agente, difiriendo de la orden recibida, cogió de los hombros a la mujer. La acompañó de vuelta al sótano, esta vez como ocupante, no como visitante.

—Venga, vamos, señora, no me haga esto aún más difícil —dijo el agente

—¿Y con qué acusación? ¿Se puede saber? —preguntó la mujer mirando al jefe antes de salir.

—Contaminación de pruebas, robo y asesinato. ¿Le parecen suficientes? —contestó el jefe levantando la voz para que esta lo oyera.

—Bruno, llama Morel y explícale esto. Él sabrá qué hacer —gritó la mujer desde las escaleras, ya desaparecida de la vista del italiano.

Bruno se sentía impotente, cabreado, rabioso con el inútil del jefe de policía. Pero entendía que todo llevaba su tiempo; sin embargo, el asunto de Perfel, que estaba escapando, aquel contratiempo solo le

daba más oportunidades. La posibilidad de discutir con el jefe habría sido tiempo perdido. Tenían que actuar en otra dirección, si no, las pocas posibilidades que quedaban se esfumarían como los deseos de futuro de su amigo Calogero, manchando la moqueta verde del Hotel Andretti.

Tenía que actuar rápido y allí dentro no podía; el jefe se había convertido en un enemigo, en una pieza de ajedrez del color contrario.

El jefe se sentó en su mesa, levantó el teléfono fijo.

—Fuera, fuera, tengo que llamar al juez —replicó despreciándolos.

Bruno, más alto que la chica, le apoyó el brazo en su espalda y le dijo:

—Verónica, vamos fuera, tenemos que hacer una llamada urgente.

36

Bruno amaba su vida, su casa, su trabajo.

Sus coches siempre habían sido sus mejores amigos, los Porsches lo acompañaron en todas las épocas de su vida. Echaba de menos a su 993 Targa, que tenía celosamente guardado bajo una funda de terciopelo rojo en el garaje. Lo sacaba de vez en cuando, para quitar la carbonilla, por las carreteras costeras de Marbella, con el techo de cristal retraído y la música de su motor a todo volumen. El aire danzando entre el pelo y sus gafas Persol con lentes azuladas, se sentía Steve Mc Queen. Amaba su vida, menos cuando los inconvenientes irrumpían sin aviso previo. No lo soportaba. Igual que las visitas inesperadas, los pollos quemados en el horno o los cambios en su agenda. Eso era un cambio en agenda tan grande como una catedral, le molestaba igual que las astillas debajo de las uñas. Reconocía los sentimientos que tenía por la helvética, aunque los problemas que estaban surgiendo eran irritantes. Pero ¿quién no tiene problemas? Separó sus pensamientos de la realidad. A pesar de todo, tenía que hacer algo por Marguerita, pero antes llamaría a la persona que ella le había indicado.

Se encontraban delante de la comisaría. Bruno y Veronica dudaban, no terminaban de creerse lo que acababan de presenciar. Los sonidos celestiales de los bólidos se oían en distancia. Las pruebas libres del viernes habían empezado.

El día era radiante, se había vuelto a levantar algo de viento, que sacudía las altas y verdes hojas de las palmeras. El espectáculo había comenzado, y él se encontraba resolviendo acertijos y asesinatos en lugar de estar disfrutando de conversaciones sobre coches y saboreando una copa de champán en alguna terraza con vistas a la pista urbana. Nada de lo que se imaginaba para ese fin de semana se estaba cumpliendo.

—Hoy sería un día perfecto para volver a fumar —dijo Bruno

—¿Cómo dices? —preguntó la chica.

—¡Déjalo! Tenemos que localizar a Morel y ponerlo en situación —indicó el hombre y sacó el teléfono móvil. Entró en la agenda, buscó el

contacto del director y apretó el botón “llamar”.

A los tres sonidos, el hombre contestó. Escueto, se encontraba en medio de una reunión. Bruno le explicó lo que acababa de hacer el jefe de policía con Marguerita y con cuáles motivos.

«¿Cómo dice? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?», ladró el director al otro lado del celular. «Bruno, has hecho bien en llamarme, me ocupo yo ¡ahora mismo!», y colgó sin decir nada más.

—Sabes, Vero, no me gustaría ser el jefe de policía, para nada —dijo el italiano metiendo el teléfono en el bolsillo, consiguiendo sonrisa de la chica—. ¿Llevas encima las grabaciones de las cámaras?

—Claro, ¡llevo siempre todo en mi mochila! —replicó la chica señalando la mochila.

Bruno, sonriendo, dijo:

—¿Has desayunado? Tengo una idea…

* * *

Los dos detectives caminaron un par de manzanas hasta encontrar una bulangerié abierta con mesas para desayunar.

Los cruasanes a la mantequilla cobraban vida en el horno. Nada más entrar en la pastelería francesa se sentía un éxtasis de olores. El chocolate caliente se enlazaba con la mantequilla y con la canela. Los aromas de crema y a vainilla, más suaves al olfato, se percibían después. Una parte de cafetería disponía de mesas vacías. Muchas de las personas acostumbradas a ir a desayunar en el paraíso del cruasán, no acudían el fin de semana del Gran Premio por el ruido y las calles cortadas.

Vieron una mesa redonda de mármol, al lado del cristal, y se sentaron. Pidieron cruasanes como si nunca hubiesen comido, cafés y zumos de naranja.

—¿Crees que Marguerita es lo que dice el jefe de policía? —preguntó la chica con los labios llenos de chocolate y con azúcar glas en la punta de la nariz.

—Todos tenemos nuestro pasado. Sin embargo, he aprendido a valorar las personas por lo que son hoy, no juzgarlas por los errores

cometidos. El pasado esculpe el carácter de hoy, sin nuestras cicatrices no habríamos evolucionado —contestó Bruno, mirando fuera del cristal, pero observando en su interior—. Todos tenemos nuestro pasado, a veces nos avergonzamos, sin embargo, nos caracteriza.

—Me he quedado sorprendida, pero conmigo siempre se ha portado bien, es una buena jefa. ¿Hace mucho que la conoces?

Bruno, enfrentado a la pregunta de la chica, levantó la mirada como si tuviera que recordar, empezó a contar con los dedos, hasta llegar a cinco—… Desde el miércoles noche. —Volvió a mirar la joven y se pusieron a reír.

Vero soltó en una carcajada sonada, llamando la atención de toda la pastelería. Bruno se sentía cómodo con la chica, era dulce en el fondo, fuera de su aspecto poco femenino. Nunca se podía juzgar a una persona por sus atuendos o comportamientos, por conocerla superficialmente.

Una vez acabado el manjar, devolvieron la porcelana vacía. Bruno pagó el desayuno por el valor de una mariscada en Málaga y Verónica sacó el ordenador.

—Hay que ir a las cámaras de vigilancia del palco donde estaban los coches —indicó Bruno mientras la joven buscaba en sus carpetas —. Tenemos que rescatar las imágenes de ayer, cuando se llevaron los coches.

La muchacha encontró las grabaciones.

—¿Qué es lo que buscamos?

—No lo sé, nada en concreto, pero hay detalles que se nos han escapado, seguro.

Las imágenes comenzaban con la llegada de la policía, luego el jefe, Marguerita con Bruno, y, por último, Morel y Rizzato. Empezaban a discutir, a desesperarse por el coche que había desaparecido y luego todos se iban. Las imágenes corrían a gran velocidad. Durante varios minutos de secuencia, que representaban varias horas de grabación, nadie aparecía, solo la Gendarmería que custodiaba el palco junto a los hombres de vigilancia. Hasta que llegaron los camiones de seguridad de la subasta, ya que, a media mañana Marguerita, había dado la orden de retirar los coches que quedaban.

—Vale. Ahora a poco a poco —indicó Bruno a la chica.

Aparcaron, extendieron la plataforma, cargaron el Ferrari, el Bugatti, el Lancia y, por último, el Alfa Romeo y se los llevaron.

Luego vuelve a haber un agujero de actividad.

Bruno soltó un sonido gutural de decepción.

—¿Qué te esperabas? —preguntó la chica.

—No, nada… —dijo Bruno con frustración.

Y justo cuando la chica iba a cambiar de imagen, apareció un tercer camión.

—Espera… —dijo él.

Lo vieron aparcar delante del palco vacío. Desplegando la plataforma, la pusieron a la altura del palco y salieron unos individuos uniformados de la casa de subastas. Se quedaron unos minutos mirando a sus alrededores y después volvieron a entrar en la caja del trasporte, replegando la plataforma y desapareciendo.

—Aquí tenemos el detalle. Rebobina hasta antes de entrar el personal en el camión —dijo Bruno.

La chica obedeció.

—¡PARA! ¿Puedes ampliar la imagen para ver la cara de este hombre?—dijo él, creyendo que lo había reconocido.

—No, esto es lo máximo.

—Dale al Play enfocándole.

El hombre de la pantalla, después de quedarse quieto a un lado del palco, arrancó a caminar hacia la izquierda, realizando un movimiento extraño con su pierna derecha.

—¡Vaccaboia!

—¿Sabes quién es?

—Pon esta imagen a mitad de pantalla y busca el momento exacto anterior a la pelea en el vestíbulo del hotel Crystal —indicó Bruno excitado

La chica rescató las imágenes y encontró el fragmento al que se refería el italiano. Apretó el Play y apareció un hombre con una gabardina y una maleta al cuello justo delante del guardarropas, delante de Marguerita y Bruno. Recogió la maleta de la señorita del guardarropas, estiró su correa, se la puso al cuello y arrancó en dirección al pasillo del robo, levantando la rodilla de la pierna derecha.

—¡Joder! —dijo la chica—. Es Perfel. Es el mismo hombre.

Bruno se puso a reír, con una risa cínica, de derrota.

—¿Qué hace Perfel en el palco vacío, con más gente y un camión?

—Robando el Auto Union —dijo Bruno, como si fuera el Sherlock Holmes contestando a Watson.

La chica se levantó de golpe, con la boca abierta y con las manos en las mejillas, como el cuadro de Münch. No se lo creía.

—Siéntate, por el amor de Dios —pidió Bruno arrastrándola de nuevo a la silla por una manga.

—Pero tenemos que avisar a la policía.

—Sí, exacto, al payaso de Dubois. No. Lo que tenemos que hacer es esperar y valorar nuestro próximos paso. Además, no sabemos dónde está Perfel.

Veronica se tranquilizó y se dispuso a pensar.

—Pero ¿cómo sabes que lo han robado? El coche no está.

—Ahí está el truco. El coche no lo ves, pero no se ha movido del palco en toda la investigación. Lo cargaron cuando Marguerita dio la orden de retirarlos. Los que tenían que retirar los coches, en realidad lo robaron. El Auto Union de Rizzato estará en ese camión en algún lugar.

—Pero ¿por qué no le vemos? No está —dijo la chica incrédula.

—Cuando desapareció la imagen tuvieron que haber colocado algún dispositivo que lo camuflara, además de haberle retirado el localizador GPS; eso delata que los tíos conocían muy bien el coche. Eso cierra el cerco.

Bruno miró al suelo recordando:

—El coche estaba allí, yo lo sentí. Estaba seguro.

—¿Cómo que lo sentiste? —preguntó extrañada, mirándolo con el ceño arrugado.

—Déjalo, es igual, es demasiando largo.

Entonces el teléfono de Bruno comenzó a sonar; era un número privado.

—¿Sí?

—Bruno, soy Marguerita. Al malnacido del jefe de policía le tiene que haber caído un puro, me acaba de liberar el agente. Dubois estaba encerrado en su despacho recogiendo sus cosas.

—O sea, ¿que ya te han liberado? Tenemos que explicarte lo que hemos descubierto —dijo Bruno.

—¿Qué preferías, que me quedara más tiempo? Entonces te habría pedido que me llevaras una maleta con mis potingues y ropa para cambiarme.

—¿Qué has dicho?

—¿Lo de los potingues…? Bueno, es una manera de decirlo.

—No, no. Has dicho maleta. ¡VACCABOIA! ¿Cómo se me ha podido pasar por alto? ¡Maldita sea! —exclamó Bruno, atravesado por una corriente eléctrica que le pasó por la espina dorsal.

—¿Qué te pasa?

—Nos vemos en cinco minutos delante del hotel Andreotti. Creo que sé dónde está el Auto Union.

37

Circuito Ascari, Marbella, España.
Una semana antes del robo.

El calor abrasador hacía del asfalto del circuito un espejo, un juego de luz.

La temperatura creaba como un charco de agua, que el piloto confiaba en que no existiera. Los monoplazas corrían uno tras otro. El de color rojo iba primero, distanciado por un espacio prudencial del segundo, que llegaba a toda velocidad, sin intención de perder más terreno.

Bruno, desde la torre de control, observaba las maniobras de la carrera. Siempre con su radio, daba instrucciones al equipo esparcido por el trayecto.

Llevaba puesta una gorra negra, con el escudo de Porsche en la frente, que lo protegía de los rayos del sol. La alta temperatura, anormal para la época del año, lo hacía sudar como a un pollo. El perfume de los naranjos en flor le llegaba a cada ráfaga de viento de los campos perimetrales. Los aromas cítricos le recordaban el viaje a la Costiera Amalfi, a la tienda de Carthusia, a Angelika y, en consecuencia, a Stuttgart. Los olores despertaban la memoria y esta llamaba a la realidad. En ese momento, notó que su celular en el bolsillo del pantalón vibraba. Lo extrajo y contestó, era su amigo Calogero Ragusa. Hacía años que no se sabía nada de él, algo bueno tenía que pasar.

—¿No me digas que estás en el aeropuerto de Málaga? —preguntó Bruno.

—Hola, Bruno, ya me gustaría, sigo atrapado en la niebla de París —contestó Calogero—. ¿Dónde estás? ¿Te pillo bien?

—¿Los oyes? Estoy en medio de una sesión en el circuito, tostándome al sol.

—Qué suerte, aquí hace días que no lo vemos.

—Estás desaparecido en combate, ¿qué es de ti? —preguntó Bruno.

—Necesito hablar contigo —respondió con flema.

—Pues claro, ya sabes que estoy siempre para lo que necesites. Dime.

—No, por aquí mejor que no, nunca se sabe —contestó Calogero con voz de desconfianza—. Necesito verte, en Mónaco, me han dicho que te han invitado y has declinado. Necesito que vengas.

—¿Qué te pasa amigo? —interrogó preocupado.

—Nada. Bueno, he descubierto algo y no sé en quién confiar. ¿Puedo contar contigo?

—¡Vaccaboia, Calogero!, claro que puedes, pero no tengo ganas de ir hasta Mónaco.

—Te necesito, solo puedo confiar en ti. Nos vemos el miércoles por la tarde en la recepción del Hotel Andretti a las 17:00 horas —insistió Calogero, sin darle escapatoria a su amigo.

—De acuerdo —dijo suspirando—. Pero ¿qué pasa, Calogero?

—Por aquí no, no es seguro. Bruno, ¿cuántos días irás?

—Pues creo todo el fin de semana. ¿Por qué?

—Sobre todo, acuérdate de la maleta.

—¿La maleta? —preguntó extrañado Bruno

—Sí, hay que viajar con la maleta, siempre viaja uno con una maleta, recuérdalo.

—Claro, ¿cómo voy a ir con los gayumbos sucios un fin de semana entero? Hablas muy raro, amigo, ¿estás bien?

—Tengo que dejarte, nos vemos en Mónaco.

El hombre colgó. El destino quería que fuese a Mónaco, aunque fuera en contra de su voluntad. Todo era muy raro, pero no podía fallar a su buen amigo, algo pasaba y necesitaba su ayuda. Sin embargo, Bruno no se daba cuenta de cuánta ayuda necesitaría y de las consecuencias que esa corta llamada traería a su vida.

* * *

Llegaron jadeando al hotel. Vero y Bruno vieron que la jefa ya se encontraba allí esperando. Después de la visita más corta de la historia en las prisiones del Principado, estaba en ascuas por saber qué habían descubierto.

—Ya formáis un buen equipo —dijo Marguerita desde la distancia.

—Cuenta con ello, jefa —respondió la joven cogida del brazo del bello italiano.

—Claro, Vero es un portento —dijo Bruno sonriendo a la chica.

—Verónica, Bruno, quiero explicaros lo que decía el jefe…

—No, no es el momento, Marguerita, no hay prisa, ya nos contarás.

La mujer no estaba acostumbrada a ser interrumpida, sin embargo, esa vez lo necesitaba y encima le gustó.

—Escúchame bien, aunque parezca irreal lo que te voy a explicar —comenzó Bruno todavía jadeando por la subida—. ¿Te acuerdas cuando diste la orden de retirar los coches del palco? Pues vino un tercer camión, pero lo coches ya no estaban. ¿Por qué vino? ¿Sabes quién había encima del palco con el camión abierto? El mismo hombre que teníamos delante en el guardarropa el jueves antes de la pelea. Y el mismo tipo que vimos en las cámaras del hotel antes de la muerte de Ragusa…

—Andrea Perfel… —musitó la mujer—. ¿Y cómo sabes que estaba él también con el coche?

—Bruno lo ha identificado, pero es él, seguro al 99% —dijo la joven.

—Pero nosotros fuimos allí y el coche no estaba.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? ¿Qué notaba su presencia? Pues el coche estaba allí, fue movido más hacia atrás, antes del segundo piso, donde nadie buscaría. No lo veíamos porque tuvieron que aplicar unos dispositivos para cortar la imagen, no lo sé… El coche siempre estuvo allí. Y se lo llevaron cuando tú diste la orden de retirar los otros coches. Los ladrones te conocen muy bien, sabrían cuáles serían tus pasos.

—No me lo pudo creer —dijo estupefacta la mujer—. Pero yo estuve allí y no lo vi, joder.

—El coche lo teníamos delante y era tan obvio que no pensamos que podría estar justamente allí —contestó Bruno y miró hacia el cielo. De repente, se le encendió una bombilla—. Claro, ahora recuerdo. Hace unos años, unos chavales de Silicon Valley inventaron unos paneles LEDS que proyectaban la imagen que capturaban detrás. Es un efecto espejo, estaban realizando experimentos para el ejército con la finalidad de camuflar los tanques.

—Pero eso vale una fortuna. ¿Estás seguro?

—¿Tengo que recordarte qué vale el coche?

La mujer no respondió, sabía que quien había perpetrado ese robo era alguien que no improvisaba y para la que el dinero no era un problema, y que Ragusa, que lo había descubierto todo, había sido asesinado por ello.

Bruno entró en el hotel seguido por las dos mujeres, necesitaban

actuar rápido, a lo mejor no estaba todo perdido. Atravesaron el hall, como si ya fuesen huéspedes, saludando al chico de la recepción. El olor a vainilla se quedaría para siempre en sus recuerdos en relación a ese espacio.

Volaron por los escalones. El italiano llevaba la batuta y unas intuiciones encadenadas, sin darse cuenta de que era su sexto sentido quien le hablaba.

Entraron la habitación 224, el caos había pasado por allí. Marguerita comenzó a reír. El polvo en suspensión seguí creando una neblina. El olor a obra, a cemento, contrastaba con la vainilla del vestíbulo. La chica había realizado un San diego de manual, la estancia estaba desnuda y revuelta como un calcetín.

—Es lo que me dijiste… —se defendió la joven levantando los hombros, mientras la jefa seguía riendo.

—Vero, ¿dónde has dejado las pertenencias de Calogero? —preguntó Bruno.

La chica se dirigió hacia un armario empotrado; los pocos objetos que había dejado la policía se encontraban allí.

Delante del mueble, Bruno recordó las palabras de Calogero:

«Bruno, sobre todo, acuérdate de la maleta».

«Hay que viajar con la maleta, siempre viaja uno con una maleta, recuérdalo».

—¡La maleta!

Bruno fue directo a su equipaje, agarró la maleta y la puso encima del colchón que estaba apoyado directamente en el suelo. La abrió y estaba vacía. El hombre se quedó sin palabras y quieto.

—¿Qué pensabas de encontrar? —preguntó la mujer

Bruno no respondió. Quieto, silencioso, repitió lo que le dijo Calogero…

—La maleta… a lo mejor se refería a lo que había dentro…

—De qué estás hablado Bruno —preguntaba la mujer sin entender nada

—Calogero me llamó y me dijo cosas sin sentido, sobre la maleta, que uno cuando viaja siempre tienen que llevar la maleta consigo. Creo que me estaba diciendo algo, pero no podía entender lo que me decía. Tenía que estar preocupado por su vida… —Bruno miró en su interior rotando la cabeza—. Creo que no se refería a lo que llevaba, sino al interior de la maleta.

El hombre miró a su alrededor buscando algo.

—¿Qué buscas? —preguntó la joven.

—Un destornillador, un cuchillo.

La joven sacó un cuchillo suizo con la lama extraíble.

—¿Te vale?

Bruno miró el cuchillo, y luego le preguntó a Marguerita:

—¿Dónde has encontrado a esta chica? Parece la hija de MacGyver.

—Es una larga historia, ya te contaré.

Bruno cogió el cuchillo y empezó a seccionar la tela interna, los laterales, el fondo y, por último, la franja superior. Llevaba cola reciente, casi fresca. Apartó el tejido y allí estaba, lo que Calogero Ragusa había dejado por si no podía hablar, por si lo obligaban a callar, era su seguro de vida. Calogero tenía previsto que quizás podía no llegar a contárselo a su buen amigo, así que fue precavido, encoló en la maleta un pequeño recuadro de papel plegado.

Los tres detectives se pararon, se congelaron sus corazones, un escalofrío los invadió.

Entonces, Bruno vio una sombra negra, un fantasma. Comenzó a entrar en trance, a delirar. Volvió a ese estado que le preocupaba, que venía contadas veces, pero que era como la materialización de su don, o de su maldición. Su sexto sentido lo hizo levantarse. Veía a su amigo escribiendo en el escritorio. Sintió su angustia, su desesperación. La impotencia de no volver a ver a sus hijos, de no asistir al primer concierto de violín de su pequeña, ni de acompañarla al altar en el día más importante de su vida. Era consciente de que no vería el primer gol de su hijo, y de no poder estar en su graduación. El tormento de un padre, por no haber podido hacer más, por no poder estar en los momentos más importantes. Por no haberse despedido de la compañera de toda una vida, que ahora tendría que afrontar los problemas sola.

La sombra gris se levantó, plegó la hoja y la introdujo en la maleta, la cerró y la escondió. Al cerrarla siente alivio, pero, a los pocos instantes, Bruno vio cómo se levantaba, se acercaba a la puerta y una figura negra le disparaba, proyectándolo al suelo. Él, con sus sueños, sus secretos y la sangre que sobresalía del orificio. Bruno, de repente, sintió frío, desolación. La figura salió por la puerta. Bruno se levantó, indicando con el brazo el lugar donde se había encontrado el cuerpo. Triste, abatido, se arrodilló al lado de donde estaba la mancha de sangre. Comienza a llorar.

—Lo siento, amigo mío, llegué demasiado tarde.

A Bruno le caen unas lágrimas de dolor, de venganza, de amistad. Sentía en su puño la fuerza de lo que tenía que hacer, de lo que habría hecho su amigo por él.

—¿Estás bien? —preguntó Marguerita, arrodillándose a su lado,

acariciándole el rostro, con todo su amor, como una vieja leona que lame las heridas del león.

—Era mi amigo, ¡y le he fallado!

—No le has fallado, estamos a punto de coger a ese hijo de perra.

—Pero no estaba aquí para ayudarle.

—Bruno, no podemos evitar un homicidio, se nos escapa de las manos, pero podemos entregar a la justicia a los culpables.

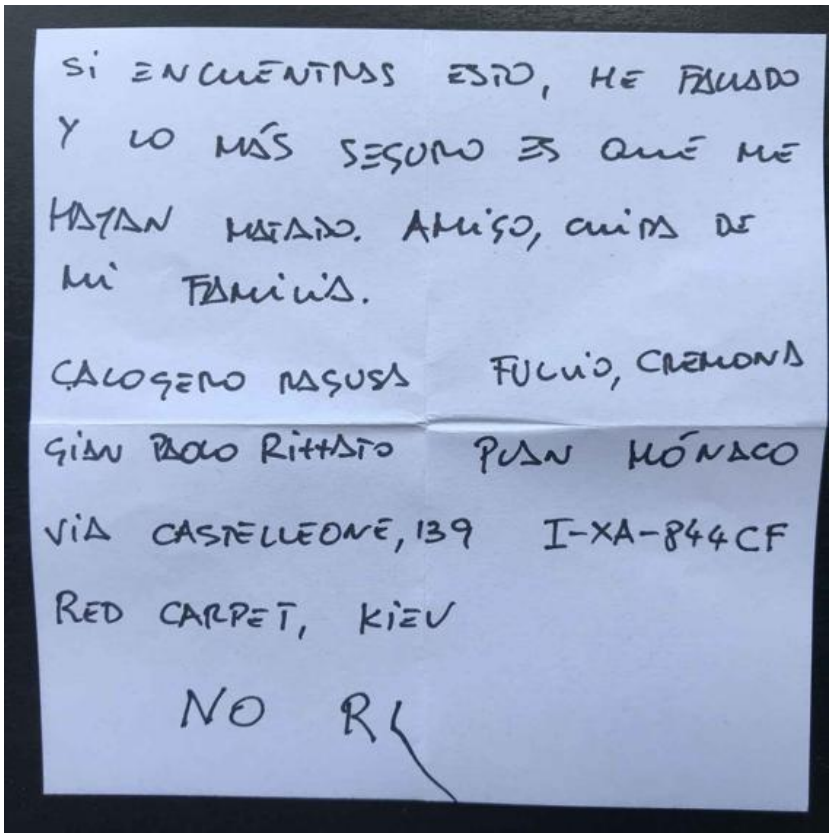
Marguerita levantó el rostro de Bruno, este la miró con los ojos llenos de lágrimas. La mujer le recogió la lágrima que estaba atravesando su mejilla.

—Lo que podemos hacer ahora es perseguir a Perfel y capturarlo.

—No sabemos dónde está. Ha escapado —contestó Bruno desconsolado, habiendo perdido de vista el mundo y la razón por la que habían ido hasta la habitación 224.

—Te equivocas. Tenemos la matrícula del camión. Está aquí en el papel que ha dejado Calogero —dijo la mujer enseñándole el papel que había leído mientras Bruno estaba reviviendo el momento del asesinato—. ¿Vamos a cazarlo?

38



Si encuentras esto, he fallado y lo más seguro es que me hayan matado.
Amigo, cuida de mi familia.

Calogero Ragusa
Fulvio, Cremona
Gian Paolo Rizzato

Plan Mónaco

Via Castelleone 139

I- XA-844CF

Red Carpet, Kiev

NO R|

Se estremeció.

Una fuerte emoción atravesó al italiano.

Tenía en las manos el papel que le dejó su amigo, tan solo unas horas antes Calogero escribía esas últimas palabras por si al final pasaba lo que se temía.

Era un pedazo papel, el recuadro de una hoja, posiblemente de una libreta que ya no estaba, había desaparecido. Fue precavido, dejó una señal al futuro para que intuyera su presente. No le dio tiempo de nada más, eran pocas palabras, coordinadas, sesgadas para acceder a la madriguera. Los, aparentemente, indicios confusos de algo o de alguien.

El papel, plegado en cuatro, no acababa de estar bien doblado, seguramente por el miedo que sentía en el cuerpo y por la falta de tiempo. Rápidamente cerrado y escondido, antes de que fuese demasiado tarde. Lo que podía pasar pasó, lo que descubrió era lo suficientemente importante como para merecer su silencio eterno.

A Calogero le gustaba su trabajo, amaba su familia, su vida, pero se metió en algo más grande que él y, seguramente, hurgó donde no tenía que hurgar.

Los tres detectives, de pie, miraban el recorte. Lo único que se entendía bien era la frase inicial de despedida. Luego aparecían dos nombres, el de Fulvio Cremona y el de Gian Paolo Rizzato.

El segundo lo conocían, y ya lo encasillaban en la historia; el primero no tenían ni idea de quién podía ser. ¿El asesino? ¿El mandatario de su asesino? ¿Un topo? ¿Su confidente? ¿Un ladrón? Las preguntas empezaron a llover en la habitación 224 del Hotel Andretti.

Después de los dos nombres, había una frase, que les llamó particularmente la atención. ¿Qué era “El plan Mónaco”? ¿El plan perpetrado para robar del coche? ¿Un enigma? ¿Un acertijo? ¿Un indicio que ya entenderían de qué se trataba?

Luego una dirección en Italia y por último una matrícula: I-XA-844CF. Consistía en una numeración italiana, comenzando por la “X”, que era símbolo de un camión pesado, de gran tonelaje, pero sin remolque.

Bruno, en medio de las dos mujeres, escudriñaba el mensaje, como

en una macabra búsqueda del tesoro. Aún olía al perfume de su amigo, llevaba veinte años sin cambiarlo, de una famosa marca de moda, inconfundible.

Apabullados por los acontecimientos de las últimas horas, los tres detectives se habían dejado invadir por las dudas y las preguntas inútiles. Quietos, sin reaccionar, se convirtieron en una decoración más de la estancia. Pensaban más sobre lo que no sabían y necesitaban saber, que lo que podían hacer con lo que tenían.

Hasta que Verónica dijo:

—¿Qué podemos hacer ahora? ¡Tenemos la matrícula! Puede que sea la del camión que ha cargado el Auto Union.

—¡Buena idea! Vamos a comprobarlo con las cámaras —exclamó Bruno.

La muchacha extrajo el ordenador de su inseparable mochila y conectó el Mac, entrando en las grabaciones.

—En la imagen que tenemos no se ven los dígitos de la matrícula —dijo la chica señalando la pantalla.

—Ok, entra en la cámara del hotel Crystal en el mismo momento, a lo mejor tenemos la suerte de que pasara por delante del hotel —indicó Marguerita—. ¿Te han dado el acceso remoto?

—Sí, se han olvidado de desactivar mi acceso, podemos verlo —contestó la joven—. Aún tengo acceso a su cuenta.

La chica seleccionó la cámara de delante del hotel y retrocedió hasta la hora del jueves, cuando retiraron los coches. Mientras Vero buscaba con su ordenador, Bruno entregó el papel a la mujer y se distanció. Miró a su alrededor, como si tuviera que tomar distancia de todo. Marguerita notó cómo se aparta el hombre y le lanzó una mirada de cariño y de complicidad.

—¡Joder! Perdón… Quiero decir que has acertado, el mismo camión pasó por delante del hotel —señaló la chica.

—Menudo fallo que tuvieron al pasar justamente delante del hotel. Congela la imagen —ordenó la mujer con el papel en mano—. ¡Bingo!, es nuestro camión.

—No creo que lo llevaran a la misma dirección del papel, sería demasiado obvio, creo que debe ser otra diferente.

—Comprueba la dirección —ordenó la jefa.

—Es un taller de coches, especializado en clásicos y competición —dijo la joven después de haber introducido la información del papel en el motor de búsqueda de su Mac—. Este señor, Fulvio Cremona, es el propietario de ese establecimiento.

—Demasiado fácil, ya veremos a qué responden estos indicios que nos ha dejado Calogero. Lo importante ahora es encontrar el camión.

Marguerita extrajo su teléfono móvil y llamó a Morel.

—Yo me encargo.

Enseguida, el director contestó.

«¿Ya estás fuera?», se oye al otro lado del aparato.

—Sí, gracias, el jefe de policía no estará muy contento…

«Me importa un pepino lo que piense».

—Creemos que tenemos identificado dónde puede estar el coche.

«¿Qué necesitas?», preguntó Morel al instante.

—Hablar con la policía Francesa y buscar una matrícula de un camión italiano. Desconocemos su paradero y su dirección, pensamos que trasporta el Auto Union.

«Llamo ahora mismo a un contacto que tengo en la Interpol. Dame la matrícula».

La mujer se la deletrea.

«Ok, dame cinco minutos», contestó el director antes de colgar el teléfono.

La mujer miró al italiano.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó él.

—Llama ahora mismo a la Interpol. A ver qué pasa.

Bruno se sentía como un animal enjaulado, metido en esa habitación de hotel, con todo lo que todavía tenía que hacer en el exterior por su amigo, el mismo que dio su último aliento en esa precisa estancia. En la lejanía se oían los bólidos que, a toda velocidad, pasaban por las curvas del trayecto urbano. Los viejos, pero cuidados motores, retumbaban con fuerza entre los altos rascacielos monegascos.

Pasaron más de cinco minutos, el tiempo se estiraba en aquella habitación desmantelada. El calor se intensificaba, no podían activar el aire acondicionado, por el polvo generado por el San Diego. La chica joven se veía tranquila, sentada en el colchón apoyado en el suelo, en su medio habitual, con la cara iluminada por la luz de la pantalla. Los ojos incansables buscando cualquier información en Internet que relacionara los indicios.

Marguerita se mordisqueaba las uñas, en un ataque de nervios por la espera. La llamada del director no terminaba de llegar.

Pasaron treinta minutos larguísimos, pero, al final, el móvil de la mujer sonó. Era Morel.

—Dime. Si, entiendo —respondió ella, escuchando lo que le iba diciendo el hombre al otro lado.

La mujer, en medio de la habitación, prestaba atención a la conversación, mirando a Bruno sin verlo. La mano libre se apoyó entonces en su cabeza, como desesperada. No le gustaba lo que oía.

—¿Entonces cómo podemos hacerlo? —preguntó la mujer, y al cabo de un momento concluyó—. Espera un momento. —Apartó el móvil y le dijo a Bruno—: Tenemos localizado el camión, pero hay un problema, y… gordo.

39

La mujer rompió la espera.

No eran buenas noticias, pero era lo que tenían. La mirada de Marguerita hacia Bruno gritaba: «¡acechan problemas!». Seguía con el teléfono en la oreja, escuchando a Morel. Perdida en los ojos del bello italiano, como si buscara en ellos una solución que aún no lograba vislumbrar. Sentía la complicidad. Una conexión basada en horas, pero forjada en los sentimientos. No entendía lo que sucedía, ni en su interior, ni en ese "ahora" de su vida. Frente a eso, sabía que podía confiar en el italiano y dejarse llevar por los sucesos.

—Tenemos localizado al camión —dijo la mujer.

—¡Bien! —exclamó el italiano, pero la expresión de la mujer no era de satisfacción—… ¿pero?

— …Ya se encuentra en Italia, y la gendarmería está fuera de su jurisdicción.

—¡¡¡VACCABOIA!!! —gritó Bruno y se puso a pensar—. Pon el móvil en altavoz.

La mujer obedeció y se acercó al hombre.

—Te he puesto en altavoz.

—Mathias, ¿en qué punto exacto se encuentra el camión? —preguntó Bruno.

—Hola, Bruno, acaba de pasar la frontera con Italia. Está por Ventimiglia, en la autopista. Hace cinco minutos, las cámaras de la frontera francesa han registrado el paso de la matrícula por el peaje —contestó por teléfono Morel.

—Vero, por favor, saca el Google Maps y mira dónde está —pidió el italiano.

La chica ejecutó presta el pedido. Apareció el mapa de la zona indicada, se levantó y se lo enseñó a los otros dos detectives, sujetando su ordenador.

—Ok, mira ahora hasta Ventimiglia, ¿cuánto hay desde aquí?

—Treinta minutos de coche hasta allí.

Bruno no estaba acostumbrado a lo rápido que estaba sucediendo todo. No era un exmilitar, no era un exagente de los servicios secretos,

pero necesitaba saber la verdad y tenía el instinto a flor de piel. Una situación complicada podía trasformar a las personas, o bien hacer salir su verdadera naturaleza. La habitación numeró 224 del Hotel Andretti, despojada de todo su dudoso encanto, se convirtió en el cuartel general de la realidad, donde se tenía que tomar una decisión a pesar de las posibles consecuencias.

—¿No querrás hacer lo que pienso que quieres hacer? —preguntó el director.

—¿Hay otra alternativa? —contestó el italiano.

—Pues llamar la policía italiana.

—Claro y ¿esperar a que actúen ellos? Así el camión se perderá por Suiza o vete a saber dónde.

—Mira, Bruno, si te apresuras, puedes alcanzarlo antes del primer desvío en la ciudad de Imperia —indicó la joven.

—Esperar es muy arriesgado —dijo Marguerita.

—Es necesario y será divertido —contestó el hombre, luego dijo —: Mathias, necesitamos que Vero esté en contacto con la Interpol por si se desvía el camión y, sobre todo, avisa a la policía italiana.

—¡Estás como un cencerro, Bruno! —contestó el director y colgó.

—Vero, necesitamos que seas nuestro oráculo, nos mantendremos en contacto por teléfono, pero necesitamos que nos guíes.

Bruno miró a los ojos a Marguerita, cogiéndola de las manos:

—¿Confías en mí?

Ella se perdió en su mirada. El silencio provocado no era de vacilación, sino de admiración por lo que quería hacer.

—Sí —contestó sin dudarlo, ni pensarlo.

—¡Necesitamos tu coche!

—¿Mi coche? Está en Suiza. He venido con el avión privado de la compañía.

—Vaccaboia, necesitamos un coche y rápido.

Otra vez el silencio.

—Si queréis, os presto el mío —dijo a regañadientes la joven, arrepintiéndose en el mismo momento de haber abierto la boca, y, sobre todo, sin conocer la conducción de Bruno Malatesta.

—¿El tuyo? ¿Dónde está?

—Se encuentra a dos calles de aquí. Aparcado en la calle —respondió la chica explicándole dónde estaba y entregándole las llaves —. Cuídamelo, lo quiero mucho.

Bruno se sorprendió, la chica guardaba gran cariño a su vehículo y no lo entendió hasta que vio las llaves. En el llavero aparecía “Abarth” y un escorpión rojo. Luego comprendió.

—No te preocupe, te lo cuidamos.

Acto seguido, cogió la mano de Marguerita y arrancaron a correr.

Salieron de la habitación 224. Volaron escaleras abajo, casi saltando los escalones de dos en dos. Atravesaron el vestíbulo delante de los ojos estupefactos de los huéspedes. El recepcionista, entregando llaves a una pareja, observó sorprendido la carrera de los dos detectives.

La mano de Bruno seguía apretando la de la mujer, involuntariamente, sin soltarla, como si quisiera decir que era importante para él.

Una vez salieron del hotel, giraron a la izquierda, bajando por la avenida, dirección al puerto. Verónica indicó que en la segunda calle a la derecha estaría su coche. Los dos entraron en la calle señalada, entre árboles verdes, grandes pinos marítimos y altas palmeras. Las aceras eran amplias. El sol ya rebasado el pico más alto del día, indicando las primeras horas de la tarde. Los dos detectives pasaban por delante de villas extraordinarias sin darse cuenta de su majestuosidad. La hilera de coches aparcados en batería dibujaba el contorno derecho de la acera. La mayoría de los enormes vehículos tapaban la visión al otro lado de la vereda, hasta que encontraron la pequeña joya. Una mosca entre águilas, en el contraste más absoluto. Un "infant terrible" de color rojo, un "Abarth 595 Competizione", matrícula de Suiza. Hacía pocos meses que se lo habían entregado y no tenía un rasguño, estaba perfectamente brillante.

Los cuatro intermitentes se activaron al accionar el mando a distancia. El interior de cuero negro aún olía a nuevo. Los asientos deportivos envolvían los cuerpos de los detectives. Bruno introdujo la llave y apretó el botón rojo de encendido. El pequeño motor sobrealimentado por un potente turbo arrancó, comenzando a demostrar por qué se había vendido tanto ese modelo. Los tubos de escape de carrera dejaban pasar el rugido del motor que se estaba calentando, echando los primeros destellos de su fuerza, a pesar de su reducido tamaño.

—¿Estas listas? —preguntó el hombre.

—Yo he nacido lista —respondió la mujer con una mueca pícara.

Bruno insertó la primera marcha y con dulzura salió del aparcamiento a pesar de la prisa, el motor necesitaba calentarse y el turbo lubricarse para la carrera que los esperaba. A los pocos semáforos, y después de las subidas que llevaban fuera del Principado, respetando los límites y señales, el pequeño bólido entró en territorio francés. La temperatura del motor subía. Siguieron los carteles en dirección a Italia. El rumbo era claro. A los pocos minutos, ya estaban entrando en la autopista en sentido hacia el país transalpino.

—Ahora sí —dijo Bruno viendo que el coche había llegado a la

temperatura óptima. Entonces, apretó el botón de Sport.

El Abarth cambió la configuración de sus prestaciones, llevándolas desde el modo carretera a la radicalidad de las carreras, sacando toda su agresividad. El motor respondió al instante; el sonido era el de una pequeña bestia por domar.

Bruno apretó el pedal del gas hasta el fondo, para que el motor entregara a las ruedas toda la potencia que podía dar. Acto seguido, el cambio automático retrocedió dos marchas y conectó el turbo, un latigazo fuertísimo apretó a los dos ocupantes a los asientos ligados por cinturones rojos. El pequeño coche italiano rugió petardeando como un fórmula uno, erogando toda la explosividad que contenía. El bólido entró en la autopista a la velocidad que marcaban los carteles, sin embargo, en un suspiro, llegó a los 220 kilómetros por hora.

La aceleración fue tan rápida, que cortó la respiración a los ocupantes. Bruno dominaba la pequeña bestia, serpenteando entre coches y camiones sin perder un minuto. Los neumáticos chirriaban al adelantar y al sortear los obstáculos en movimiento.

Marguerita no conocía esa faceta del italiano y quedó boquiabierta. Encajada en el asiento y agarrada a la manilla del techo, con los ojos fuera de sus orbitas y blanca como una hoja de papel. Sin embargo, nunca hubiera cuestionado la habilidad del piloto, y menos en un momento tan delicado.

El tiempo estimado hasta la frontera con Italia era de veinte minutos. Bruno tardó unos diez.

—¿No vas demasiado rápido, Bruno? —preguntó la mujer intentando alinear las palabras por la velocidad. Pensaba en el coche de Vero, que lo estaban estrujando como si fuera una naranja para zumo.

Bruno permanecía concentrado, ni siquiera oyó la pregunta de Marguerita por el estruendo del motor. El pequeño coche volaba, no dejaba tiempo a los otros usuarios de la autopista a darse cuenta de que llegaba, cuando ya los había adelantado. El piloto seguía con el pie hasta el fondo, a todo lo que daba el motor sobrealimentado.

La espalda de Bruno había creado una conexión con el asiento, convirtiendo en un solo ente al piloto y al bólido. En los pocos kilómetros recorridos, perdieron la cuenta de la estela de flashes que dejaron atrás.

Comenzaban las galerías. Cuando los otros ocupantes de la calzada ralentizaban su marcha, Bruno mantenía su carrera disparatada. El rugido del motor en los túneles agrandaba el estruendo, pareciendo que el bólido era mucho más grande y espantando a los otros usuarios.

Los carteles azules, pasaban rápidamente, sin embargo, sí vieron los que indicaban que había que ralentizar la marcha al aproximarse a la frontera con el país trasalpino.

El piloto no dio ninguna señal de tener intención de levantar el pie del acelerador. La mujer miraba la barrera del peaje que se aproximaba y se giraba para ver qué pensaba hacer el piloto.

—¿Bruno? Ralentiza, por favor, nos vamos a estrellar —dijo con voz asustada.

El italiano hizo caso omiso a la mujer. Tenía delante la barrera de peaje, donde Italia te obligaba a coger el ticket. Al otro lado se entreveían unas patrullas de la Polizia Stradale, haciendo controles rutinarios.

La mujer insistió gritando:

—Bruno, ¡frena, por Dios!

El italiano encaró el carril libre, el estrecho coche pasaba sobradamente y, al otro lado, la policía no estorbaba. Levantó el pie del acelerador y el bólido bajó la velocidad por inercia, encarando la vía. La mujer asustada empezó a gritar, poniéndose las manos delante de los ojos para no ver el choque que se podían dar. Los gritos de Marguerita eran igual de fuertes que el rugido del coche.

El Abarth pasó a altísima velocidad por el peaje, empotrándose contra la barrera de plástico, pulverizándola en mil pedazos, chocando con el cristal. Acto seguido, pasó delante de los agentes de policía, incrédulos por lo que estaban viendo.

El pequeño bólido siguió con su carrera. Pasada la barrera y los gritos del copiloto, Bruno volvió a empujar hasta el fondo el pedal, acelerando a todo lo que daba. Rápidamente, volvieron a la máxima velocidad. Tenían que llegar lo antes posible al desvío, a la altura de la ciudad de Imperia, solo tenían una oportunidad. El camión con el Auto Unión se dirigía hacia allí y no tendrían otra oportunidad tan clara.

No les dio tiempo de quitarse el polvo desde el suelo, que entraron en los coches patrullas. Los policías encendieron las sirenas y se lanzaron a la persecución del pirata. Los vehículos de series tenían pocas probabilidades de atrapar a Bruno, pero eso no les importaba.

El tiempo pasaba, pero Bruno podía ralentizarlo, deslizándose por la autopista sorteando el destino, avanzándose a su enemigo, el mismo que seguramente había matado a su amigo Ragusa.

—¡Estás locoooo! —gritó la mujer.

Bruno se giró un instante, sin perder la concentración, y le dijo:

—Ahora no es el momento.

El pequeño bólido entraba y salía por las galerías que caracterizaban el “Autostrada dei Fiori”. Por la carretera, los pocos coches que circulaban se apartaban por la fuerza del aire que empujaba el bólido.

Curva tras curva, faltaba poco para que llegaran a la bifurcación y a la posibilidad de encontrar lo que buscaban. Fue justo al salir de un

túnel cuando lo vieron. El camión que buscaban, en el horizonte, como si fuera un oasis en medio del desierto. Encontraron la aguja en el pajar. Bruno siguió acelerando. El pequeño coche casi triplicaba la velocidad del pesado vehículo de carga. Era blanco, sin rotulación. Bruno lo alcanzó y se colocó detrás.

Marguerita comprobó la matrícula y dijo:

—Es él, confirmado. —Luego se giró hacia al italiano y le dedicó una sonrisa.

El bólido se separó del camión y, con un golpe de gas, se puso a su lado. El conductor estaba concentrado en la conducción, casi dormido, y ni siquiera se enteró de que llegaba el bólido. Solo podían ver al conductor, desconocían si había otro acompañante. Este tenía rasgos sudamericanos.

Marguerita se gira hacia Bruno.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

40

El chófer seguía tranquilo.

Alcanzó el territorio italiano sin ningún tipo de problema. No advirtió la presencia de los dos detectives. En el habitáculo sonaba música peruana tradicional. La atención del chófer estaba bajando, adormecido, y sus párpados que se iban cerrando poco a poco. El tráfico era casi nulo, como todos los viernes. Todo iba según el plan previsto. Sin embargo, el rugido y la presencia del pequeño coche italiano despertarían pronto las inquietudes del chófer.

—¿Qué se te ocurre Bruno?

—Pues lo obvio, pararlo.

—No veo cómo, es grande y no tenemos ni un arma.

—No la necesitamos —contestó el italiano ya con un plan en mente.

Bruno colocó el pequeño bólido delante del camión. Primero, levantó el pedal del acelerador, y luego comenzó a frenar.

El chófer de repente se percató del coche. Al inicio, pensó que era un dominguero que no sabía conducir; después, entendió que lo estaba frenando a propósito. El chófer no disminuyó la velocidad, hasta embestir al pequeño vehículo. Este se sacudió un poco, pero la habilidad de conducción del piloto lo consiguió mantener en la calzada. Al chocar con el vehículo de gran tonelaje, Marguerita emitió un grito de miedo y lanzó una mirada de preocupación al italiano.

El chófer no tenía intención de parar. Bruno volvió a acelerar y se colocó al lado izquierdo del camión. Miró hacia el vehículo y entendió que no podía ir bien, eran como David contra Goliat, las probabilidades de éxito eran remotas.

—Hazle una señal para que pare —dijo Bruno a Marguerita.

La mujer obedeció e hizo las señales pertinentes al chófer. Este miró a la mujer y le enseñó el dedo medio.

Marguerita no estaba acostumbrada a esos modales. Indignada, le dijo a Bruno:

—No creo que esté de acuerdo. ¿Y ahora?

—Agárrate.

El coche empezó a realizar movimientos laterales hacia el camión

para intentarle desviarlo de su trayectoria, y con el fin de asustarlo, pero el coche era demasiado pequeño. Primero eran movimientos en vacío, disuasorios. Luego, el Abarth se tiró hacia el camión, rompiendo el retrovisor en añicos contra el enorme neumático y rallando todo el lateral.

—Pobre Vero, con lo que le ha costado este coche…

—Creo que tu empresa se puede permitir comprárselo nuevo y descapotable.

El camión seguía su trayectoria, pero la presencia del bólido comenzaba a perturbarlo. Bruno no sabía qué hacer más, era una fortaleza gigante respecto al diminuto coche. Pasaron minutos en paralelo, mientras que Bruno iban visualizando varias posibilidades de cómo actuar, hasta que optó por la más salvaje y la más arriesgada.

Se colocó de nuevo delante y apoyó el parachoques trasero en el morro del camión y comenzó a frenar. Los potentes frenos Brembo de competición, empezaron a chirriar, hasta clavar las ruedas. El camión comenzó a bajar la velocidad. El humo de los neumáticos entró en el habitáculo. La tensión se fue hasta las estrellas. La mujer estaba de los nervios, el coche sufría escandalosamente, en el habitáculo apareció niebla, pero la velocidad del camión se reducía. Bruno no lo podía creer, estaba deteniendo un vehículo de gran tonelaje; aunque, en realidad, el chófer, ante esa situación tan complicada, decidió parar y afrontar a los dos piratas que le estaban intentando abordar.

El coche se detuvo, los neumáticos, casi en llamas, estaban cuadrados, ya inservibles. Tenían una posibilidad, si el camión se les escapaba, ya no lo hubieran podido perseguir.

Bruno y Marguerita bajaron del pequeño bólido, estaban ocupando el carril derecho de la autopista, justo entre una galería y otra, encima de un puente. Los dos detectives se lanzaron a la puerta del chófer, que seguía encerrado. Bruno subió los escalones intentando acceder al conductor. El rostro del sudamericano expresaba estupor, sin entender realmente qué estaba pasando.

—¡Ábreme! —le ordenó Bruno—. Abre la caja de atrás.

Mientras el italiano estaba colgado como un chimpancé de la puerta del camión, Marguerita lo llamó:

—Bruno, ven aquí, la caja está abierta.

El italiano bajó y corrió hasta la parte trasera del vehículo. Marguerita tenía una expresión de decepción. Se acercó a ella. Todos los malos presagios se podían materializar en un segundo. Intuyó lo que había en la caja del camión, pero no quería creerlo. Alcanzó a la mujer, apartó la puerta y miró hacia su interior. La luz del sol de la región de la Liguria entró e iluminó permitiendo la visión de toda la caja. Esta estaba completamente vacía. Habían arriesgado sus vidas, poniendo en un problema diplomático a tres naciones, destrozado un

coche y casi ocasionado un accidente, para detener a un camión que no era el que estaban buscando. Ya era la segunda vez que fallaban, el Auto Union se les había escapado de nuevo. Tenían que volver a empezar.

41

Pasaban rozando los pocos coches que circulaban por la autopista.

Los dos detectives se encontraban en medio de otro error, como si el destino les tomase el pelo. Habían hecho todo lo que podían en esos días. Restando horas de sueño, casi sin comer, haciendo que despidieran a un jefe de policía, desviviéndose por la causa y por encontrar el cerebro de los robos y el asesinato. Pero estaban más hundidos y flagelados que al principio. Bruno tenía la sensación de hallarse en el umbral de la solución, pero las apariencias le decían que se encontraban en el punto más lejano.

Marguerita miraba al horizonte, por encima del puente. Las dos colinas creaban un valle que llegaba hasta al mar. Antes de este, un pueblo que se distribuía entre las dos vertientes. El sol de media tarde calentaba tímidamente. El olor de las flores silvestres llegaba hasta la autopista, aunque la mujer ni lo percibía ni veía el paisaje. Su vista estaba perdida, como su esperanza.

Bruno era incapaz de entenderlo. Daba vueltas en círculos, cuando, por casualidad, observó el retrovisor del camión. En este la cara del chófer era enigmática. El italiano se paró, fijó su mirada en él, parecía transmitir inquietud, estaba observando lo que hacía. ¿Por qué no había bajado? ¿Por qué no se enfadó como un energúmeno por lo que acababa de pasarle? Era como si esperase que los detectives se tranquilizaron y lo dejaran seguir por la carretera. Pero si no tenía nada que esconder, ¿se hubiera parado? Y si tuviera miedo, ¿habría salido? Algo fallaba en todo eso. Su sexto sentido se disparó como una alarma de bomberos, pero no entendía por qué. La matrícula era la del mensaje de Calogero. El chófer se comportaba de una forma demasiado extraña, hasta que lo vio hablar por un *walkie talkie*.

Aquello lo sacudió.

Entonces, se presentaron delante de él las dudas, encendiéndose una bombilla encima de su cabeza.

—Marguerita, espera, aguanta la puerta —dijo Bruno, y subió a la parte posterior del camión.

Cogió su celular y encendió la luz. Entraba la luz del sol, pero, aun

así, quiso iluminarlo. La larga caja estaba vacía, pero avanzó como si no estuviese viendo, igual que un ciego. Adelantaba un pie y la respectiva mano la alargaba palpando el aire, como si buscara el interruptor de la luz en el lavabo de un hotel durante la noche. Así fue avanzando hasta la mitad del camión. Marguerita presenciaba un espectáculo extraño, casi cómico. No entendía que hacía, pero, desde luego, no parecía ser algo muy cuerdo.

Rebasó la mitad del camión y, cuando ya estaba por darse por vencido, una superficie lisa rozó sus yemas, cosa que lo hizo retirar la mano, asustado, como si se hubiese electrocutado. Pero al mismo tiempo reavivó todas las esperanzas. Volvió a tocar, más suavemente. La superficie era completamente lisa y se vio en un dilema físico: su vista decía que no había nada allí, en cambio, su mano confirmaba que sí había algo.

Siguió buscando, palpando una estructura, con unos ángulos muy pronunciados. Marguerita, a unos diez metros de distancia, no comprendía qué sucedía, pero tenía que mantener la posición por seguridad.

El hombre encontró una esquina de la estructura, sacó de sus pantalones una llave y la introdujo para separar un poco aquello. De golpe, el armazón comenzó a fallar. Por unos instantes, las paredes se pusieron negras. Cuando la llave consiguió entrar, acercó el teléfono con su linterna e iluminó la fisura. Entre los dos paneles que parpadeaban, Bruno entrevió lo que esperaba, lo que sentía, lo que anhelaba y había perseguido desde hacía dos días. Delante de él estaba el coche más caro del mundo, el Auto Union de Rizzato.

Lo habían encontrado.

—¡Lo tenemooos! —gritó Bruno desde el fondo de la caja.

—No veo nada, ¿qué es? —preguntó Marguerita.

—Tenemos el Auto Union.

—¡*Wooowww*! —chilló en éxtasis la mujer, dando un salto de alegría. —Pero ¿cómo lo tenemos? ¡No veo nada!

—Lo han metido en un sarcófago de paneles Leds, por eso no lo veíamos. Casi me doy de cabeza.

—¿Te has dado? ¿Estás bien?

—Sí, sí, déjame ver una cosa más. No se lo podía creer, habían conseguido encontrarlo; ya se sentía feliz por la hazaña lograda, pensando en la ola que le harían en su empresa al resolver otro gran robo.

—Baja, Bruno, y llamamos a Morel.

Al lado de la mujer, se apartó de repente la otra puerta del camión y apareció un hombre de negro. La mujer se quedó de piedra, no sabía qué hacer. De golpe vinieron a su mente todas las situaciones difíciles que vivió en sus tiernos años en los servicios secretos. Estaba

acostumbrada a enfrentarse a la muerte, pero eligió no pasar más por esos momentos. Tener una pistola delante ya no era su pan de cada día, ni siquiera su plan de vida. Se había olvidado de lo que quería decir aquello, qué se sentía en esas situaciones. Las manos le empezaron a sudar, se bloqueó su capacidad comunicativa, no pudo llamar al italiano, pedir auxilio. Se paralizó, no le pasaba desde hacía mucho tiempo. Pero, como muchas veces sucede, el pasado es como un boomerang…, siempre vuelve.

—No tan rápido, tú no vas a llamar a nadie —dijo el hombre.

Vestía un traje negro con camisa blanca, sin corbata, una gabardina oscura, y la apuntaba con una pistola. Su cara le sonaba.

—¡Tú!, baja de ahí —gritó a Bruno, haciéndole un gesto con el arma.

El italiano entendió lo que sucedía, la euforia del momento se le pasó de golpe. Retrocedió y bajó de la caja de un salto. Abrazó a la mujer, como protegiéndola. Detrás, los coches pasaban rápido, pitando porque estaban ocupando parte de la calzada derecha.

—Yo te conozco, ya te he visto. ¡Claro! —recordó Bruno.

Cuánto más lo miraba, más entendía, y más le subía el enfado.

—Eres Perfel. ¡Hijo de perra! Has matado a mi amigo.

—Sí, y voy a hacer lo mismo con vosotros —contestó el sicario con una voz profunda y grave.

Los dos detectives se estaban abrazando, sentían que muy probablemente llegaba su momento. Un final inesperado para ellos. Morir con una bala en la frente, en medio de una autopista italiana. El único consuelo que encontraba en aquella triste situación era que estaban juntos, con una persona especial, que le habría gustado conocer más, y sentían el cariño mutuo. Pero no era suficiente, estaban delante de su verdugo.

—¡¿Por qué lo has hecho?! ¡¿Qué te ha hecho Calogero?! —gritó Bruno mientras el viento le despeinaba, casi llevándose sus palabras.

—Había descubierto parte del plan. No podía seguir —contestó el sicario—; era demasiado buena persona y excesivamente eficiente. Se enteró por un error, escuchó lo que no tenía que escuchar. Simple. Al final fue un daño colateral de un plan superior. —Acabó, haciendo girar el arma.

—¿El plan Mónaco? —preguntó Bruno.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Calogero.

—Imposible, él ha muerto. Pero da igual, ahora tendréis el mismo final vosotros también.

—¿Por qué contrataste el robo del cuadro? —preguntó la mujer.

—Marguerita De Angelis, no seas estúpida, te conozco bien —

esputó el sicario—. Es obvio, necesitábamos una distracción. Me sorprende de una mente tan privilegiada como la tuya. Aunque creo que nunca te has enterado de nada.

—¿A qué te refieres?

—De todo lo que hay debajo de la alfombra. Ni siquiera te lo imaginas, ni siquiera lo descubrirás, morirás mucho antes.

—¿A qué te refieres con todo lo que hay debajo de la alfombra? —insistió la mujer.

—Me refiero a… —contestó Perfel cuando, de pronto, fue interrumpido por las sirenas estridentes de la policía italiana, que procedían del túnel.

Las luces azules los alcanzaron antes que los propios coches. Bruno los reconoció, eran los que estaban en la frontera, los habían perseguido hasta encontrarlos. Bruno y Marguerita se sintieron algo más protegidos, pero seguían estando frente al cañón de una pistola. Los tres vehículos azules se pararon a unos diez metros por seguridad. Las puertas se abrieron y salieron apuntando al hombre armado, resguardándose detrás de los coches. Seis policías contra uno; estaban en una mayoría aplastante.

—¡Joder! Esto no estaba en el programa —gritó Perfel—. Es culpa vuestra. El plan era perfecto. Me tenía que encontrar con "dos toca huevos".

Perfel entendió la situación. Siguió apuntando con la pistola mientras se acercaba al final de la calzada.

—Andrea, estás a tiempo de entregarte. No va a pasar nada. Hablaré bien de ti si te entregas ahora —dijo la mujer separándose de Bruno y acercándose al sicario.

—¡Suelten las armas! —gritó un policía.

—No sabes lo que dices, porque no sabes lo que hay detrás.

—No te preocupes, podemos dejarlo aquí, entrégate, Andrea —insistió la mujer, usando su faceta de negociadora.

—¿Qué crees, que esto se va a parar? Esto es mucho más grande que tú y que yo. Ni siquiera tú, Marguerita, llegas a entenderlo. Sois demasiado pequeños como para entenderlo… Y esto solo acaba de empezar. Arrasará con muchas personas de las que no tenéis ni idea de que están involucradas. Políticos, gente importante que está a vuestro alrededor, coleccionistas. Gente insospechada cubierta de mierda hasta el cuello. No hablan por el miedo social que va a generar. Y el cabecilla es alguien que nunca os imaginaréis y es más poderoso de lo que creéis. El Plan Mónaco era la vía de salida para evitar el efecto domino, y vosotros lo habéis echado todo a perder. ¡Espero que estéis contentos! …ya lo entenderéis, mis palabras tendrán eco en futuro, pero cuando ya sea demasiado tarde.

La mujer no entendía las palabras del sicario, no estaba

concentrada en el mensaje tan devastador que acababa de recibir, ni en imaginarse la ola expansiva que llegaría a tener.

—Escúchame, la policía te puede proteger, nosotros te podemos proteger.

El sicario se puso a reír delante de las palabras de la mujer.

—Vosotros no me podéis proteger de ellos, ni de su organización. Ni vosotros estáis seguros, ni la policía.

—¿De quién? ¿De quién no podemos protegerte? —preguntó la mujer, dando un paso hacia adelante, respaldada por la policía.

Perfel dio un paso hacia atrás, tocó el quitamiedos de metal y dijo:

—No te lo voy a decir, soy hombre muerto… Pase lo que pase, ya estoy muerto.

—No, espera, no está todo perdido.

—Acuérdate de algo, cazarrecompensas, no confíes en nadie, y menos de tu empresa —concluyó Perfel.

El sicario se giró, miró al horizonte que estaba al otro lado del quitamiedos, pasó por encima y se lanzó al vacío.

—¡Noooo! —gritó la mujer, saltando hacia adelante en un desesperado intento de agarrarlo.

Andrea Perfel no vio ninguna salida. Se había lanzado desde un puente de trescientos metros sobre los bosques; en cuestión de segundos, el cuerpo empezó a deformarse entre las copas de los pinos marítimos que, como lanzas, miraban al puente.

El hombre murió al impactar contra el suelo rocoso. La única esperanza de saber quién perpetró los robos y el plan Mónaco se esfumó junto a su secreto, aunque le dejó una última pista.

La mujer estaba bajo los efectos del shock, impotente por lo que acababa de presenciar. Una sensación de desamparo, de muerte, de tristeza la invadió. En parte, no había concluido su misión, no pudo ayudar ni convencer al sicario. Le quedó el amargor en la boca por su último mensaje. Los detectives entendieron por separado que eso no era el final, sino justamente el principio.

Bruno se acercó a la mujer y en un abrazo casi paterno le susurró:

—Has hecho lo que has podido. Perfel ha decidido saltar.

Algunos agentes de policía se acercaron al lugar del salto para ver dónde estaba el cuerpo ya sin vida. Uno de ellos preguntó:

—¿Es usted Marguerita De Angelis?

42

La tristeza desplazó a la alegría.

Ya casi no importaba que el coche hubiera sido encontrado, porque la muerte del hombre manchaba el momento. La congoja penetró en los dos detectives y expulsó la felicidad. Andrea Perfel, a pesar de ser un asesino, se acababa de tirar de un puente a trescientos metros de altura.

¿Qué desesperación lo empujó a hacerlo? ¿Qué sabía que no se podían ni siquiera imaginar?

Las dudas y las preguntas volvieron a tomar el control de la situación.

El discurso y el salto del sicario no cerraba un episodio, sino que abría una nueva situación, aportando oscuridad a todo lo que sucedió y, por supuesto, a lo que podía pasar. Pensaban que la carga podría clarificar los sucesos en lugar de oscurecer el pasado, el presente y, muy probablemente, el futuro.

El agente al mando se identificó, fue informado de la situación y de la presencia de los dos detectives que perseguían un coche robado.

Los dejó que se recuperaran, mientras los agentes arrestaban el chófer y se lo llevaban a la comisaría.

Bruno la abrazaba, aún bajo el shock; enroscó sus brazos para trasmitirle su cariño, su cercanía, su amor. Pero, de pronto, se preguntó: «¿De dónde apareció Perfel? ¿Dónde estaba oculto?»

Pasaron unos minutos y, cuando vio la mujer algo recuperada, muy sutilmente la soltó. El italiano, con las elucubraciones que orbitaban en su cabeza, se acercó a la cabina del vehículo. Abrió la puerta del copiloto y trepó por la escalera. El habitáculo estaba limpio, impoluto, olía a nuevo. Nada fuera de sitio, nada personal, un lugar aséptico. La guantera se encontraba vacía, sin documentación, los dos asientos delanteros igual. Detrás de ellos, en el espacio para dormir del conductor, había una maleta negra, rectangular, con una cinta para colgarla del cuello. Era ella, la maleta que tanto habían visto en las cámaras.

Bruno la agarró e, inevitablemente, la abrió.

Dentro había varios efectos personales. Un ordenador, un aparato rectangular sin identificar, una libreta y un objeto que lo explicaba todo. Lo agarró, lo sacó de la maleta y lo levantó a la altura de la cara. Era la máscara negra con tiras de LED verdes, tal y como habían dicho los dos jóvenes. Era poco menos que inquietante, casi satánica. Tenía una cruz luminosa en cada ojo y una boca cosida. Eso explicaba muchas cosas y probaba que Perfel había organizado los cuatro sucesos: el asesinato, la pelea, el robo del cuadro y el robo del Auto Union. En ese orden. Bruno fue invadido por una sensación, su intuición no volvía a fallar, eso era el inicio de algo. Perfel tenía razón, algo más grande de lo que imaginaban se acababa de desencadenar y, por supuesto, no habían resuelto nada. Simplemente, habían desviado el rumbo de un plan maestro, que se iniciaba con el plan Mónaco, pero, desde luego, aquello no terminaba en ese puente de la autopista italiana.

43

Comisaría de policía, Principado de Mónaco.
Sábado, 15 de Mayo.
Tres días después del robo.

Las veinticuatro horas siguientes pasaron desapercibidas.

De puntillas, sin retumbar. Todo había sucedido demasiado rápido para ser digerido dignamente. La sucesión forzada de acontecimientos, lo habían agotado como una maratón sin entreno. Su paso dejó una resaca amarga.

El sábado monegasco se jugaba en dos planos. La parte pública, en la pista urbana con los bólidos clásicos. La privada, en la comisaría de policía. Los nubarrones del robo más flagrante en muchos años ya habían pasado. El ficticio sol de la justicia reinaba en el cielo, entregando una falsa confianza por las calles.

Los periódicos pregonaban la noticia en plena portada, dando informaciones sesgadas. El hambre periodística lo convirtió en un caso mediático, más de lo que era, pero menos de lo que nadie se imaginaba que fuese. Se trataba de la punta de un iceberg que llevaba muchos años engordando bajo el agua, que inevitablemente un día tendría que asomar la cabeza. Los medios de comunicación dejaron el caso cerrado, llenaron titulares y páginas de contenido en parte verdadero, en parte inventado, para hacer la historia más rocambolesca. Sin embargo, la verdad no la sabían ni siquiera los propios protagonistas.

Los reporteros habían atribuido al hallazgo del coche y la resolución del asesino en un hotel a la eficiencia de la policía de Mónaco y a la Interpol. Al flamante jefe de policía, sustituido de forma fulminante y de una manera inexplicable, se le atribuyó el mérito del caso. Este convocó todos los periodistas en la central de policía a las cinco de la tarde del sábado para una rueda de prensa.

* * *

La sala se encontraba abarrotada de gente.

Las sillas comprimidas, añadidas hasta en los lugares más estrechos. Los periodistas, sentados y de pie, parecían anchoas enlatadas. La superficie de la pequeña mesa no daba abasto a la cantidad de micrófonos apoyados, creaban un arcoíris de esponjas provenientes de todos los rincones del globo. Se trataba de un macro evento en directo y el trampolín del nuevo jefe. Todos estaban listos para la intervención. En medio de los corresponsales, en primera fila, Marguerita y Bruno estaban descansados y aseados. Su presencia no era como protagonistas, sino como meros espectadores de una injusta y ajena atribución de un buen trabajo. Un robo dentro de un robo.

No podían objetar nada; lo tenían que aceptar, escuchar y, sobre todo, debían morderse la lengua. Bruno estaba acostumbrado a vivir en la sombra; ser director deportivo consistía en eso: hacer la mayoría del trabajo, junto a su equipo, y que la gloria se la llevase el piloto. La situación a la que el destino le obligó no hería su ego.

Para la mujer era diferente. Marguerita era una luchadora y una combatiente, una Juana de Arco de los robos. Luchaba por los derechos de las mujeres y una plena igualdad. Defensora de la meritocracia y guerrera de las injusticias. Los niveles de ansiedad en su interior iban subiendo, como una olla a presión llena de mierda, lista para tirarla a todos los que estaban presentes.

El aire viciado de la pequeña sala repleta comenzaba a notarse, y un indiscreto olor a sudor que, cada minuto, tomaba más protagonismo, seguramente a causa del calor externo y el aire acondicionado mermado por los años.

El flamante jefe de policía entró por la puerta ante la expectación general. La nebulosa de reporteros se tuvo que apretar para dejar paso al protagonista. Detrás, venía Morel en alto uniforme, el apropiado para las grandes ocasiones. Los dos se sentaron y arrancó una lluvia de destellos de las cámaras de fotos.

El jefe se aclaró la voz, se acercó a los micrófonos y comenzó dando la bienvenida y todas aquellas formalidades previstas. El nuevo

defensor de la patria acababa de aterrizar delante de la prensa. Su media estatura, apenas lo dejaba resaltar detrás del abanico de micrófonos.

Toda la sala se dio cuenta enseguida de que no estaba preparado para aquello, le venía grande, como un traje de comunión de un hermano mayor. Su falta de formación y la poca capacidad comunicativa, empeoró la sensación de los dos detectives. Con cada palabra que decía aquel inepto, más hondo entraba el cuchillo de la infamia en el costado de la mujer. Bruno lo notaba. La mujer trasmitía ansiedad, y cuanto más hablaba el jefe, más podía sentirlo. Hasta que la cogió de la mano, en un acto casi reflejo, sin meditar, delante de todo el mundo. A la mujer aquello le vino como un bálsamo; de repente, empezó a relajarse. El flujo de energía de Bruno penetró en ella y la tranquilizó.

—Quiero dar las gracias a nuestro al departamento de inteligencia por el trabajo bien hecho y la colaboración de la Interpol —decía el nuevo jefe—. Desde la policía de Montecarlo estamos orgullosos de haber atrapado al asesino del italiano Calogero Ragusa y al artífice de los dos robos: uno desmantelado por nuestros agentes la misma noche y el otro a tan solo veinticuatro horas del suceso.

Los reporteros iban grabando los detalles que el máximo referente de la policía comunicaba, había quienes lo grababan en vídeo, quienes se lo anotaban en libretas, quienes lo escribían con el ordenador abierto apoyado en las piernas. De vez en cuando, el sonido de la sala era molestado por los decibelios de algún bólido que recorría la pista del Gran Premio.

El jefe se llenaba de palabras vacías, como un jabalí comiendo avellanas en un bosque de encinas. A Morel, como responsable del evento, se le concedió articular un par de frases, para luego ser interrumpido por el jefe.

Nada de todo eso resonaba en los dos detectives, únicamente las ganas de que acabase pronto. Y así fue, al concluir la rueda de prensa, fueron los primeros en salir.

Atravesaron toda la comisaría y se plantaron delante del edificio para tomar aire.

—Ya no lo soportaba —decía Marguerita—. Es más ladrón este individuo que los del robo.

—Deja de darle vueltas, acéptalo o te va a corroer por dentro —respondió Bruno—. Deberías estar contenta, hemos recuperado el coche para tu empresa.

El enfado de la mujer seguía vivo como una hoguera de San Juan.

—Hay algo que me sigue quebrando la cabeza —dijo el hombre

con una expresión de incertidumbre—. ¿Calogero me quería ver para explicarme que había descubierto el robo que quería perpetrar un compañero de la casa de subasta O'Connors…? ¿O era por otra cosa? —concluyó mirando el suelo, rascándose la barba de tres días con el ceño fruncido.

En ese momento, salió Morel y se acercó a los dos detectives.

—Sin comentarios, por favor, no decir nada —dijo el director con cara de contrición—. No puedo deciros lo que pienso, mi situación no me lo permite. Pero quiero que sepáis que no he estado NADA de acuerdo con lo que ha sucedido allí dentro.

—Gracias, Mathias —contestó la mujer.

Los tres siguieron hablando, hasta que la mujer recibió una llamada. Extrajo el celular. Era su mano derecha, Rafael.

—Perdonadme, ahora vuelvo —dijo la mujer alejándose de los dos hombres.

Marguerita escuchó lo que le quería decir el joven y un escalofrío la sacudió. Las palabras que salían del auricular del dispositivo no reconfortaban, sino al revés, la volvían a introducir en el ojo del ciclón de la historia que habían comenzado hacía pocos días, arrastrándolos de nuevo dentro. La mujer se quedó congelada como un témpano, se podía imaginar todo excepto que el coletazo de la historia fuese tan fuerte e inmediato. Solo contestó dando las gracias a su colaborador y colgó. No quería acercarse a los dos hombres, seguía incrédula.

Necesitaba digerir la noticia antes de comunicarla a los dos hombres.

—Marguerita, ¿va todo bien? —preguntó Bruno a distancia, seguramente intuyendo algo.

Se giró y se acercó, con el rostro cambiado, casi descompuesto.

—¿Quién era? —preguntó el italiano.

—Era Rafael. —contestó mirándolo a la cara y volviendo a bajar la mirada un segundo después, como buscando las fuerzas para responder—. Han encontrado la limusina de Rizzato abandonada en un yacimiento de mármol, cerca de la ciudad de Génova. —Y se calla.

El hombre se esperaba lo peor.

—¿Y Gian Paolo?

Silencio.

—Ha desaparecido.

Respira.

—Tenemos que ir a Génova —dijo Bruno girándose, anonadado por los hechos—. Esto… no ha acabado.

Bruno Malatesta, encajaba así otro golpe del destino. Llevaba varias horas preguntándose el motivo por el cual estaba viviendo esa situación. Nada acallaba a su vocecita interna, no encontraba una

respuesta. Necesitaba seguir, necesitaba avanzar hacia la verdad, por el camino que el destino le marcaba. Desconocía si era seguro, o si iba directo hasta la verdad, o incluso, si no se estaba acercando a un campo repleto de minas. Lo único que sabía era que tenía que recorrerlo y no huir de su misión.

El destino nos guía hacia lo desconocido, lo que nos marca es nuestra capacidad de adaptabilidad y perseverancia.

El destino le sacó de su cómodo espacio de Andalucía y lo acompañaría por un camino de crecimiento, de pistas y de trabas. Solo le quedaba una posibilidad, adaptarse al destino, porque el destino no se adaptaría a Bruno.

¿Te ha gustado?

Descubre Los Secretos del Coleccionista, la cuarta entrega del detective Bruno Malatesta.

¿Dónde se encuentra Rizzato?
El famoso coleccionista y millonario italiano ha desaparecido.
¿Asesinado o secuestrado?

Los secretos de un lejano viaje han aflorado para cambiar el presente.

Durante la celebración del concurso de elegancia en Villa d' Este, en Italia, **se destapa una caja de Pandora** que arrastrará una cadena de muerte y sucesos.

Bruno Malatesta, ayudado por Marguerita, se ven involucrados **en una espiral de eventos y giros inesperados** que les llevarán a descubrir hasta donde quieren empujarse para saber la verdad y si sigue vivo Rizzato.

Ambientada en el Norte de Italia, entre Milán, Venecia y Carpi.

Los dos detectives descubrirán que, lo que en principio daban como eslabones infranqueables, no lo serán, hasta encontrarse en **una organización secreta que los querrá eliminar.**

Esta novela es la segunda parte de El Plan Mónaco.

Una novela negra del Detective Malatesta, de misterio, investigación y descubrimientos mortales.

Hazte con ella en Amazon

Los amantes de la literatura de **Agatha Christie, Dan Brown, Jo Nesbø, Joël Dicker o Dolores Redondo,** pero también las series como El Inocente, The Mentalist, True Detective disfrutarán con este estremecedor thriller por el Norte de Italia.

Riccardo Braccaioli es el autor de los exitosos libros autobiográficos y de crecimiento personal como Diario de una Quiebra y novelas negras como *Asesinato en el Rally Costa Brava*, *La Muerte del Mentor*, todos Best Sellers en Amazon.

¿Te has quedado con ganas? ¿Quieres saber más?

Si te ha gustado la novela, los personajes y los lugares, tengo dos cosas para ti.

Lo primero te puedes inscribir a mi newsletter.

Lo segundo es que he preparado un MAKING OF (detrás del telón) en formato e-book para que puedas descubrir, de dónde ha nacido la idea de esta historia y los personajes y sitios reales que me han inspirado. Lo encontrarás al final de la próxima novela, Los Secretos del Coleccionista, si lo pusiera ahora, sería un Spoiler.

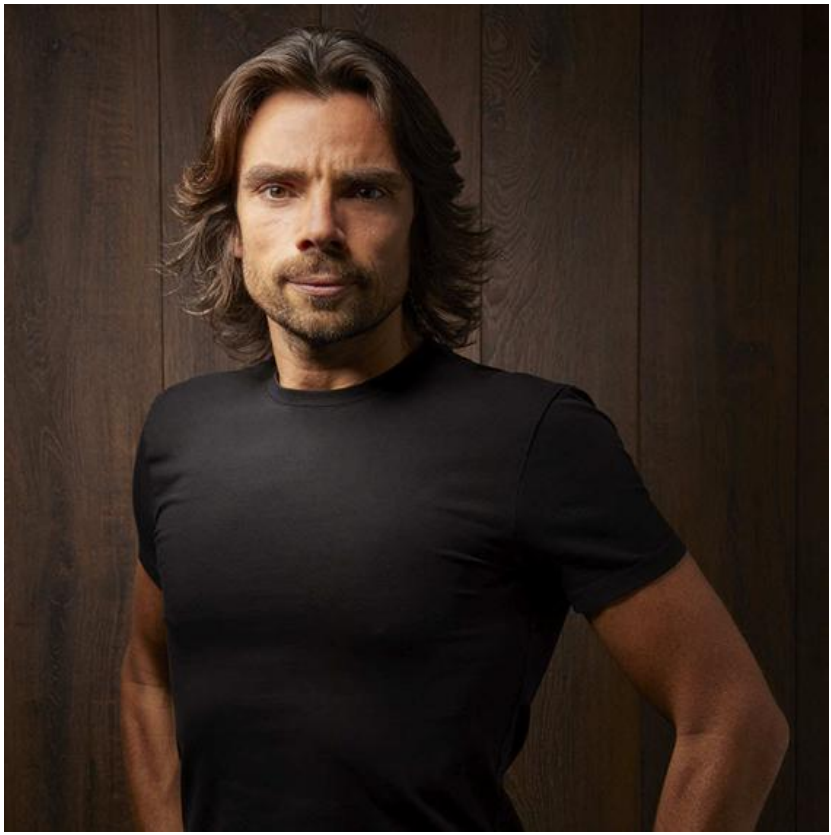
Espero que puedas seguir leyendo mis libros y que, si te apuntas a mi newsletter, estás informado de todas mis novedades.

Aprieta aquí 👇

BRACCAIOLI - NEWS LETTER

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de

novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique: